


MARTÍN MAUREL



LA  
CORONA  
PARTIDA

PLAZA  JANÉS

MARTÍN MAUREL

# LA CORONA PARTIDA

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Al equipo de La corona partida.  
A todos sin excepción,  
del primero al último, de cada departamento.  
A Tarsicio de Azcona, Joseph Pérez, Miguel Ángel Zalama,  
Bethany Aram, Ernest Belenguer y André Le Glay,  
entre otros, que con sus investigaciones  
ponen la Historia a nuestro alcance*

*Puse la vida en poder de quien sirvo y de quien amo.  
Ahora, triste, aunque llamo, no me quiere responder.  
Cerróme con su querer la salida, y la llave es ya perdida.*

JUAN DEL ENCINA (1469-1529),  
fragmento de un villancico

Un invierno prematuro extendió su manto sobre los reinos de las Españas cuando a la tarde del 26 de noviembre de 1504, en Medina del Campo, el duque de Alba alzó los pendones por Juana, la heredera de la soberana fallecida. Antes, en un estrado levantado a propósito en la plaza del mercado, su viudo se había despojado públicamente del nombre de rey de Castilla. Con ese gesto, Fernando el Católico ratificaba ante todos que acataba la voluntad de su esposa y respetaba los derechos sucesorios que asistían a su hija.

Al día siguiente tuvieron lugar las exequias por doña Isabel. La parroquia principal de la villa albergó el funeral de cuerpo presente. Luego, sin más demora, se cumplió la voluntad de la difunta: que sus restos fueran trasladados a Granada «sin detención alguna, con el cuerpo entero, como estuviere».

El apenado rey de Aragón permaneció en la corte, ocupado en sujetar los reinos castellanos por las bridas. Muerta su esposa, no era otro el principal deber del regente. Cuentan, no obstante, que trazó el itinerario que debía seguir el cortejo en su periplo hacia el antiguo feudo nazarí, pues convenía sortear los pasos más expuestos a las inclemencias del tiempo.

Con parecida diligencia se escogió entre los miembros de la capilla real a quienes escoltarían el ataúd con el cadáver embalsamado de la reina. Para preservarlo de la nieve y los aguaceros, envolvieron el féretro en una funda de cuero de becerros y en otra encerada. Una vez protegido, lo cargaron en un armazón sobre dos mulas y así partió, aunque en Cebreros un carpintero hubo de ajustar el conjunto para atenuar en lo posible los vaivenes.

Arévalo, Cardeñosa, San Martín de Valdeiglesias, Manzanares, Torre del Campo, El Viso, Mengíbar, Los Palacios... Decenas de castellanos tuvieron ocasión de despedirse de su admirada soberana en el trayecto entre Medina y Granada. En aldeas, villas, campos y caminos, su despojo fue acogido con un doloroso respeto, como si las malas cosechas, la carestía del trigo y otras penurias que asolaban aquellas tierras quedaran en suspenso al paso de la comitiva enlutada.

No cesó de llover desde la partida, sin que pudieran distinguirse en el cielo encapotado el sol y las estrellas. Las aguas desbordadas de los ríos y arroyos habían anegado las vegas hasta el punto de que el cortejo se vio en la obligación de atravesarlas casi a nado, pereciendo personas y caballerías en el empeño. Nada de ello detuvo a quienes acompañaban a la reina hasta su última

morada y el viaje, pese a los inconvenientes y percances padecidos, culminó en un plazo sorprendentemente breve.

A su llegada a Granada el 17 de diciembre, la comitiva fúnebre fue recibida por las máximas autoridades: el conde de Tendilla, a la sazón alcaide de la Alhambra, y el arzobispo Hernando de Talavera, otrora tan íntimo de su señora, a la que con tanta sabiduría había aconsejado, y a quien la noticia del deceso había sumido en el abatimiento.

No hubo fastos, pues ambos notables conocían bien la personalidad de la finada. El día 18, efectuadas las honras fúnebres, inhumaron sin tardanza a doña Isabel en la iglesia conventual de San Francisco de la Alhambra, «en una sepultura baja, que no tenga bulto alguno, salvo una losa baja en el suelo», según su voluntad expresa. Allí reposó trece años; después trasladaron los restos a la capilla real, una vez concluidos los trabajos, tal y como había dispuesto el rey de Aragón en su testamento.

Tres décadas y media habían compartido Isabel y Fernando desde que se encontraron por primera vez en Dueñas. Allí iniciaron una vida en común plena de logros insólitos, pero también de sombríos avatares. Los castellanos, como el regente, debían asumir que la muerte los había privado de una mujer extraordinaria e insustituible. Por este motivo, no quiso don Fernando ocultar la congoja que le causaba la pérdida de su amada cuando dio a conocer el óbito. «Su muerte es para mí el mayor trabajo que en esta vida me pudiera venir —escribió a sus súbditos—, y el dolor por lo que en perderla perdí yo y perdieron todos estos reinos me atraviesa las entrañas.» Tan real fue su pena como regio había sido su matrimonio. Pero como conviene a la naturaleza de los vivos, en las semanas que siguieron a la muerte de Isabel, el llanto se fue atemperando. No así la incertidumbre por la suerte de sus dominios, que no hizo sino agrandarse.

Desde el fallecimiento de la reina, un único fin había inspirado el trabajo incesante de Fernando: asegurar a propios y extraños que nada, ni tan desgraciada nueva, removería los sólidos cimientos de la monarquía castellana. Así lo había dado a conocer en todas las cortes a través de misivas y por boca de sus embajadores, con el ánimo de sosegar a los aliados y de mitigar las tentaciones de los enemigos. También aquella mañana, nada más despuntar el alba, como venía siendo habitual, sus consejeros más próximos lo encontraron trabajando en el gabinete.

—Majestad, vuestra esposa dispuso en sus últimas voluntades que fueran pagadas todas sus deudas —le recordó Andrés Cabrera.

—Así habrá de hacerse. —Fernando, concentrado en la escritura de un documento, no reparó en la preocupación que denotaba el gesto del marqués de Moya.

—Temo que falten los dineros precisos —insistió Cabrera.

No necesitaba el regente que le recordaran el estado calamitoso de las arcas reales, pues tanto

las castellanas como las de los reinos aragoneses sufrían parejo empobrecimiento. Fernando rubricó la cédula y alzó la mirada. Gonzalo Chacón y Gutierre Gómez de Fuensalida flanqueaban al marqués, los tres vestidos de luto, como el propio soberano.

—Reunid en Toro los bienes de la reina y poned en marcha una almoneda —dictaminó el monarca—. Lo que se recaude bastará.

Cabrera sopesó para sí el coste del traslado de todos los muebles y enseres de doña Isabel desde los alcázares de Segovia, Toledo y Sevilla, así como la laboriosa tarea de inventariar y tasar la inmensa colección de pinturas, tapices, libros y ornamentos. Presumió entonces que aquellos valiosos objetos acabarían malvendiéndose y el tiempo le dio la razón.

—Nada quedará de su patrimonio —advirtió.

—Que así sea —zanjó Fernando—. Mal habremos de exigir a otros que respeten el testamento, si nosotros no lo hacemos.

Difícilmente podía discutir Cabrera el argumento y no dijo más. Tomó el relevo en el uso de la palabra Gómez de Fuensalida.

—Las cancellerías siguen enviando condolencias. —El caballero depositó varios legajos sobre la mesa del rey—. Celebran que todo siga su curso en Castilla.

—Es lo que pretendíamos.

Fernando ojeó con satisfacción el breve remitido por el papa Julio II, cuyas pretensiones políticas y militares en Italia lo inquietaban desde que tomó posesión del trono de san Pedro. Alabó también la cordialidad del pésame enviado por Catalina, reina de Navarra, territorio cuya anexión anhelaba el aragonés, y que aún no se había decantado por ceder a la influencia de Castilla o a la de Francia.

—Sin embargo, la misiva de Flandes se ha demorado —apuntó Fuensalida.

Fernando se irguió en el asiento, como si la sola mención del ducado anticipara un nuevo quebranto.

—¿Acaso la noticia tardó más de lo razonable? —intervino Chacón.

No había inocencia en la pregunta y así lo entendieron todos. Fuensalida suspiró con gravedad.

—Conociendo los usos del archiduque Felipe, quién sabe cuándo ha tenido a bien comunicársela a doña Juana.

—Pensará que de tal guisa nos perjudica, cuando en realidad nos favorece —murmuró con desprecio el regente—. Majadero.

Fernando se puso en pie y se acercó al ventanal, dando la espalda a sus leales. Había nevado por la noche. En el patio de armas, el calor de los excrementos de las caballerías provocaba pequeños cráteres humeantes, como la metralla sobre los paños de una muralla hostigada. Una levísima sonrisa se dibujó en el rostro del aragonés.

—Cuanto más postergue la vuelta de mi hija a Castilla, más tiempo nos concederá para afianzar



nuestra gobernanza.

Ese había sido el deseo postrero de doña Isabel, que Fernando salvaguardara lo que entre ambos habían erigido, pues también compartían la preocupación acerca del destino de sus reinos cuando Juana y Felipe los heredaran.

No carecían de motivo los desvelos de los reyes. La querencia de su yerno por Francia, tradicional adversario de las Españas, constituía un peligro no solo para Castilla, sino también para la Corona de Aragón. El reino de Nápoles, el Rosellón y Navarra seguían siendo territorios codiciados por los monarcas de ambos lados de los Pirineos. El rey Luis de Francia no desperdiciaría las oportunidades derivadas de tener a un aliado sentado en el trono de Castilla. Por desgracia, aunque Juana se mantuviera leal a las intenciones de sus padres, nadie consideraba infundado el temor de que Felipe, gobernando el espíritu extravagante de su esposa, ejerciera *de facto* el poder.

Fernando —y no solo él— daba por sentado que no era otra la voluntad del borgoñón. La posibilidad de que la legítima heredera le entregara el mando entrañaba no pocos riesgos. Convenía, por consiguiente, que ambos permanecieran alejados de donde se tomaban las decisiones. Cuanto más, mejor.

Tampoco la avidez del archiduque por devenir rey debía desdeñarse por vana. Al contrario que el yerno, no se incomodaba Fernando por prescindir de una corona sobre su cabeza, siendo soberano de los vastos —y complejos— reinos aragoneses. Pero en modo alguno renunciaría al poder en Castilla, otorgado por Isabel en su lecho de muerte, por temor a que la obra inmensa de sus católicas majestades se perdiera toda en manos del Habsburgo y sus secuaces.

—Si vuestro yerno no se ha echado a la mar a toda prisa, será porque algo estorba su ansia por coronarse —señaló acertadamente Fuensalida.

La misma sospecha ocupaba el pensamiento del rey de Aragón. ¿Habría encontrado el archiduque mayor resistencia en Juana de la que su padre presuponía? Fernando se volvió hacia el diplomático.

—Id a Flandes —le ordenó—. Averiguad cuál es la disposición de mi hija hacia la Corona... y hacia su esposo.

El regente avanzó hacia Fuensalida. Una mirada bastó para reafirmar la complicidad entre ambos.

—Sean cuales fueren, procurad retrasar su viaje —añadió, bajando ligeramente la voz.

Ni una palabra más precisó el caballero. Compartía la cautela del monarca, alentada por la desconfianza hacia el Habsburgo y, en menor medida, por la falta de fe en la sensatez de la heredera. Con un gesto, el aragonés dispensó a sus leales. Antes de que Chacón pudiera seguir los pasos de los otros, la voz de Fernando lo retuvo:

—Aguardad vos.

Aunque lograra mantener a Juana y a su esposo lejos de Castilla, al flamenco no le faltaban cómplices a este lado de los Pirineos. Nobles que interpretaban la muerte de la reina como una ocasión propicia para recuperar la riqueza y la influencia que los Católicos y su política habían mermado, pues en la monarquía por ellos concebida nadie en el reino debía ser más poderoso que la Corona misma.

Conocían dichos señores que idéntico rumbo mantendría la regencia mientras Fernando continuara al mando, lo que convertía al aragonés y a sus partidarios en el primer estorbo a eliminar. Y aunque habían jurado lealtad a doña Isabel, no habían olvidado que Felipe, por interés propio, se había mostrado más proclive a cesiones y concesiones durante su estancia en la Península, y, por tanto, más manejable que sus antecesores.

Consciente de todo ello y de que no debía renunciar a apoyo alguno, el rey se aproximó al fiel Chacón.

—Necesitamos a Cisneros.

Gonzalo Chacón viajó hasta Toledo, adonde Su Eminencia se había trasladado antes del verano. Allí, entre otras prolijas tareas, el arzobispo supervisaba los trabajos de los maestros a quienes había encomendado la traducción de la Biblia.

Francisco Jiménez de Cisneros lo recibió en el palacio episcopal. Que el noble rehusara postergar el encuentro hasta haber descansado acentuó el interés de su anfitrión por conocer la razón de la visita. Pese al mal tiempo, el franciscano sugirió que conversaran deambulando por el claustro de la catedral. Chacón aceptó y hasta él llegaron atravesando el arco que en su día ordenó abrir el cardenal Mendoza para comunicar ambos edificios.

—¿Su Majestad solicita que me reúna con él?

Fiel a sí mismo, Cisneros no disimuló su incomodidad. Tampoco su prevención.

—Es su deseo que sea en Toro —confirmó Chacón—, con motivo de las Cortes.

La ironía tiñó la expresión de Su Eminencia.

—¿He de dictaminar que su convocatoria se debe a un milagro? —El arzobispo remató la pulla ante el cariacontecido consejero—. Pues milagroso parece que la reina Juana la firmara en Medina, encontrándose en Flandes... ¿O acaso estampó su rúbrica en un documento sin fecha antes de partir? Permitid que lo ponga en duda.

Nada pudo objetar Chacón. Suspiró y procuró mostrarse conciliador.

—La urgencia justifica que se haya recurrido a tales modos.

—Propios de la caterva de conversos aragoneses que administran ahora los asuntos de Castilla —protestó el clérigo.

Gonzalo Chacón, en su fuero interno, hubo de darle la razón. Pero conociendo el carácter recio

del arzobispo, temió que la antipatía de Cisneros hacia las personas aupadas por el rey a puestos de la máxima relevancia nublara su buen juicio. O, en otras palabras, temió que el influyente franciscano, guiado por el despecho, acabara sumándose a los partidarios del archiduque.

—Ambos sabemos que en los últimos tiempos Su Majestad dejó hacer a su esposo más de lo razonable —concedió Chacón, tratando de calmar los ánimos.

—¡Pecó de buena fe! —Cisneros se encaró con el noble, visiblemente disgustado—. Es oro castellano lo que sufraga las pretensiones del rey de Aragón en Nápoles. ¡Y no para satisfacer a quien lo provee!

No irritaba menos a Chacón que la cuarta parte de los ingresos anuales de la Corona de Castilla hubiera financiado las campañas aragonesas en Italia y la defensa del Rosellón, entre otras empresas que poco o nada reportaban al reino que las costeaba.

—No rebatiré vuestra queja, pues, como a vos, me inquieta el asunto —reconoció el consejero, mordiéndose la lengua—. Más aún cuando hay tanto en juego.

La alusión templó al arzobispo. Acompasando el paso para mesurar el verbo, echaron de nuevo a andar en aquel lugar concebido para favorecer la reflexión y el recogimiento. Por razonables que resultaran sus invectivas, Chacón sabía que ambos compartían una preocupación todavía mayor que la causada por el dispendio en las aventuras militares de Fernando. A ella se aferró para apaciguar a Su Eminencia y dar curso al mandato del rey.

—Hemos de velar por que se cumpla la voluntad de la reina —dijo el consejero.

—Dios la tenga en su gloria. —Cisneros se santiguó—. Para ese empeño siempre me hallaréis presto.

—Así lo espero —replicó Chacón volviendo la mirada hacia él—, pues Su Majestad os reserva un lugar de honor en la empresa.

La suspicacia del clérigo claudicó ante la firme advertencia del noble. Cisneros la entendió como una invitación ineludible, tanto por lo que se esperaba de él como por lo que su conciencia y su afán le exigían. Juntó las manos sobre su pecho e inclinó el mentón, con los ojos semicerrados. Así permaneció durante unos instantes, rogando a la Providencia para que iluminara los actos de los hombres. Luego se santiguó y alzó el semblante hacia Chacón. No hizo falta más.

Emprendieron viaje en cuanto los preparativos lo permitieron. Tan adusta como la personalidad del arzobispo fue la meteorología que los acompañó mientras atravesaban Castilla, como si el franciscano y las borrascas compitieran en severidad. Cuando por fin atisbaron las murallas de Toro, el arzobispo las contempló con recelo, anticipando lo que lo aguardaba tras ellas. O así, al menos, lo interpretó Chacón.

Apenas se hubo divisado el cortejo desde la villa, un reducido número de jinetes armados salió

a galope del recinto en dirección a los recién llegados. A la cabeza del destacamento cabalgaba el rey de Aragón. Cuando Fernando llegó a la altura del arzobispo de Toledo, le sonrió con marcada cordialidad y se despojó del bonete, un gesto de deferencia como otros muchos con los que acostumbraba a agasajar a Cisneros.

—Eminencia, permitid que os acompañe y os abra las puertas de Toro.

Cisneros accedió, sin dejarse impresionar por la muestra de respeto del aragonés. El cortejo se puso de nuevo en camino hacia la villa, con las monturas de tan distinguidos personajes trotando al paso y en paralelo.

Idéntica cordialidad manifestó el regente cuando instó al arzobispo a reunirse con él a solas en su cámara. No quiso Fernando que Gonzalo Chacón presenciara el encuentro y esto disgustó al noble, por más que acatara la contingencia. Quien fuera mentor de doña Isabel se sentía con derecho a intervenir y a participar en el compromiso que habría de preservar el legado político de la reina. Pero la lealtad selló sus labios, una vez más, y nada dijo.

—Vos, que sois hombre austero, apreciaréis sin duda la estancia en este palacio —observó el rey con cierta socarronería, mientras atizaba el fuego de la chimenea.

A su espalda, Cisneros permanecía de pie, algo retirado de la lumbre.

—Bien me conocéis. Por tanto, ahorradme los preámbulos —repuso sin el menor titubeo—. ¿Para qué me habéis hecho venir?

Fernando se volvió hacia el franciscano con una amplia sonrisa en el semblante.

—No soy santo de vuestra devoción.

Ni siquiera pestañeó Cisneros, no fuera a interpretarse como un desmentido. El aragonés mantuvo el buen humor:

—Por mi parte, en no pocas ocasiones os hubiera preferido encerrado en Alcalá, dedicado a vuestra universidad.

—No hallaríais condena que me agradara más.

—Lo sé. —Fernando dio por concluido el cortejo. Un velo de amargura le desdibujó la sonrisa—. Pero con ello ambos traicionaríamos la voluntad de Isabel.

El arzobispo bajó la mirada y confirmó tácitamente la reflexión del rey viudo. No cabía llamarse a engaño, ¿acaso no había viajado en pleno invierno hasta Toro para entregarse a propósitos superiores? Conseguida la aquiescencia del clérigo, Fernando remató su diagnóstico:

—Es mucho lo que nos separa, pero su memoria nos une. Tanto como el deseo de que el poder permanezca en manos de la Corona, no en las de los grandes.

Cisneros orilló la retórica y atajó hasta la raíz del problema.

—Dais por hecho que vuestra hija es incapaz de gobernar.

—No menos que vos —reconoció el rey, consternado.

Tampoco esto fue desmentido por Su Eminencia, testigo como había sido de las excentricidades

de Juana y, sobre todo, de cuán sometida se veía su voluntad a la pasión que sentía por su esposo. Y en ello, no en su intelecto ni en su formación, ni siquiera en los sombríos antecedentes familiares, se hallaba el impedimento que la invalidaba a los ojos de ambos para regir los dominios heredados de una soberana sin par.

—Los anhelos de algunos y la ambición de mi yerno pronto encontrarán acomodo —apuntó Fernando—. ¿Ha de volver Castilla a los tiempos del rey Enrique?

—Y para evitarlo, ¿hemos de entregaros los reinos y cerrar los ojos ante vuestras propias ambiciones?

Fernando encajó impertérrito la insolencia del franciscano, refrenado por la necesidad de ganárselo. Cisneros, con voz serena y sin dejar de mirarlo a los ojos, le lanzó una advertencia:

—No bendeciré actos y decisiones que me repugnan.

—No necesito vuestra bendición, sino vuestro auxilio —aclaró el regente con pareja entereza—. ¡Vayamos juntos en esto, no enfrentados!

Fernando no planteó la cuestión como una negociación sujeta a condiciones, sino como una maniobra necesaria y urgente para que todo siguiera en Castilla como la reina Isabel había estipulado en sus últimas voluntades. Al aragonés no le sorprendió que Cisneros opusiera resistencia, pues en modo alguno imaginaba que respaldaría su gobernanza dejándole, además, disponer a su antojo. Sin embargo, en vez de levantar un muro entre ellos, la notoria desconfianza que ambos se profesaban podía y debía garantizar que su alianza, pergeñada en pos de un fin legítimo y común, no se saliera del cauce acordado.

—¿Acaso contáis con otro que pueda cumplir los designios de mi difunta esposa? —No hubo indicio de arrogancia en la pregunta de Fernando, sino franqueza y un doloroso apremio.

Cisneros guardó silencio, pues cualquiera, hasta el ánimo más simple de la corte, sabía que solo el rey viudo podía encabezar tan ardua empresa. Sintiendo que el clérigo cedía ante la evidencia, el rey de Aragón subrayó la sinceridad de sus palabras:

—Isabel quiso dejar en mis manos el gobierno de Castilla. Graves son los trances que me aguardan. —El brillo de los ojos del regente dejó traslucir una emoción tan veraz como su vaticinio—. Invocando su nombre, os ruego que estéis a mi lado.

El arzobispo de Toledo caviló unos segundos en silencio, afectado por el alcance del dilema y —hubo de reconocerlo— por los intrincados meandros del reto al que deberían enfrentarse juntos.

—Admito que bien poco quedaría del legado de la reina sin vos al mando. —Fernando agradeció con una leve inclinación del mentón la declaración de Su Eminencia, sabiendo cuánto le había costado pronunciarla—. Pero todo depende de vuestra hija Juana.

—Conocéis sus arrebatos... Y la veneración que siente por su esposo.

—Tanta que enturbia su maltrecho juicio —ratificó el franciscano.

El escándalo provocado por los repetidos desvaríos de Juana había servido como pretexto para

que el archiduque la sometiera a vejaciones intolerables. Sin embargo, no se tenía noticia de que la devoción de la joven heredera hacia su marido hubiera desfallecido. Tanto Fernando como Cisneros intuían que Felipe se valdría cruelmente de aquella pasión hasta que su esposa obedeciera sus designios.

—Mi yerno no dudará en traicionarnos si es en beneficio propio. ¿Cómo estar seguros de que Juana no refrendará sus maniobras?

El arzobispo todavía reflexionó unos instantes. Por penoso que le resultara, no se empeñaría en refutar lo que él mismo temía.

—Que Dios me perdone, no es la soberana que precisan estos reinos —musitó. Fernando confirmó su parecer con un gesto—. Pero ¿qué ha de ser de ella?

En la mirada del aragonés, Cisneros descifró que sobre aquel particular el regente también lo tenía todo planeado.

Con notoria premura arribó al palacio de Coudenberg don Juan Manuel de Villena y de la Vega, señor de Belmonte de Campos. Quien otrora fuera abnegado embajador de la Corona en Flandes había huido de las Españas, al amparo del poderoso Diego López Pacheco, cuando se desvelaron sus intrigas contra la gobernanza de Fernando. Convencido venía el prófugo de que el Hermoso lo acogería bajo su protección, pues le había prestado valiosos servicios, y logros aún mayores podía proporcionarle.

—Señor de Belmonte, ¿he de entender vuestro regreso como el reconocimiento de un fracaso?

La arrogancia del archiduque no hizo mella en el interpelado; al contrario, le dio pie para que manifestara aquello que tan afanosamente lo había llevado a Bruselas.

—No ha de inquietaros mi presencia aquí, señor, sino lo que vuestro suegro está fraguando contra vos.

Se hallaba el Habsburgo en compañía de Philibert de Veyré, mano derecha que fue de François de Busleyden, cuya pericia como consejero áulico tanto añoraba el enlutado borgoñón. Fallecido el arzobispo de Besançon, aquel hombre grueso de mediana edad apodado «la Mosca» se había hecho un hueco en la corte acorde con su oronda complexión y sus afiladas ambiciones. Felipe se lo consultaba todo y prestaba oídos a cuantas opiniones le brindara Veyré, para defenderlas después como propias con insensata obcecación.

No se le escapó al recién llegado la breve y preocupada mirada que la Mosca y el archiduque intercambiaron al escuchar que Fernando podría dar al traste con sus respectivas aspiraciones.

—Os he conseguido el apoyo de los nobles más poderosos de Castilla. —El altivo señor de Belmonte pretendió enmascarar los reveses sufridos alardeando de futuros triunfos—. Ellos, como vos, quieren desalojar al aragonés del gobierno del reino.

La bestia hambrienta no distingue el señuelo de una presa verdadera. Algo similar le sucedió a Felipe, que ya se imaginó ungido por tan ilustres vasallos.

—¿Los grandes están de mi parte?

—No todos, a decir verdad —admitió el de Belmonte—. Mas es cuestión de tiempo.

—Y de dinero, supongo —apostilló el sagaz Veyré.

Don Juan Manuel confirmó el engorro financiero con un respetuoso ademán. Bien sabía que

ganarse el apoyo de la Mosca equivalía a obtener la bendición del archiduque.

—Los vientos os son favorables —añadió—, pero habéis de actuar con presteza.

Acuciado por Belmonte, el Hermoso cruzó una mirada con Veyré y este asintió, avalando así el veredicto del castellano.

—Viajad a las Españas —ordenó Felipe a su consejero—. Completaréis la tarea que don Juan Manuel ha iniciado.

Antes de que la Mosca hubiera acatado el mandato, Belmonte enunció el meollo del conflicto, lo que en verdad debía inquietar al borgoñón:

—Mayor diligencia requiere todavía lo que ha de hacerse entre estos muros, pues, tanto o más que el apoyo de los poderosos, necesitáis a vuestra esposa serena y de vuestra parte.

Felipe ensombreció el gesto. A juzgar por lo vivido en los últimos tiempos, los requisitos mencionados se le antojaban distantes, si no inalcanzables. Don Juan Manuel expuso la cuestión en toda su crudeza:

—Señor, el testamento de la reina entrega las riendas de Castilla a vuestro suegro si doña Juana no quiere o no puede gobernar.

El Hermoso comprendió el hallazgo legal de Sus Majestades para impedir que su hija reinara respetando, no obstante, sus derechos dinásticos. El sabor amargo de la rabia impregnó su paladar.

—Conque ese es el ardid... ¡Apartándola a ella del poder, también me relegan a mí!

Nada podría disuadir a Felipe de que esa y no otra era la intención de los españoles, y no erraba. En efecto, todo dependía de Juana.

—¿No puede demostrar Su Alteza tanto su capacidad como su voluntad de reinar? —preguntó Veyré.

Un punto de colérica vergüenza se atisbó en el semblante endurecido del archiduque. Muy a su pesar, tanto la Mosca como don Juan Manuel entendieron su mutismo como una negativa.

—Se han convocado Cortes en Castilla sin la presencia de vuestra esposa —informó con creciente apuro el señor de Belmonte—. Temo que el rey de Aragón las aproveche para declarar incapaz a la legítima heredera.

—¿Quienes me son leales no podrán evitarlo? —Don Juan Manuel negó en silencio y ello sumió al Habsburgo en un escéptico desaliento—. Entonces ¿qué puedo hacer yo?

—Anticipaos —le espetó el castellano—. Tomad ejemplo de vuestra difunta suegra y proclamaos rey cuanto antes.

—¿Sin el beneplácito de Juana? —Felipe se mostró escasamente convencido.

—Eso es lo primero que debéis lograr —repuso enérgico don Juan Manuel.

Veyré coligió que la mente del señor de Belmonte hallaba su inspiración en la audacia del superviviente y la osadía del traidor. Sea como fuere, el español había logrado convencer al



archiduque.

Poco se demoró el Habsburgo en recorrer la distancia que lo separaba de los aposentos de su esposa en el segundo piso. Una dama se afanó en abrirle la puerta del salón de Juana. El borgoñón la despachó con un gesto y cerró tras de sí. El luto había transformado la estancia, al igual que las restantes dependencias de la archiduquesa. Grandes telas negras ocultaban muros y cortinajes, también muebles y enseres. Aquellos paños opacos conferían una pátina de sobrecogedora desolación al recinto, más acentuada si cabe por ser el silencio su único ocupante.

Felipe tomó aliento y atravesó el salón. Llegó al comedor vacío y de allí pasó al vestidor. A la entrada del dormitorio volvió a inspirar profundamente con los párpados semicerrados, como si contuviera un antojo inconfesable. Abrió la puerta con cuidadosa suavidad y allí, en su cámara privada, halló a Juana leyendo.

—No os he mandado llamar —rezongó, sin mirarlo, la heredera de Castilla.

—¿Acaso vuestro esposo ha de pedir audiencia?

—No deseo ver a nadie. Y menos a vos.

Juana volvió a ensimismarse en la lectura, o así lo aparentó. Felipe reparó en las telas negras que cubrían el dosel de la cama. No compadeció a la huérfana, pero decidió concederle unos instantes, antes de iniciar la ofensiva. Pensó que así su visita despertaría mayor expectación, tal vez la esperanza de una reconciliación.

El archiduque se desplazó lentamente, sin hacer ruido, hasta la ventana. Desde allí contempló la casa verde. Todos en Coudenberg se referían con ese apelativo al pabellón de madera que se asentaba sobre nueve pilares sumergidos en el estanque. Tiempo atrás, al abrigo de sus rincones secretos, el jardín amurallado donde se alzaba la mencionada construcción había propiciado momentos de gozo entre los esposos. Ninguna sombra acechaba entonces sus encuentros. O quizá sí, mas no la percibían, disimulada como atrevido condimento en los placeres que compartían.

Otras damas habían disfrutado con Felipe de la intimidad de aquel paraje, bien lo recordaba, pese a estar a la vista de todos en palacio. Pero el enclave no solo conocía el ajeteo de sus lides galantes, pues en la explanada también se celebraban animadas justas y con frecuencia partían de allí cacerías muy concurridas. El archiduque suspiró, deseoso de emprender una batida tras otra y al término entregarse a más juegos y torneos, libre ya de cuestiones tan fastidiosas como la que venía a solventar.

Felipe abandonó el ventanal y se acercó a Juana por la espalda, con ademanes tan apacibles que pusieron a la española sobre aviso.

—Todo lo hago por vuestro bien —musitó el Habsburgo—. Pero, en ocasiones, mis buenos propósitos me llevan a cometer errores.

—¿Consideráis un error ocultarme tanto tiempo la muerte de mi madre?

Juana envolvió en sarcasmo el desconuelo que la artimaña le había causado. En realidad lo consideraba un añadido atroz a su congoja, hallándose además sola y malquerida.

—Teniendo vuestro ánimo alterado, pensé que tan dolorosa pérdida no haría sino...

—¡Mentís!

La brusca reacción de su esposa no alteró al archiduque ni lo desvió de su propósito. Ante la corte había justificado mantener a Juana ignorante del deceso por temor a agravar sus delirios, mientras en privado porfiaba para abreviar el trecho hasta el trono de Castilla.

—No, no lo hago. —El Habsburgo dejó entrever el pesar que le provocaba la acusación, aproximándose a la heredera—. Y me entristece esta separación entre ambos, que ya dura más de lo que la decencia aconseja...

Felipe se arrodilló junto a ella. Con escrupulosa dulzura, tomó su mano. Juana no la retiró. El tacto cálido de la piel del Hermoso reavivó sensaciones que ni la repulsión por su infamia había logrado desterrar.

—Se me antoja un rencor infundado —prosiguió él, con el rostro cada vez más cerca del perfil de su esposa—, más aún cuando hemos de afrontar nuestro destino de la mano.

El archiduque le acarició levemente la mejilla. Pensó en rozarla con sus labios, pero todavía se retuvo. La heredera, por su parte, se puso en guardia: sabía que Felipe se disponía a desvelar su juego.

—No deberíamos demorar más nuestra proclamación como reyes de Castilla.

Ella esbozó una sonrisa; no se había equivocado.

—¿Queréis emprender viaje en pleno invierno?

—No. Pensaba que podría tener lugar aquí, en Santa Gúdula. —Juana volvió la mirada hacia el Habsburgo, como si valorara la propuesta en silencio—. Castilla ha alzado pendones por vos, ¿por qué esperar?

—Muy conveniente, sin duda. —Por un instante, Felipe creyó haberla persuadido—. Pero no. —Juana apartó la mano y miró fijamente a su esposo, sin hacer el menor aspaviento—. Solo las Cortes de Castilla habrán de jurarme como su reina.

La firmeza de la española no dejó lugar a dudas. El rostro de Felipe reflejó un desconcierto que pronto se transformaría en ira. Juana lo ignoró, remachando su desdén, y abrió de nuevo el libro.

—Os ruego que me permitáis continuar con mi lectura.

Entretanto, un piso más abajo, Philibert de Veyré aleccionaba al señor de Belmonte de Campos. Este, forzado a tragarse el orgullo, de todo le iba dando razón.

—Es preciso recabar la mayor cantidad de apoyos posible —insistió la Mosca—. Echar al aragonés es tarea que incumbe a toda la nobleza castellana.

Don Juan Manuel ratificó el parecer del consejero, exhibiendo un convencimiento

inquebrantable:

—Muchos que hoy titubean tomarán partido cuando los grandes alcen su voz.

Veyré no puso en duda la afirmación de Belmonte. Hombre de una sola idea —que Felipe reinara en Castilla—, también era de carácter puntilloso. Como tal, antes de emprender un viaje tan decisivo, prefería asegurarse de llevar todo lo necesario.

—Su Alteza habrá de concretar qué puedo ofrecer a tantos caballeros.

—Os daré cartas de presentación para cada uno de ellos.

Algo más que buenas palabras precisaba la Mosca, pero la irrupción de un malhumorado Felipe interrumpió la réplica.

—Veyré, organizad un funeral por el alma de mi suegra. —El aludido acató de inmediato la orden. A renglón seguido y para satisfacción de Belmonte, Felipe añadió—: Aprovechando la ceremonia, voy a proclamarme rey de Castilla, ¿esté de acuerdo mi esposa o no!

Una pesadilla afligía a Juana desde que supo que su madre, la reina, había fallecido; un mal sueño que atormentaba varias veces por semana el reposo de la heredera. No se habían despedido en los mejores términos cuando decidió regresar a Flandes, un año atrás, contraviniendo la voluntad de sus padres y desoyendo sus consejos. El empecinamiento de Juana por reunirse con su esposo obligó a Isabel a acudir junto a ella, en pleno invierno, con la enfermedad carcomiéndole fatalmente las entrañas. Asumía el sacrificio con tal de que Juana permaneciera en los reinos que pronto serían suyos, a salvo de los traidores que ya despuntaban en el horizonte, como bestias carroñeras que barruntan la muerte próxima. De nada sirvió y la madre debió ceder ante la hija. Nadie habría podido convencer a Juana, tal era la obstinación de la joven princesa. Partió siguiendo el mandato del amado para verse apartada de todos a su llegada, para padecer continuas humillaciones que ninguna mujer, reina o plebeya, debiera soportar jamás. No tardó Juana en comprender su error, y en la comprensión germinó la culpa. El fallecimiento de la reina no hizo sino agravar su aflicción. Recluida en su cámara de Coudenberg, rodeada de telas negras, casi envuelta en ellas, las pesadas jornadas invernales transcurrían en soledad y el desasosiego aguardaba la caída de la noche para cebarse con la heredera cuando más vulnerable se hallaba.

En aquel delirio recurrente, Juana se veía en Medina del Campo, tiritando semidesnuda y de nuevo aferrada a la puerta del castillo de La Mota. Nada más distinguía de la fortaleza, como si el portón se alzara exento en un páramo asolado por una bruma tenebrosa. Sin embargo, la joven se desesperaba por atravesarlo, pues lo consideraba el único e imprescindible paso hacia el reencuentro con su añorado esposo.

A gritos reclamaba que abrieran la puerta, que le permitieran franquearla para huir de aquel paraje que la engullía poco a poco, como si la tierra húmeda se deshiciera bajo su peso. La

impresión se tornaba tan desagradable y tan vívida que Juana dirigía la mirada a sus pies y se descubría hundida hasta las rodillas en un gélido cenagal hambriento de ella. Entonces redoblaba sus alaridos, pero en el sueño nada oía, por más que aullara, como si su propia voz también la hubiera abandonado y solo resonara en su pensamiento.

Cuando ya se sentía tan sojuzgada por la angustia que intuía próxima la muerte, su madre surgía de la niebla, ataviada con recias ropas de viaje. La reina Isabel cubría a su hija con un manto de armiño y a continuación se arrodillaba a su lado en el fango. Su gesto denotaba una inmensa compasión que enternecía sin remedio a Juana. «No prolongaré más vuestra desdicha —le decía su madre con voz serena, acariciando el rastro de las lágrimas derramadas, besándole la frente y las mejillas—, este es vuestro reino, mas no vuestro sitio. Partid.» Y con la irrupción de un súbito e imposible amanecer primaveral, Juana despertaba extrañamente liberada, para tomar conciencia instantes después de que lo había hecho en la casi siempre fría madrugada bruselense.

Juana solía recostarse en el lecho hasta recobrar la calma. Con ese propósito, por respeto a la reina y a su recuerdo, se esmeraba en soslayar el anhelo amoroso que motivaba su fuga de la Medina imaginaria, tan distinto de la triste realidad en que vivía.

La pesadilla de la noche del 14 al 15 de enero discurrió de manera similar a las precedentes, hasta que apareció Isabel. Creyéndose morir, una vez más, Juana vio que la bruma se disolvía, abriéndose un corredor lechoso al paso de la soberana. Venía, como siempre, en atuendo de viaje, pero su semblante reflejaba una pena insoportable que sepultó a Juana en una muda congoja. Isabel se detuvo, de pie ante ella, y se apartó lentamente el manto con la mano. Un puñal ensangrentado apareció clavado a la altura del corazón. Juana, aterrorizada, buscó de inmediato la mirada de su madre, pero solo halló una mueca de dolorosa incomprensión.

La archiduquesa despertó sobresaltada, con el rostro interrogante de Isabel fijado en la memoria y la angustia oprimiéndole el pecho hasta privarla de aliento. Ya era de día, pero los nubarrones, amancebados con la ciudad, agrisaban cielo y tierra como si el tiempo hubiera quedado en suspenso.

Juana saltó de la cama y abandonó la cámara envuelta en un manto, impelida por un mal presagio que no habría sabido elucidar. Atravesó sus aposentos enlutados y salió al corredor. Nadie guardaba la puerta, a nadie se oía en palacio. Por un momento, Juana creyó seguir atrapada en un sueño, pero avanzó con paso decidido hacia la escalera. Cuando había descendido la mitad de los peldaños, divisó a una sirvienta en el piso de abajo.

—¿Dónde están todos? —preguntó desde las alturas—. ¡Decid!

Desde el palacio de Coudenberg hasta la colegiata de Santa Gúdula se había instalado una pasarela de madera de más de setecientas varas de longitud. Multitud de antorchas delimitaban el

recorrido, alumbrando los rostros del cortejo que se dirigía a la iglesia con motivo del funeral por la difunta reina de Castilla.

Las puertas de la colegiata aparecían revestidas con telas nobles y, en el interior, enormes paños de lana y terciopelo negro cubrían paredes y altares. Las armas de Isabel y de sus ancestros se exhibían en la capilla real, custodiadas por seis ángeles dispuestos a tal fin. El nuevo escudo de Felipe —que ya incluía sus posesiones como rey de Castilla, León y Granada— figuraba como adorno en los cientos de antorchas que portaban los oficiales del pueblo. Nada se había dejado al azar.

Juana alcanzó al cortejo y se unió a él. Al verla, la vizcondesa de Furnes le recogió el velo y con no poco esfuerzo lo llevó en el apresurado trayecto de la princesa hasta el altar. Este se había levantado sobre seis gradas, justo debajo del crucero. Lo cubría un paño de oro que llegaba hasta el suelo. Delante, entre los dos primeros pilares de la nave central, se hallaba el imponente monumento funerario, un cenotafio de seis alturas flanqueado por cuatro enormes cirios y adornado con las armas de la difunta representadas a gran tamaño.

Cientos de velas y antorchas encendidas iluminaban el recinto, repartidas en multitud de hacheros y candeleros. La corona real llegó a la colegiata sobre la silla de un palafrén con gualdrapas negras, acomodada en un cojín de terciopelo y escoltada por una comitiva ritual de nobles, oficiales de armas y miembros destacados de la Orden del Toisón de Oro.

Felipe, ataviado con un capirote de luto, fue recibido a los sones de «Philippus Rex Castillie», una pieza musical que Josquin des Prés había compuesto para la ocasión. El Hermoso tomó asiento en un reclinatorio situado frente al altar mayor. Una vez acomodado el archiduque, el rey de Armas de la Orden del Toisón de Oro, con su vara blanca bien visible en la mano, ordenó que depositaran el cojín de terciopelo que sustentaba la corona sobre el túmulo, junto a las enseñas de la reina fallecida. La misa de difuntos podía dar comienzo. Entonces, la irrupción de Juana paralizó al oficiante.

—¡Os parece la casa de Dios lugar apropiado para una farsa?! —La voz de la española tronó en la colegiata.

Ante el estupor de los congregados, la princesa avanzó con paso decidido hasta colocarse junto a su esposo.

—Yo soy la reina de Castilla. Esta ceremonia carece de sentido sin mí.

El archiduque disimuló su contrariedad y le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza. En nada lo beneficiaba que su esposa perdiera los estribos y protagonizara otro de sus arrebatos delante de la corte. Felipe, sin perder de vista a Juana, hizo una seña al rey de Armas y el ritual prosiguió según lo estipulado.

Terminada la misa, los prelados presentes se colocaron delante del altar. Frente a ellos, el rey de Armas del Toisón de Oro levantó su vara blanca.

—La muy alta, excelente, poderosa y católica señora doña Isabel, reina de Castilla, de León y de Granada, cuya memoria es muy excelente, virtuosa y digna de elogio, ha muerto —proclamó en voz alta.

Acto seguido, el rey de Armas arrojó la vara al suelo. Luego tomó la corona del túmulo y la paseó por delante de los príncipes. Juana atisbó en la mirada de Felipe la desvergonzada ambición que había inspirado aquel acto. Vivió como una ofensa hacia ella, hacia su madre y hacia sus reinos la tropelía de coronarse por su cuenta en Bruselas, donde su esposo se sentía fuerte y respaldado, pero muy lejos de donde correspondía por ley. La princesa también pensó en su padre y rogó por que pusiera coto a tamaño dislate, ignorando que lo haría, sí, pero a su costa.

El rey de Armas depositó la corona sobre el altar, al lado de la espada de honor. Hecho esto, se volvió hacia los príncipes y exclamó:

—¡Viva don Felipe y doña Juana, por la gracia de Dios, rey y reina de Castilla, de León y de Granada, príncipe y princesa de Aragón y de Sicilia!

Por tres veces pronunció la declaración el maestro de ceremonias, según dictaba el ritual. A continuación, recogió la vara del suelo y se dirigió a Felipe.

—Señor, las costumbres y los usos imperiales y reales quieren que os quitéis el capirote, pues a rey franco no le pertenece llevarlo en adelante.

Ayudado por el primer chambelán, el Hermoso se despojó del tocado de duelo. Entonces, el rey de Armas recogió la espada de honor del altar y la sostuvo con ambas manos frente al flamante soberano, con la empuñadura en alto.

—Señor rey, a vuestra majestad real pertenece esta espada para mantener la justicia, mandar en vuestros reinos y defender a vuestros súbditos.

Consumido por la impaciencia, Felipe aún hubo de recogerse para orar durante unos instantes, pues así lo exigía el protocolo. Después tomó por la empuñadura la espada ofrecida por el rey de Armas y la alzó para que todos vieran y comprendieran que desde esa hora se hallaba investido de la autoridad real.

—¡Viva don Felipe, rey de Castilla, de León y de Granada!

La corte entera prorrumpió en vítores. Tan evidente resultó el orgullo de Felipe como el menosprecio padecido por Juana, ninguneada en la ceremonia pese a ser la heredera legítima del trono. A nadie le importó, pues todos los ojos se hallaban puestos en el arrogante borgoñón, cuyo anhelo finalmente se había hecho realidad. Pero el pulso por el poder en el reino de Castilla no había hecho más que empezar.

Menos entusiastas habrían sido las ovaciones en Bruselas de haber sabido lo que acaecía en Toro ese mismo mes de enero de 1505. Allí se encontraban reunidas las Cortes de Castilla y León

desde el día 11, convocadas por la mano distante de doña Juana y presididas por su padre, el regente don Fernando.

En una de las sesiones que decidirían el porvenir del reino para los años venideros, el secretario de doña Isabel, Gaspar de Gricio, hizo su entrada con gran solemnidad, en medio de un respetuoso silencio. En sus manos portaba el testamento original de la difunta reina, escrito en pergamino de cuero. Muchos de los presentes se emocionaron cuando se les permitió ver y tocar el documento, alzándolo sobre sus cabezas en señal de acatamiento.

Erguido ante los notables reunidos en asamblea, Gaspar de Gricio leyó en voz alta las últimas voluntades de la llorada reina, dictadas y recogidas en la villa de Medina del Campo. Un fragmento en particular azuzó la conocida animosidad de algunos contra el rey de Aragón:

—«Ordeno y mando que cuando la princesa mi hija no estuviere en estos mis reinos, o después que a ellos viniere en algún tiempo haya de estar fuera de ellos, o estando en ellos no quisiere o no pudiere entender en la gobernación de ellos, que en cualquier de los dichos casos el rey mi señor rija, administre e gobierne mis reinos y señoríos, hasta en tanto que el infante don Carlos mi nieto sea de edad legítima, a lo menos de veinte años cumplidos, para regirlos y gobernarlos.»

Al oír esta disposición, Diego López Pacheco y el duque de Nájera intercambiaron una mirada. Ambos torcieron el gesto, mostrando públicamente su desacuerdo. No fueron los únicos. Ni Fernando ni el arzobispo Cisneros los habían perdido de vista durante la lectura.

Haciendo caso omiso del escozor que provocaban los mandatos de su esposa en señores tan destacados, el viudo hizo seña al secretario de las Cortes, Pérez de Almazán, para que procediera. Todos los convocados se pusieron en pie.

—¿Juráis, por tanto, a doña Juana como reina verdadera y legítima sucesora y señora natural propietaria de estos reinos y señoríos, y a don Felipe como a su legítimo marido?

La voz de Pérez de Almazán sonó con firmeza en el salón de palacio. Todos respondieron al unísono, sin la menor vacilación:

—¡Sí, juramos!

El secretario continuó con el ceremonial:

—Según lo dispuesto en el testamento de doña Isabel, ¿recibís a Su Católica Majestad, don Fernando de Aragón, como gobernador y administrador de los reinos de Castilla, León y Granada?

Otra mirada fugaz entre el segundo marqués de Villena y el duque de Nájera instó a este último a adelantarse para tomar la palabra. «Ingrato y miserable traidor, por fin se revela», pensó Fernando. El aragonés estaba al corriente de que el hijo de Juan Pacheco y él encabezaban a quienes se oponían a su gobernanza. No había olvidado el regente que Pedro Manrique de Lara y Sandoval, llamado «el Fuerte», segundo conde de Treviño, había recibido el ducado de Nájera de sus propias manos y de las de Isabel veintitrés años atrás. «Así premió la Corona los servicios a ella prestados y así devuelve el honor, con añagazas y conspiraciones.»

—Señores, no es mi intención cometer desacato contra la voluntad de la reina. —El duque se dirigió en todo momento a la asamblea, evitando mirar al monarca—. Mas, según nuestras leyes, ¿no pertenece la administración de los estados y señoríos de doña Juana a su legítimo esposo, antes que a su padre?

Un murmullo recorrió el salón. El aragonés clavó la mirada en aquel hombre que iniciaba la sesentena y hubo de reprimir una sonrisa amarga: todo discurría según lo había pronosticado, solo quedaba comprobar hasta dónde llegaría la osadía de sus enemigos.

Tan leal a Isabel como a Fernando, Fadrique Álvarez de Toledo, el segundo duque de Alba de Tormes, no dudó en contestar a su par con el vigor que la ocasión requería:

—¿Preferís, señor mío, poner el gobierno de estos reinos en manos extranjeras?

—¡Solo apelo a las leyes de Castilla, pues tan extranjero es uno como el otro! —bramó el de Nájera.

La descalificación hirió al regente, aragonés de nacimiento y formación, pero tan perteneciente al linaje castellano de los Trastámara como su esposa y los ancestros que ambos compartían. Permaneció impassible, sin embargo, por no complacer al duque cayendo en la provocación, pese a que los murmullos en las bancadas arreciaron hasta convertirse en un fragor insolente. Desde su posición, un callado Cisneros asistía con visible preocupación al cruce de acusaciones y comentarios. Antes de que el duque de Alba replicara, Fernando terció en la disputa.

—Yo fui el primero que reconoció a mi hija como sucesora al morir la reina. —La voz del aragonés se impuso sobre las demás—. Pero habéis de saber que la honestidad y el dolor de mi esposa la llevaron a ocultar las verdaderas razones de su decisión.

La afirmación del rey viudo originó auténtica expectación. Manrique de Lara, López Pacheco y el resto de los díscolos aguardaron imperturbables su alegato. Fernando miró a un sirviente y este, solícito, entregó un manuscrito encuadernado a Pérez de Almazán. El secretario lo ojeó con semblante adusto.

—Mucho antes de fallecer —prosiguió el Católico—, la reina nuestra señora conoció y supo de la enfermedad que sobrevino a doña Juana.

Con un gesto, Fernando indicó a Pérez de Almazán que hiciera circular el volumen entre los miembros de la asamblea.

—Este documento, elaborado por orden de mi yerno, recopila las pasiones e impedimentos que tienen a la reina fuera de su libre albedrío —adelantó el aragonés.

El infausto memorial había sido escrito en vida de Isabel y llegó a manos de los monarcas en julio del año anterior. Con aquel repertorio de barbaridades, el archiduque pretendía refutar cualquier sospecha de maltrato o desatención hacia Juana por su parte, pues ya habían llegado a las Españas noticias de numerosas y enconadas riñas entre los príncipes. Antes incluso de recibir el documento, los reyes habían comprendido que los altercados en Flandes iban mucho más allá



de simples desavenencias conyugales y ello los alarmó sobremanera, tanto en lo personal como por sus derivaciones políticas.

Pero en Toro el memorial sirvió para un propósito que Felipe no había previsto. La compilación de los arrebatos de la heredera pasó de mano en mano, causando asombro, estupor y espanto en los lectores. Cisneros avistó gestos de consternación en casi todos los rostros, no así en los del duque de Nájera y el marqués de Villena, y se sintió compelido a intervenir.

—La enfermedad es tal que doña Juana no puede gobernar —zanjó el arzobispo de Toledo, cercenando de cuajo cualquier otra interpretación.

—Insisto, eminencia. —Diego López Pacheco relevó al duque en la polémica—. ¿Qué impide que lo haga en su nombre don Felipe, nuestro rey?

—El consorte de doña Juana es una incógnita que solo su presencia en estos reinos resolverá. —Cisneros subrayó con la mirada la contundencia del argumento. Para satisfacción de Fernando, buena parte de los presentes asintieron, corroborando con ello la opinión del franciscano—. Por este doble motivo, su difunta madre quiso asegurar el buen gobierno de sus dominios, entregándolo a su esposo.

—¡Y lo hizo con buen tino, como muchas otras veces! —exclamó el duque de Alba, enardecido, y conminó a los reunidos a acatar el testamento—: ¡Obedezcamos la voluntad de nuestra reina y seámosle igual de leales ahora como lo fuimos en vida!

Esta vez los murmullos aprobaron las palabras de don Fadrique. El duque de Nájera y el marqués de Villena se replegaron, viéndose a la sazón en minoría. El memorial, los alegatos del regente y de Su Eminencia, la emocionada arenga de Alba... La suma de todo ello inclinó la balanza en favor de los partidarios del rey de Aragón. Pero, sin duda, más decisivo fue el poso que la difunta reina doña Isabel había dejado en aquellos hombres. Por respeto a su memoria, todos acabaron jurando a Fernando como gobernador y administrador de los reinos de su esposa, que ahora pertenecían a la hija de ambos, aceptando de esta manera el designio de tan venerada soberana.

También Fernando juró ante las Cortes a continuación, pues se comprometió a cuidar de la reina Juana y de sus dominios:

—Miraré por su vida y salud, y procuraré el honor suyo y de sus reinos, y no los dividiré, ni partiré; antes los acrecentaré, cuanto con derecho pudiese, y los tendré en paz y justicia.

Y Cisneros, al tanto del escenario que el Católico había previsto, inclinó el mentón, entrecerró los párpados y se santiguó.

El nuevo escudo de Felipe, aquel que lo identificaba como rey de Castilla, ya presidía el salón del trono del palacio de Coudenberg. No sorprendió el hecho a Gutierre Gómez de Fuensalida cuando compareció en la corte del Habsburgo, cumpliendo la misión encomendada por Fernando. Bien conocía las veleidades del borgoñón. Ante él, y en presencia del señor de Belmonte de Campos, Fuensalida elevó no obstante su protesta por lo acaecido en la colegiata de Santa Gúdula, adobándola con una severa advertencia:

—En nada mejorará la relación con vuestro suegro saber que os habéis proclamado en Bruselas.

—He seguido el ejemplo de su difunta esposa —replicó, desafiante, el Hermoso.

Sabía Fuensalida que no solía amilanarse Felipe en sus feudos, menos si cabe ahora, cuando sentía la corona en sus sienes aun sin habérsela ceñido.

—No conviene que los reyes de Castilla emprendan viaje en pleno invierno —terció don Juan Manuel—. ¿Por qué demorar su proclamación?

La intervención del castellano dio pie a Fuensalida para elevar el tono y dar rienda suelta a su desprecio:

—¡Incluso un traidor como vos sabe que corresponde a las Cortes jurar a sus reyes! ¡Y así lo han hecho en Toro!

Un ademán de Felipe retuvo al renegado, que ya se aprestaba a responder por las bravas a la ofensa. Ni el más ingenuo o angelical de los seres habría podido ignorar el odio que se profesaban Belmonte y Fuensalida, cuyas cuentas pendientes algún día habrían de saldar.

—¡Las Cortes! —bufó Felipe—. ¡Ante las que mi suegro no ha dudado en airear los trastornos de su hija, para asegurarse el gobierno con malas artes!

El enojo del borgoñón no arredró a Fuensalida; al contrario, el embajador se deleitó recordándole con velada sorna su torpeza:

—¿Llamáis malas artes a mostrar la relación de las pasiones que la aquejan, la que vos tuvisteis a bien entregarme?

—¡Por la honra de sus hijos y de sus nietos, mi suegro hubiera debido ocultarla! —replicó Felipe—. ¡Así se lo pedí, mas hizo lo contrario en su provecho!

—Admitís, entonces, que es auténtica y demuestra, por desgracia, ¡que es incapaz de gobernar!

Por exculpase del maltrato al que sometía a Juana, Felipe había puesto al alcance de Fernando la prueba que justificaba la inhabilitación de la heredera y, en consecuencia, que la gobernanza de Castilla quedara en manos del rey de Aragón. Una pifia que amenazaba con privar al Habsburgo de su máximo anhelo. La conciencia del tropiezo irritó a Felipe hasta la exasperación y Fuensalida no dudó en avivarla.

—¡Basta! —El borgoñón se puso en pie, iracundo—. ¡Esté cuerda o esté loca, sabed que obtendré lo que a Juana y a mí nos pertenece! ¡Y lo gobernaré, o perderé la vida en ello! Y si el rey, mi suegro, no entra en razón, ¡de los turcos me ayudaré para lograrlo! ¡Y del diablo, si pudiera serme de ayuda! ¡Fuera de mi vista!

La mente del embajador tomó buena nota de los excesos verbales de don Felipe, pues habría de referirlos al regente sin dilación. Pero en modo alguno se iría de allí sin haber cumplido su misión.

—¡Exijo ver a la reina! —clamó Fuensalida.

—¡Jamás! —vociferó el Hermoso—. ¡En lo sucesivo, no oséis poner los pies en palacio!

—¿Os atrevéis a negar el acceso a un enviado de la Corona?

Felipe descendió del trono y se encaró con él con tal furia que don Juan Manuel dio por contadas las horas de su rival.

—¡Yo soy el rey de Castilla, y no recuerdo haberos enviado a lugar alguno! ¡Guardias, echadlo de aquí!

A Fuensalida no le fue posible entrevistarse con Juana, pues lo expulsaron a empellones del recinto de Coudenberg. El archiduque, por el contrario, corrió a los aposentos de su esposa para tratar de subsanar las consecuencias de su descuido. La maniobra del regente en Toro aún podía volverse contra el soberano aragonés, siempre que el Hermoso persuadiera a Juana de que Fernando había cometido una gravísima afrenta contra ella. El borgoñón no titubeó en exponerla como tal:

—¡Os trata de loca en las Cortes! ¡Vuestro propio padre! ¡Ante vuestros vasallos! ¡¿Acaso no veis lo que ambiciona?!

A Felipe lo desconcertó la serenidad con que Juana escuchó lo sucedido. La joven reina, cuyas excentricidades circulaban de cancillería en cancillería y ya se comentaban por toda Europa, hizo gala esta vez de un temple inopinado, para asombro y disgusto de su atribulado marido.

—Locura fue confiar en mi esposo y no en mis padres, que vieron en vos al traidor que sois.

—Jamás he pretendido despojaros de lo que os pertenece, como hace mi suegro, ¡sino compartirlo!

En la mirada de Juana, la amargura se entreveró con la burla.

—Vuestros actos suelen contradecir vuestras palabras tan a menudo...

—¡Que sean entonces las vuestras, de puño y letra, las que desmientan tamaña infamia!

El Hermoso no supo percibir que el dolor por la artimaña implacable de su padre laceraba el corazón de la reina, pese a tan insólita flema. La obcecación anulaba la perspicacia de Felipe, de nuevo ofuscado por sus anhelos. En vez de explotar la desdicha de Juana a su favor, siguió apremiándola para que redactara un documento justificando sus accesos de cólera irracional.

—¡Solo vuestro amor hacia mí perturba vuestro juicio! ¡El afán por saberme vuestro! ¡Los celos! —Por más que intentara convencerla, el Habsburgo únicamente conseguía alimentar la incredulidad de su esposa—. ¡Ponedlo por escrito! ¡Que vuestro padre sepa que esa, y no otra, es la causa de vuestras pasiones!

Juana lo miró a los ojos, imaginando cómo actuaría su madre e inspirándose en su recuerdo. La joven reina empleó toda su voluntad en mostrarse impasible, ahogando en su empeño la vergüenza de que los suyos, incluso los más amados, la consideraran loca e indigna heredera de su señora.

—No contéis con ello —recalcó.

—¡¿A pesar de lo que os ha hecho?!

Entonces le fallaron las fuerzas. Por un instante, la reina no pudo disimular y apartó el rostro. Sabía que hurtándole la mirada desvelaba su debilidad ante quien menos debía, pero no pudo evitarlo. Felipe se percató, por fin, de que lo acaecido en Toro afligía a Juana más de lo que aparentaba. Su esposa se sentía sola y desamparada. No le faltaban razones, pues nunca había estado más desvalida.

—¡Jamás os aceptarán en el trono de Castilla si no demostráis cordura! —le advirtió.

—Lo hacen, acatando la voluntad de mi madre —replicó ella.

Juana hizo acopio de las fuerzas que le restaban y se encaró con su marido.

—Preocupaos de que os acepten a vos —le advirtió—, pues aquí podéis organizar cuantas farsas queráis, pero en Castilla la reina soy yo.

Juana no alzó la voz. Bastó la contundencia de sus palabras y de su mirada para evidenciar que jamás se doblegaría ante Felipe, por desmesurada que fuera su pena y frágil su posición. Cada vez más airado, viendo que sus ardides se estrellaban contra el dique que su esposa había dispuesto para protegerse, el Hermoso recurrió a su consabida estrategia:

—Miradme bien... Pues si no os avenís, no volveréis a verme en mucho tiempo.

Juana asumió el desafío con una mueca de desprecio, como si ya estuviera hecha a la ausencia del esposo y en nada la afectara prolongarla. Ello todavía encolerizó más a Felipe. Únicamente la conciencia de que la necesitaba para gobernar sus posesiones detuvo su ira.

—Mis hombres de armas guardarán vuestra puerta —anunció, amenazador—. Solo os visitará quien yo decida. En Castilla seréis reina, ¡pero aquí sois mi prisionera!

Juana no se contuvo más y trató de abofetearlo. Su esposo intuyó el golpe y lo paró. Cogió el brazo de su esposa por la muñeca y se lo retorció hasta que ella cayó de rodillas, con lágrimas en los ojos. Una vez sometida, Felipe la abandonó y Juana rompió a llorar desesperada.

—Padre... ¡Padre! ¡¿Qué habéis hecho?!

El borgoñón atravesó las sucesivas estancias con paso embravecido. En cuanto alcanzó el corredor, llamó a voces a la guardia.

—¡Que nadie entre ni salga de esta alcoba sin mi permiso! —ordenó a los hombres armados que llegaron a su posición.

Atraído por la barahúnda, don Juan Manuel salió al encuentro del Hermoso.

—¡Cinco veces se ha negado esa perra a escribir la carta! —le informó a gritos Felipe, nada más verlo.

El castellano hizo ademán a su nuevo señor para que se calmase.

—No os inquietéis por ello —dijo, dejando escapar una sonrisa—. La tendréis.

Desde su llegada a la Península como embajador de don Felipe, un incansable Philibert de Veyré había llamado a las puertas de todos aquellos capaces de favorecer la gobernanza de su señor en Castilla. La Mosca debía ganárselos para que engrosaran el bando del borgoñón y no escatimó en promesas y dádivas. Pero de poco iba a servir la adhesión de personajes tan influyentes si no demostraba la cordura de doña Juana y su voluntad de reinar.

Con tal efecto, el duque de Nájera y el marqués de Villena organizaron en los dominios del primero un conciliábulo al que habían de asistir los contrarios a la regencia de Fernando de mayor empaque. Uno tras otro fueron llegando con sus séquitos a la fortaleza de Pedro Manrique de Lara, donde este se desvivía agasajándolos mientras el marqués informaba al embajador Veyré de las filias y fobias de quienes todavía no conocía.

—Ese que descabalga es el conde-duque de Benavente —susurró Diego López Pacheco—. Uno de nuestros partidarios más leales.

Veyré asintió, satisfecho, y reparó en el porte distinguido de Alonso Pimentel y Pacheco, entonces un caballero cercano a la cuarentena, que saludó sin ceremonias a su anfitrión nada más descender de la montura.

Casi pisándole los talones llegó a la fortaleza Bernardino Fernández de Velasco y Mendoza, a quien Manrique de Lara dedicó particular atención. El duque de Frías formaba parte de uno de los linajes castellanos más antiguos y dirigía los ejércitos del reino, lo que todavía hacía más relevante su presencia. Al verlo entrar, el marqués de Villena tensó la mandíbula.

—Al condestable de Castilla, por el contrario, costará más convencerlo —dijo, señalándose lo discretamente a Veyré.

—Dejadlo de mi cuenta.

La Mosca observó al cincuentón que acababa de incorporarse a la reunión. En verdad se mostraba menos distendido que otros, pero algún interés albergaría si había acudido, más aún estando casado en segundas nupcias con Juana, la hija bastarda del rey de Aragón. Tan seguro estaba Veyré de su triunfo que tampoco le preocupaba que el condestable hubiera aceptado la invitación para espiarlos e ir con el cuento a su suegro. ¿Acaso los perjudicaría que el regente asumiera la envergadura del desafío y la debilidad de su posición en Castilla?

Con los dineros aportados por Philibert de Veyré, el duque de Nájera ofreció un succulento banquete a sus afines, con abundantes y variados manjares acompañados con no pocas jarras de vino. Cuando ni el hambre ni la sed acuciaban a los presentes, y antes de que los estómagos saciados adormecieran sus espíritus, Veyré tomó la palabra y lo hizo con una energía y un convencimiento innegables:

—Bien aprovecha el rey de Aragón el oro que proporciona la lana de Castilla, las cosechas de vuestros campos... Mas, a cambio, ¿qué siembra? ¡Nada, salvo discordia! —La mayoría de los comensales acogieron favorablemente las palabras del flamenco—. ¡Discordia! ¡Aquí y en Bruselas!, donde sus maniobras escandalizan no solo a su yerno, ¡sino a su propia hija!

La mención a Juana atrajo el interés de todos. Veyré desplegó un escrito y lo exhibió ante todos.

—Escuchad, si no me creéis, la misiva que doña Juana me ha hecho llegar, escrita de su puño y letra el 3 de mayo. —Sin más demora, el embajador de Felipe dio comienzo a la lectura—: «Señor de Veyré. Hasta aquí no os he escrito porque ya sabéis de cuán mala voluntad lo hago. Pero como allá juzgan que tengo falta de seso, es razonable que dé una explicación. Aunque no debe maravillarme que se me levanten falsos testimonios (pues a Nuestro Señor se los levantaron), es la cosa de tal calidad y encierra tanta malicia que os pido que habléis de mi parte con el rey mi señor, mi padre, porque los que esto publican no solo lo hacen contra mí; también contra Su Majestad, pues no falta quien diga que le conviene para gobernar nuestros reinos a placer, lo cual yo no creo, siendo rey tan grande y tan católico y yo su hija tan obediente.»

El marqués de Villena y el duque de Nájera se sonrieron, reconociendo la mano de don Juan Manuel en aquella ironía disfrazada de sincero amor filial. Veyré prosiguió con la lectura de la misiva:

—«Bien sé que el rey, mi señor esposo, escribió por justificarse quejándose de mí, pero esto no debiera salir de entre padres e hijos.» —El condestable de Castilla asintió repetidamente, mostrándose de acuerdo con la prudente reserva que reclamaba la reina—. «Más aún porque si en algo yo usé de pasión y dejé de tener el estado que convenía a mi dignidad, notorio es que no hubo otra causa sino los celos.»

En ese punto, la Mosca dejó la frase en suspenso y se dirigió a los comensales.

—¡Celos, caballeros! ¡Celos, y no enfermedad! —recalcó, antes de retomar la lectura—: «Y no

solo se halla en mí esta pasión: la reina, mi señora, a quien dé Dios gloria, que fue tan excelente y escogida persona en el mundo, fue asimismo celosa, mas el tiempo sanó a Su Majestad, como placera a Dios que haga conmigo».

Enardecido y retador, Veyré contempló a su auditorio.

—¿Son palabras de loca? —Aunque la mayoría de los asistentes negaron ostensiblemente con la cabeza, el flamenco no dejó margen para otra respuesta que no fuera la propia—. ¡No, señores! ¡Escuchad y decid si no parece bien cuerda!

Mientras Philibert de Veyré reemprendía la lectura de la carta, el marqués de Villena estudiaba a los congregados. Hasta el momento, la convocatoria parecía encaminada a conquistar su meta.

—«Os ruego y mando que habléis allá con todas las personas que consideréis conveniente, para que los que tienen buena intención se alegren de la verdad y los que mal deseo albergan sepan que no habría yo de quitar al rey, mi señor, mi marido, la gobernación de esos reinos y de todos los del mundo que fuesen míos, ni le dejaría de dar todos los poderes que yo pudiese, así por el amor que le tengo como por lo que conozco de Su Alteza. Y espero en Dios que muy presto seremos allá, donde me verán con mucho placer mis buenos súbditos y servidores.»

—Así sea —murmuró el duque de Nájera, dando por concluida la declamación.

De inmediato, Veyré entregó el escrito al anfitrión. Después de que el duque lo ojeara minuciosamente, la carta inició un viaje alrededor de la mesa, pasando de mano en mano. Todos los presentes pudieron comprobar el contenido, la fecha y la firma del documento: «Dada en Bruselas, a tres días del mes de mayo, año de mil y quinientos y cinco. Yo, la Reina». El condestable de Castilla fue el primero en pronunciarse.

—En efecto —admitió con prudencia—, verla entre nosotros despejaría nuestras dudas y acallaría rumores y sospechas.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó el conde-duque de Benavente.

—Tan pronto como sea posible, espero —aventuró Pedro Manrique de Lara, dirigiéndose al embajador.

Veyré lo confirmó con un gesto y planteó la cuestión principal a los reunidos, reclamando su veredicto:

—¿Acaso es de justicia que se le haya usurpado el gobierno de Castilla tratándola de incapaz ante las Cortes?

—No lo es —manifestó, raudo, el marqués de Villena—. Y creo hablar por todos.

Al decir esto, Diego López Pacheco se volvió hacia los demás. Con las palabras de la misiva todavía frescas en la memoria, casi todos los comensales respaldaron su parecer. Solo el condestable se mostró remiso, como era previsible. A la Mosca se le antojó que el duque de Frías había elegido representar ese papel y continuó su parlamento sin la menor inquietud:

—Entretanto, don Felipe, mi señor, solo piensa en allanar el camino a su esposa.

—Los intereses de don Felipe y los nuestros están llamados a encontrarse —afirmó el duque de Nájera con total rotundidad.

—Mi señor es de la misma opinión —apostilló el embajador— y las compensaciones que recibirán quienes lo apoyen demostrarán su gratitud y generosidad.

La alusión fue recibida con plena satisfacción por la mayoría de los presentes, que ya se imaginaron aceptando cargos y prebendas, multiplicando sus rentas y recuperando con ello poder e influencia. A la Mosca le complació que los ojos del condestable centellearan a la par que los del resto de los acólitos. Veyré dedujo que en nada, salvo quizá en el precio, se distinguía su voluntad de la de ellos. Con un acicate a la altura de sus ambiciones, estaba seguro de que el duque de Frías acabaría jurando por lo más sagrado que nadie había en Castilla más cuerdo y más capaz que su reina doña Juana.

Un largo viaje condujo a Margarita de Habsburgo hasta el palacio de Coudenberg desde el castillo de Pont-d'Ain, residencia de su esposo Filiberto, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, con quien la joven viuda de Juan de Aragón y Castilla se había desposado en segundas nupcias tres años antes. El duque también había fallecido en el mes de septiembre, sumiendo a Margarita en la tristeza, pues grandes eran el amor y la admiración que ambos se profesaban recíprocamente.

Nada más llegar, todavía envuelta en el manto de viaje, una insólita algarabía en el segundo piso cautivó su atención. Atraída por la confusión de voces y ruidos, Margarita ascendió por la escalinata de palacio. Peldaño a peldaño, el alboroto se hizo más notorio. Casi en lo alto, la duquesa se sobresaltó al cruzarse con un anciano de cuyas manos manaba abundante sangre. Margarita reconoció al caballero, el señor de Fresnoy, suegro de la Mosca, a quien dos consternados sirvientes intentaban poner a resguardo en tan deplorable condición.

Conoció más tarde Margarita el origen de aquel desafuero. Su cuñada, la reina Juana, había exigido que el príncipe de Chimay, jefe de la guarnición de palacio, se presentara ante ella para darle nuevas del paradero de su esposo. No se atrevió el príncipe a comparecer solo y pidió al infortunado señor de Fresnoy que lo acompañara. En los aposentos de la española se produjo un altercado cuya causa nadie supo aclarar y Juana arremetió contra ellos, armada con una pala que encontró en la chimenea. El príncipe de Chimay, más joven y ágil, pudo escapar a tiempo; no así el viejo señor de Fresnoy, que salió malparado del trance y peor habría terminado de no protegerse la cabeza con las manos.

—¡¡Juro por esta cruz que os haré matar a todos!!

Margarita reconoció la voz enajenada de su cuñada. Se asomó a la entrada de los aposentos y pudo ver cómo varios archeros la conducían a rastras a su cámara privada. La reina se debatía con



tanta furia que los hombres armados no podían hacerse con ella. Entonces Juana atisbó el rostro espantado de Margarita, a quien el horror había paralizado en el umbral.

—¡¡Salvadme de vuestro hermano, os lo ruego!! —aulló la española, enloquecida por la angustia—. ¡¡Os lo suplico!! ¡¡Salvadme!!

Los archeros lograron recluir por fin a la reina en el dormitorio, cumpliendo el mandato del príncipe de Chimay. Interpelado por Margarita, este se remitió a su vez a las órdenes dictadas por don Felipe y se mostró inflexible:

—Vos misma habéis visto de lo que es capaz cuando se halla en semejante estado.

En ausencia de su hermano, la duquesa recabó cuanta información pudo sobre la situación de la reina. Lo que averiguó hizo que todavía se preocupara más por la suerte de su cuñada.

Supo Margarita del castigo que el Hermoso había impuesto a su esposa por no someterse a sus preceptos y pretensiones. Pese a que Juana había encontrado cobijo en la soledad, Felipe la mantenía aislada de todo aquel que no hubiera recibido su visto bueno o el de sus consejeros. Ella solo parecía distraerse con la música y pasaba el tiempo cantando. Los violentos accesos de furia como el que había presenciado se repetían con cierta frecuencia y todos en palacio la temían. Por grave que fuera su mal, Margarita comprendió que, según la trataban, jamás hallaría remedio, si este existía. Instigada por tan triste convicción, y por ser de mente despierta y corazón piadoso, la duquesa decidió pasar a la acción, aun a costa de enemistarse con su hermano.

El veto a la presencia en Coudenberg de Gutierre Gómez de Fuensalida no se había levantado. Como quiera que Margarita lo tenía por hombre sincero y cabal, se las ingenió para entrevistarse con él en un lugar apartado, a salvo de delatores y miradas indiscretas.

Margarita organizó un encuentro a solas en la capilla de Nuestra Señora de la Paz, añadida en fecha reciente a la iglesia consagrada a san Nicolás en Bruselas. En cuanto asomó el embajador, la duquesa le resumió las vilezas que mortificaban la existencia de la joven soberana:

—A la reina no se le permite recibir a nadie, salvo al capellán que oficia la misa. Hombres armados vigilan su puerta, día y noche. Solo mi hermano la visita para yacer con ella, pues en su matrimonio es el único y poderoso lazo que aún no se ha deshecho.

El enviado de Fernando conocía lo que sucedía en palacio por rumores y murmuraciones que lo llenaban de inquietud. Al escuchar el relato de labios de Margarita, un hondo pesar se apoderó de él.

—¿Cuánto hace que no la veis? —preguntó la duquesa.

Fuensalida, apesadumbrado, negó con la cabeza.

—Pobre Juana, demasiado tiempo sin ver un rostro amigable —infirió ella.

—Vuestro hermano y ese traidor de Belmonte me tienen prohibido...

Margarita lo interrumpió con un gesto.

—Creed que nada tengo que ver con sus manejos.

—Sosegaos, sé de vuestro buen juicio y de vuestra compasión —afirmó el caballero.

Fuensalida la observó mientras cavilaba. Confiaba plenamente en ella y aquella entrevista daba fe de su habilidad y discreción.

—Quizá vos podríais llegar a donde a mí me está vedado —le dijo.

—No sé cómo. —Margarita suspiró, dolida y pesarosa—. Me mantienen ajena a todo, ¡como si fuera española!

Sin embargo, una idea repentina se abrió paso a través de su aflicción. La duquesa se volvió hacia Fuensalida con un renovado brillo en la mirada.

—Velaré por Juana. —La decisión fortaleció la voz de Margarita—. Haced cuanto creáis conveniente para que cese este agravio. Os prometo que yo haré otro tanto.

Mientras Philibert de Veyré convencía a los notables de Castilla de que habían cometido un error negando a la reina la capacidad de gobernar sus dominios, Felipe también intentaba paliar las consecuencias del repertorio de excentricidades que había enviado a la corte. Con ese fin había remitido una carta al regente, en la que justificaba los extravíos de Juana con argumentos similares a los de la carta apócrifa de su esposa, e incluso de peor calaña.

—Mi yerno atribuye los trastornos de mi hija a los celos. —Fernando blandió la misiva ante los ojos de Cisneros, Chacón y Cabrera—. ¡Achaca su falta de entendimiento a la perversidad de Juana!

Con rabia apenas reprimida, el rey de Aragón tomó otra carta de la mesa y la mostró a los consejeros. El documento, enviado por Gómez de Fuensalida, recogía lo que la duquesa Margarita de Habsburgo le había referido. «Desde que vino de Castilla no ha salido de su cámara. En lo tocante a su salud, no vemos mejoría, ni tampoco en el tratamiento, porque no hay en todos sus reinos escudero tan pobre que no tenga su mujer mayor compañía.»

—Mi yerno, que mantiene a la reina de Castilla bajo custodia en semejante estado, ¡osa llamar perversa a mi hija! —bramó el aragonés.

El hecho causó asombro y escándalo en los presentes. Para todos se hizo patente que Felipe no se detendría ante nada. La ira de Fernando fue en aumento a medida que desgranaba los propósitos del Hermoso.

—Y aún tiene el valor de exigirme que regrese a Aragón y le deje el camino libre —masculló el rey entre dientes—. ¡Maldito puerco!

Fernando golpeó la mesa con el puño. Furioso, permaneció unos instantes en silencio. Los otros lo respetaron hasta que intervino el arzobispo de Toledo.

—No va a ceder —musitó Cisneros.

—No. —Chacón corroboró la opinión del eclesiástico con evidente inquietud—. Y cada vez son más los descontentos que se le arriman.

Fernando reaccionó al momento.

—¿Descontentos? —le espetó con gesto agrio—. ¡Los enemigos de la Corona, querréis decir!

Un fugaz cruce de miradas entre Cisneros y Gonzalo Chacón evitó por prudencia la réplica del noble.

—Temo que no baste con mantener a Juana en Flandes —terció Cabrera.

—No —reconoció Fernando—. Pero un poder firmado por Juana acallaría muchas bocas.

—Salvo que fuera a favor de su esposo —apuntó un preocupado Cisneros.

—¡Eso jamás! —zanjó el regente.

Todos coincidían en que la posibilidad de que Felipe persuadiera a Juana para que le entregara la gobernanza de Castilla constituía el mayor de los peligros. Meses atrás, Fernando se congratulaba por que los herederos se mantuvieran lejos del reino, pues de este modo podría administrarlo a su libre albedrío; ahora, con su hija fuera de su alcance, comprendía que se encontraba en manos de su rival, sin que él tuviera ocasión de contrarrestar la influencia de su yerno. Y del informe de Fuensalida no se desprendía que la pasión de Juana hacia Felipe hubiera menguado lo bastante para descartar que se sometiera a los deseos de su esposo. Al contrario, Fernando temía que Juana, vencida por los tormentos que la acechaban y dominada por su naturaleza, terminara claudicando ante el borgoñón.

—¡He de tener acceso a mi hija como sea!

—Fuensalida no es capaz —advirtió Chacón—. Dudo que otro...

—¡Pues habrá de hacerlo!

La cerrazón airada de Fernando enmudeció a los consejeros. Gutierre Gómez de Fuensalida había cumplido la encomienda hasta donde le había sido posible. Exigirle más no era justo, ni sensato. El regente se contuvo, arrepentido en su fuero interno del exabrupto, aunque todavía en sus trece.

—Escribiré a Felipe —anunció con voz firme—. Protestaré para que devuelva la libertad a Juana. Pero Fuensalida debe conseguir ese poder, ¡cueste lo que cueste!

Larga se le había hecho la espera a Margarita. Desde su entrevista con Fuensalida no había permanecido inactiva y confiaba en que su iniciativa daría fruto. En cuanto supo que la comitiva se aproximaba a Coudenberg, la duquesa se trasladó a la planta baja de palacio y allí aguardó impaciente su llegada. Poco después, los lansquenets de la guardia entraron a pie en el patio de armas, seguidos por un nutrido grupo de caballeros de la curia imperial. Margarita salió apresurada a su encuentro.

Desde un ventanal del segundo piso, Felipe observaba contrariado la irrupción del cortejo. El señor de Belmonte percibió la tensión en las facciones del borgoñón cuando este abandonó el mirador.

—¿Sucede algo, alteza?

—Mi padre.

Con un desazonado murmullo contestó el archiduque, que se encaminó al instante hacia la escalinata. Don Juan Manuel siguió sus pasos con cierta preocupación. Margarita, por su parte, ya se hallaba en el patio cuando el progenitor de ambos, Maximiliano, atravesó el portón a lomos de su corcel.

Nada más verla, el rey de Romanos descendió de su montura y fue a su encuentro. La duquesa se inclinó ante él, con el mayor respeto.

—¡Os agradezco que hayáis acudido a mi llamada! —La voz de Margarita reveló cuánto la conmovía la presencia de su padre en Bruselas.

Maximiliano la contempló con notoria satisfacción, orgulloso del porte y la inteligencia de su hija, cuyo alcance ya empezaba a conocerse en Europa. Con una sonrisa paternal, la tomó por los codos para que se irguiera y la abrazó.

—No logro que los príncipes alemanes me obedezcan, ¿y pretendéis que medie en una disputa conyugal? —Aunque estaba al tanto de la gravedad de lo que sucedía en palacio, el soberano del Sacro Imperio se permitió una humorada—. ¡Me sobreestimáis!

—No se trata de una simple querrela entre esposos, padre mío. —El desasosiego con que Margarita se dirigió a Maximiliano frustró cualquier otro alarde de ingenio—. Temo que esté en juego el futuro del imperio.

Entraron juntos en palacio mientras el rey de Romanos asimilaba la urgencia que requería su intervención. Una vez a cubierto, Felipe salió a recibirlo. Más protocolario que afectuoso resultó el saludo entre padre e hijo, y ello inquietó todavía más a don Juan Manuel. Pero fueron las primeras y severas palabras que Maximiliano dirigió a Felipe las que alarmaron al archiduque y a su privado:

—Quiero ver a mi nuera.

Felipe dedujo de la seriedad de Margarita que ella había solicitado la comparecencia de su padre. No hubo de preguntar cuál era el motivo del requerimiento, bien lo conocía. El Hermoso se volvió hacia Maximiliano y asintió secamente mientras le mostraba el camino.

El flamenco acompañó a su padre al segundo piso. Llegados al corredor que conducía a las estancias de Juana, el exceso de archeros que se cuadraban a su paso confirmó a ojos de Maximiliano lo que Margarita le había transmitido. El rey de Romanos se volvió hacia su hijo, claramente disgustado.

—Dejadme solo. —Como el archiduque se limitó a detenerse, Maximiliano aún insistió con mayor severidad—: ¡Marchad, os digo! ¡Bastante habéis errado!

Felipe, humillado, acató la orden y regresó sobre sus pasos. Su padre avanzó a zancadas por el corredor, hasta la entrada de los aposentos de la reina, fuertemente custodiada por hombres armados.

—¡Abrid esa puerta, por el amor de Dios!

Los guardias obedecieron al instante. Maximiliano entró en el salón. Lo vio convertido en cocina para facilitar el servicio a la reclusa. Ello le confirmó hasta qué punto la mantenían apartada de todo.

Cuando el monarca entró en la cámara de Juana, la encontró ovillada en el lecho, envuelta en sábanas arrugadas. No se había equivocado Margarita escribiéndole tan alarmada. Su nuera vestía una camisa sencilla y gastada; la melena enmarañada le cubría el semblante, y sus cabellos parecían sucios y descuidados. Nada en el atuendo de la reina de Castilla correspondía a la dignidad que su rango exigía.

Juana se volvió hacia el recién llegado. Sorprendida al ver a Maximiliano, la española se echó avergonzada a sus pies y escondió el rostro.

—¡Padre!

—Alzaos... ¡Alzaos!

El suegro la cogió de los brazos con exquisita suavidad y le apartó el cabello. Contemplándola de cerca, frente a frente, Maximiliano no pudo evitar conmoverse.

—¡Hija mía, qué os habéis hecho!

—Perdonadme —musitó Juana, abochornada, al borde de las lágrimas.

—Guardad las súplicas para vuestro capellán, yo he venido a hablar con vos como un padre

hace con una hija.

El rey de Romanos la sujetó con dulzura por el mentón. La mirada de Juana le recordó a la de un animal acorralado y largamente atormentado. Sin embargo, Maximiliano disfrazó la impresión que le causaba descubrir aquel cúmulo de crueldades y despropósitos. Se había desplazado a Coudenberg por un motivo que no entendía de emociones y sentimientos. Primero debía ocuparse de una reina que ni aparentaba serlo, ni parecía deseosa de actuar como tal. Después, ya se encargaría de corregir la conducta insensata de Felipe.

—No se ha quebrado mi corazón al veros de esta guisa, pues ya venía quebrado por haber conocido que entre mi hijo y vos existen tan graves desavenencias.

—Mi señor...

Maximiliano la hizo callar con un gesto paternal, pero inapelable.

—En verdad no es el amor lo que une a las gentes de nuestro rango, pero su ausencia no ha de permitir que se instale el odio.

La reina negó nerviosamente con la cabeza.

—Yo amo a vuestro hijo. Y llegué a pensar que él me amaba... A pesar de... A pesar de...

La angustia enmudeció a Juana. Maximiliano la abrazó al instante con un afecto que ella no había sentido en mucho tiempo. La ternura desbordó el temple maltrecho de la joven, que rompió a llorar. Su suegro la mantuvo en sus brazos, acurrucada contra el pecho, mientras ella se desahogaba con un llanto desgarrador e inconsolable.

—Dios os ha impuesto una misión que debéis cumplir juntos —susurró el rey de Romanos, acariciándole los cabellos con delicadeza—. No podéis dar la espalda a Dios... Y tampoco a vuestra madre.

Maximiliano la abrazó con más fuerza al mencionar a Isabel.

—Pensad en ella. Pensad en lo que siempre quiso para vos... Para sus reinos.

—Mis reinos no me necesitan, ¡mi esposo no me necesita! ¡Ni mis hijos! —Ahogada entre sollozos, la voz de Juana se transformó en un aullido desesperado—. ¡A nadie le importo! ¡Ni siquiera a mi padre!

—¡Cuán equivocada estáis! —Maximiliano la sujetó por los hombros, mirándola con franca inquietud a los ojos—. Hija mía, ¿qué sombras os mantienen en semejante ceguera?

—No es ceguera, señor —repuso la reina entre lágrimas—, sino certeza.

Maximiliano permitió que volviera a refugiarse en su pecho y guardó silencio mientras el llanto de Juana se calmaba.

—Oídmeme bien, vais a abandonar este encierro.

—Pero es vuestro hijo quien...

—¡Mi hijo hará lo que yo diga!

La contundencia del rey de Romanos la estremeció. Sin embargo, en los brazos de su suegro,

Juana se sentía segura y reconfortada como no lo había estado desde que abandonó Castilla. Así lo percibió Maximiliano y supo que había llegado el momento de enderezar la situación. Con su nuera todavía aferrada a él, le habló con voz firme y serena:

—Adecenad vuestro aspecto. Si no queréis hacerlo por vos, ¡hacedlo por la memoria de vuestra madre, bendita sea!

Juana inclinó el mentón y asintió. Pensar en la reina fallecida hizo que se viera a sí misma indigna de su memoria. Maximiliano tomó las manos de la joven en las suyas y la instó a recobrase.

—Demostrad al mundo quién sois, y el mundo os demostrará cuánta falta le hacéis... ¡Y cuánto os ha echado de menos!

Margarita estaba en lo cierto. La combinación entre la fragilidad del alma de su nuera y la avidez inmisericorde de Felipe podía arrebatar a los Habsburgo la gobernanza del Sacro Imperio. Dios había despojado a los Reyes Católicos de sus herederos, sometiéndolos con ello a una prueba de la que pocos saldrían indemnes. El propio Maximiliano vinculaba el declive de Isabel a los padecimientos de sus últimos años. Pero en las desgracias de unos, en ocasiones, otros hallan fortuna. Así había ocurrido en aquel trance, pues, por terrible que resultara admitirlo, la muerte se había convertido en la mejor aliada del archiduque. ¿No comprendía Felipe que los golpes certeros y despiadados de su guadaña habían encauzado su destino?

Maximiliano, a quien el Papa no había coronado, pretendía que su hijo ostentara el título de emperador que a él se le había negado. Si Felipe se convertía en rey de Castilla, ¿quién osaría disputarle el Imperio a soberano tan poderoso? Nadie, en toda la Cristiandad, podría equipararse con él, en virtud de la extensión y calidad de sus dominios a través de Europa y en ambas costas de la Mar Océana. ¿Y qué decir de su nieto, Carlos, que debía sumar los reinos de la Corona de Aragón a su legado?

No obstante, la sucesión en las Españas pasaba irremediabilmente por Juana. El archiduque debía mantenerla a su lado todo lo cuerda que fuera posible y, sobre todo, viva. Y esto último inquietaba al rey de Romanos, dada la dejadez física y moral que había postrado a la reina. ¿Cómo era posible que Margarita y él se percataran del peligro que acechaba el porvenir de Felipe y este, sin embargo, actuara como si no tuviera conciencia de ello? Maximiliano no había engendrado a un cretino, ¿qué extraño sortilegio entorpecía, entonces, su entendimiento?

Al caer la tarde, la corte en pleno se reunió en palacio para agasajar al rey de Romanos con un festín digno de su alcurnia. El salón se había dispuesto para el banquete, los mejores músicos de Flandes amenizarían la velada y solo faltaba el ilustre visitante para que diera comienzo el ágape.

Todos quedaron asombrados cuando Maximiliano apareció en la estancia llevando de la mano a

Juana. El padre del archiduque contravenía de esta manera las órdenes de su hijo, delante de nobles y vasallos, en sus propios dominios. Ni siquiera había advertido a Felipe de sus intenciones. Don Juan Manuel barruntó el previsible enojo del Hermoso y trató de apaciguarlo por adelantado.

—Dejadlo hacer —musitó discretamente—. Confiad, señor mío, ¡confiad en él!

Felipe aceptó el consejo del privado. Disimulando su contrariedad, acudió de inmediato al encuentro de la singular pareja con una sonrisa en los labios. Margarita reparó en la satisfacción que traslucía el semblante mayestático de su padre, pero, sobre todo, en la renovada serenidad que irradiaba el rostro embellecido de Juana. Los cortesanos que encontró a su paso recibieron a la reina y archiduquesa con exquisito respeto, mientras ella los saludaba con leves y sucesivas inclinaciones del mentón. Esa noche no se hallaría en el orbe soberana cuya dignidad pudiera ensombrecer a la suya. De no conocer la habilidad del rey de Romanos, Margarita habría achacado el milagro a la intervención divina.

Felipe dedicó una respetuosa reverencia a su esposa y Maximiliano ofreció la mano de Juana a su marido. Entonces la española volvió la vista hacia su suegro. Había afecto y agradecimiento en su mirada, pero también un clamor silencioso que rogaba por que nunca le negara su amparo, en ausencia de su padre. Maximiliano sonrió y la entregó a su esposo, el rey consorte de Castilla, convencida de que su ruego había sido escuchado.

Felipe tomó la mano de Juana y la llevó a sus labios, mirándola a los ojos con toda la dulzura que las circunstancias le permitieron. La reina aceptó el beso, con un punto de orgulloso desafío en el rostro. Entre la admiración de los cortesanos, Felipe la condujo al lugar preferente que les correspondía en la mesa. Pero antes de dar el primer paso, Juana cruzó una última mirada con su suegro. Quería demostrarle que su dignidad había permanecido a salvo del sufrimiento y las amenazas en un rincón de su alma. Que desde aquel refugio había renacido y que nunca volvería a desmerecer la memoria de la reina, su madre.

Una alegre algarabía de música y exclamaciones jocosas se había apoderado ya del salón cuando el banquete alcanzó su apogeo. Felipe presidía la celebración junto a Juana, a quien no dejaba de observar disimuladamente. Margarita, sentada a la izquierda de la española, se inclinó hacia ella y le hizo un comentario en voz baja que consiguió arrancarle una risa tan franca y brillante como su mirada. Felipe quedó asombrado por el cambio que había experimentado. ¿Cuánto hacía que Juana no reía así? Casi había olvidado cuán espléndida podía resultar a sus ojos. Sin embargo, ¿debía cargar él con la culpa de que su esposa le hubiera hurtado su belleza y su persona? ¿Por qué solo él? ¿Acaso no soportaban ambos las disputas y las desgracias acaecidas? El orgulloso borgoñón se resistía a admitir los yerros propios, pero no dudaba en reconocer a quién



correspondía el mérito de tan oportuna transformación. Lo tenía sentado a su derecha.

—No sé cómo lo habéis logrado, pero gracias —musitó el Hermoso a su padre.

Maximiliano se dirigió a su hijo con pareja discreción, pero en un tono marcadamente severo.

—No lo he hecho por vos, sino por mi nieto.

Felipe encajó la pulla, parapetado tras la cordialidad aparente.

—¡Insensato! —le espetó Maximiliano con la misma amabilidad fingida—. Un marido puede perder a su esposa. ¡Pero un archiduque no puede perder a una reina!

A Felipe el responso paterno le amargó la velada. ¿Qué quería decir con que todo lo hacía por su hijo Carlos? ¿Acaso daba ya por imposible que él portara un día la corona de oro imperial? Que su padre no fuera capaz de conseguirla no significaba, en modo alguno, que él hubiera fracasado de antemano. Desde muy joven había regido su destino según su parecer, rodeándose de las mentes más sobresalientes del ducado, ¿y aún se atrevía a cuestionar su valía?

—¡Sed astuto, ya que no sabéis ser humilde! —La enérgica monserga de Maximiliano sacó a Felipe de su estupor—. ¡La necesitáis a vuestro lado!

—En cualquier caso, gracias. —El autoproclamado rey de Castilla optó por la medida. Tiempo habría de demostrar a su padre cuán errado se hallaba sobre él.

Maximiliano zanjó el asunto con un gesto de la mano, como si lo barrierá de la memoria.

—En realidad, he venido por otro motivo —aclaró—. El rey Luis acepta ratificar nuestros acuerdos. Debéis acompañarme a Hagenau sin demora, antes de que se eche atrás y nos quedemos sin la Borgoña.

El rey de Romanos se refería a los pactos que los tres habían suscrito en septiembre de 1504 en Blois, en función de los cuales el francés y sus herederos varones tomaban posesión del ducado de Milán; a cambio, Luis se comprometía a apoyar la coronación de Maximiliano en Roma, aunque fuera por la fuerza de las armas.

La maniobra había enojado a Fernando el Católico —igualmente pendiente de que el Papa lo coronara rey de Nápoles—, pues veía cómo su familia política favorecía la presencia en Italia de su máximo enemigo. Sin olvidar que el yerno borgoñón, en el centro del acuerdo, iba a convertirse, además, en rey consorte de Castilla...

La garantía del tratado entre el rey Luis y los Habsburgo pasaba por la unión en sagrado matrimonio del duque de Luxemburgo —Carlos, el primogénito varón de Felipe y Juana— con Claudia, hija del soberano de Francia. Pero ambos eran todavía unos niños de corta edad y los Habsburgo, para proteger sus intereses, forzaron la inclusión de cláusulas adicionales. Si el rey Luis rompía el compromiso, el duque de Luxemburgo recibiría como indemnización el Milanesado y la Borgoña, entre otros señoríos. También se tuvo en cuenta la posibilidad de que el veterano monarca gallo falleciera sin descendencia masculina, en cuyo caso los ducados de Milán, Borgoña, Génova y Bretaña recaerían en Carlos una vez consumado su matrimonio con la heredera del

francés.

Todo esto había de rubricarse en Hagenau, para regocijo del rey de Romanos. Conociendo la edad y la precaria salud del rey de Francia, Maximiliano daba por descontado que la Borgoña — cuna del linaje de su esposa que ya le había costado una guerra— volvería a formar parte de las posesiones de los Habsburgo de una manera o de otra. Luis había dividido el feudo de María de Borgoña en un ducado y un condado. Tras el fallecimiento prematuro de esta, la reunificación de los dominios de su consorte se había convertido en una obsesión para Maximiliano. A su juicio, sus derechos como viudo de la heredera debían prevalecer. Ratificar lo pactado era, por tanto, de la máxima importancia, y para ello necesitaba el concurso del archiduque Felipe.

—Ahora, danzad con Juana —ordenó Maximiliano a su hijo.

Felipe superó la perplejidad inicial, impelido por el semblante severo del rey de Romanos. Puesto en pie junto a su esposa, se inclinó ceremoniosamente y le ofreció la mano.

—Con vuestro permiso.

Un estremecimiento sacudió a la joven reina al oír susurrar a Felipe junto a su mejilla. Juana buscó la mirada del suegro y Maximiliano le devolvió una sonrisa aquiescente. Nada debía temer, el rey de Romanos la amparaba. ¿Acaso no había recobrado su dignidad?

Con el porte que Bruselas esperaba de la soberana de Castilla, León y Granada, Juana se dejó guiar por el archiduque hasta el centro de la estancia. Entonces los músicos interpretaron una melodía de Hayne van Ghizeghem que se había hecho popular años atrás, poco después de nacer su hijo Carlos.

*Plena de virtudes está mi amada  
y cada cual le rinde tributo,  
pues de valor se halla colmada  
como nunca diosa lo estuvo.*

Juana y Felipe bailaron al son de aquella canción rebotante de melancolía y sensualidad. Los cortesanos, fascinados, siguieron cada gesto, cada movimiento de aquel galante ritual de seducción que se desarrollaba ante sus ojos. Felipe no apartó la mirada de su esposa, cuya actitud desafiante fue cediendo poco a poco a medida que la danza favorecía el acercamiento entre ellos, el roce de sus mejillas y la confusión de sus manos.

Cuando cesó la música, Felipe besó a Juana con una ternura desacostumbrada. Ella recibió el beso con los ojos cerrados, mientras todos a su alrededor festejaban la reconciliación de la pareja con aplausos. Ambos se volvieron hacia Maximiliano para dedicarle una respetuosa reverencia al unísono, que el rey de Romanos celebró poniéndose en pie y alzando su copa hacia ellos. Solo Margarita observó la escena con cierta inquietud, temiendo por Juana, pues tan consciente era del

influjo de su hermano sobre la española como de la tortuosa personalidad de Felipe.

Esa noche, el archiduque visitó a su esposa en sus aposentos. Yacieron juntos con la pasión de sus primeros encuentros, pero con el descaro de dos amantes a los que el intenso conocimiento de sus apetitos ha liberado de todo retraimiento.

Solo la fatiga desenlazó sus cuerpos extenuados de gozo, bien entrada la madrugada.

—Rezo por que lo que se halla ante mis ojos no sea un espejismo —musitó el Hermoso, admirando a su esposa en sus brazos.

—Rezáis en vano, señor mío, pues no lo es.

Juana descansó la cabeza sobre el pecho de su marido y se arrebujó contra él.

—Es el velo de vuestra ambición lo que os impide ver cuanto la Providencia os concede.

La voz de Juana sonó levemente apagada por la melancolía. El archiduque asumió en silencio aquel reproche atemperado y acarició el cabello de la reina con delicadeza. Juana alzó el rostro hacia él para mirarlo a los ojos.

—Tanteáis desesperado en busca de algo que tenéis al alcance de la mano.

—Soy esclavo de mis anhelos —reconoció el borgoñón.

Juana trepó hasta que sus labios encontraron los de Felipe.

—Como yo lo soy de mis pasiones.

La reina hundió sus dedos en la cabellera revuelta del Hermoso. Contempló el rostro de Felipe y la emocionó verlo en paz por vez primera en largo tiempo. Juana musitó unos versos, besándole suavemente los párpados en las pausas:

*Querría no desearos  
y desear no quererlos,  
mas, si me aparto de veros,  
tanto me pena dejaros  
que me olvido de olvidaros.*

—¿Lo habéis escrito vos en vuestro retiro? —aventuró Felipe.

—Son versos de Juan del Encina —respondió Juana—, un músico y poeta de nuestros reinos, mas parecen inspirados en la batalla que libran mis deseos y mis temores.

—Nada debería temer la esposa de su marido. Perdonadme —murmuró Felipe, aparentemente afectado—, perdonadme, os lo suplico.

Rota de amor por dentro, Juana volvió a besarlo en los labios y el Hermoso, conmovido, respondió apretándola contra sí. El beso se hizo más largo e intenso y el ansia de gozo reverdecía como si el alba hubiera dotado a ambos de nuevos bríos.

Maximiliano no se compadeció del soberano prematuramente envejecido que tenía sentado enfrente. En la iglesia de los capuchinos de Haguenau, donde había oído misa en su compañía y en la de Felipe, el rey Luis de Francia firmaba con mano temblorosa el legajo que ratificaba su pacto.

—La Borgoña por el Milanesado... Y todo lo demás —resumió el avejentado galo, con la mirada clavada en la de su anfitrión.

El acuerdo resultaba desfavorable a todas luces para el francés, atrapado entre sus longevas ambiciones italianas, las de los Habsburgo y también por los recelos de su esposa, la duquesa de Bretaña. Esta parecía obsesionada con impedir a cualquier precio un eventual enlace entre su hija Claudia y Francisco de Orléans. Y ello no solo por antipatía hacia el joven Valois y su insaciable madre, Luisa de Saboya, sino por preservar la independencia de su preciado ducado. La reina Ana sospechaba, con razón, que si Francisco se hacía con el trono mediante el matrimonio con Claudia, el ducado de Bretaña sería anexionado a la Corona francesa. Por el contrario, casarla con Carlos de Habsburgo garantizaba la autonomía de su feudo.

—El trato os favorece, bien lo sé —mintió Maximiliano sin la menor vacilación. Un oportuno acceso de tos impidió la réplica del rey de Francia—. La Borgoña nos pertenece por herencia, pero el Milanesado os abre las puertas de Italia de par en par.

—Así lo espero —farfulló Luis, recobrando el aliento.

El monarca se dirigió a Felipe, pasmado ante los achaques del francés.

—A vuestro suegro no va a agradarle —le espetó con evidente sorna.

Felipe salió de su repentino embeleso.

—Los intereses de mi suegro y los nuestros no siempre coinciden —contestó.

La tos volvió a incapacitar al rey Luis y hubo de limitarse a asentir con un brillo malicioso en la mirada. Felipe siguió atento a las expectoraciones de su huésped, mientras Maximiliano repasaba los términos del acuerdo.

—En cuanto al compromiso de mi nieto Carlos con vuestra hija...

—Por supuesto, por supuesto... Firmado queda —acertó a murmurar Luis entre gargajos—. Pero aún son muy niños. La consumación habrá de esperar, ¿no os parece?

La tos volvió a negarle el habla. Luis llamó por gestos al cardenal de Amboise —su representante durante las negociaciones— y este se aprestó a asistirlo, ayudándolo a levantarse del sillón. Maximiliano, por respeto, se irguió por igual.

—Dios me conceda salud... para ver esa boda —masculló laboriosamente—. Disculpadme.

En cuanto Luis hubo abandonado la sala, apoyado en el cardenal y seguido por su séquito, Maximiliano se dirigió a su hijo.

—¡Por todos los santos! —exclamó, lleno de aprensión—. ¡He llegado a temer que cayera muerto sin haber firmado!

Felipe, pensativo, corroboró el parecer de su padre con un ademán mudo, sin apartar la mirada de donde habían marchado los franceses.

—Entregadla en mano al señor de Fuensalida.

Bajo la escalinata de palacio, a resguardo de la penumbra, el sirviente tomó la nota lacrada de manos de Margarita de Habsburgo e inmediatamente se perdió en el corredor.

Gutierre Gómez de Fuensalida, al corriente de la ausencia de Felipe, había enviado un mensaje a la duquesa rogándole que le facilitara un encuentro con Juana. Había recibido nuevas del rey de Aragón que urgía comunicar a su hija. Margarita accedió y organizó la entrevista con tanta discreción que Juana ni siquiera sabía que iba a tener lugar. Tamañas precauciones se debían a la sospecha de que la reina había caído nuevamente bajo el influjo de su esposo. La duquesa temía una reacción extemporánea y así se lo adelantaba al embajador en la nota, citándolo otra vez en la iglesia de San Nicolás al mediodía de la siguiente jornada.

Cuando Juana y Margarita llegaron a las caballerizas, sus monturas ya estaban preparadas para lo que la reina de Castilla suponía un inocente paseo matutino por las afueras de Bruselas. La duquesa consorte de Saboya advirtió la dicha en el rostro de su cuñada y sonrió.

—Me alegra que os animéis a acompañarme.

—Hace tanto que no monto a caballo... —lamentó una nostálgica Juana.

—¿Preferís caminar? —Margarita subrayó la pregunta con una sonrisa cómplice.

—¡Jamás! —replicó, divertida, la española.

Salieron de Coudenberg con la preceptiva escolta de archeros a caballo. Aparentemente distendida, Margarita guio a su cuñada durante un largo itinerario extramuros, con el fin de no alimentar la suspicacia de quienes las escoltaban. Al retornar a la ciudad, cual si de una repentina ocurrencia se tratase, la duquesa propuso visitar una iglesia que Juana desconocía para dar gracias por el reciente embarazo de la reina. Renovados los lazos conyugales, los encuentros con su esposo habían fructificado. Meses después, Juana daría a luz a su hija María. La afortunada aceptó, como no podía ser de otro modo. Al llegar frente a San Nicolás, ambas descabalaron.

—¿Qué os parece? —preguntó Margarita.

—No la conocía —respondió Juana, admirando el exterior del edificio—. Me gusta. Los grandes templos no son de mi agrado.

Margarita se acercó a ella y le habló en voz baja:

—Os he traído aquí por un motivo que nada tiene que ver con vuestra preñez. ¿Confíaís en mí? Pese a la sorpresa inicial, Juana asintió sin titubear.

—Entonces, entremos.

Margarita abrió la puerta de San Nicolás y cedió el paso a Juana. Dos de los archeros quedaron en el exterior, mientras otros dos siguieron a sus señoras y guardaron la entrada por dentro. Las dos mujeres avanzaron hacia la capilla de Nuestra Señora de la Paz, situada a la izquierda de la nave central, lejos del portón principal. Margarita se arrodilló en el reclinatorio y Juana la imitó. En ese instante, surgió despacio de entre las sombras la figura de Gutierre Gómez de Fuensalida, quien al instante se despojó del bonete e hizo una respetuosa reverencia ante la reina.

—¡Amigo mío! —exclamó Juana, gratamente impresionada—. ¡Os creía en las Españas!

—No, señora, hace semanas que trato de llegar a vos.

Juana quedó desconcertada durante un momento por la noticia. Se volvió hacia Margarita, en busca de confirmación, y su cuñada corroboró las palabras del caballero con un gesto afirmativo. La reina abandonó el reclinatorio al instante y la duquesa hizo otro tanto. Gómez de Fuensalida se mantuvo en la penumbra, cerca del muro, para que los archeros no pudieran percatarse de su presencia. Hizo bien, pues uno de ellos en particular permanecía atento a cualquier movimiento de las damas.

—Señora, vuestro esposo quiere echar de Castilla a vuestro padre. —La expresión de Juana reveló una súbita tensión. Fuensalida percibió que se había puesto a la defensiva—. Para ello anda en tratos con quienes se oponen a que gobierne en vuestro nombre.

—¿Venís a indisponerme contra el rey, mi marido?

Había un recatado enojo en la pregunta de Juana. Nadie mejor que ella conocía los propósitos de Felipe, así como los ardides de los que se valía con total desembarazo para lograrlos; pero la joven tampoco había olvidado la humillación que el rey de Aragón le había infligido, ni lo que había padecido por su causa.

—No, alteza, vengo a advertiros del peligro que se cierne sobre vuestros reinos —respondió Fuensalida con entereza—. Y a suplicaros en nombre de mi señor, vuestro padre, que actuéis para conjurarlo.

—Mi padre me ha hecho pasar por loca ante mis vasallos.

La reina mostró, por fin, cuánto la había lastimado que Fernando propagara sus miserias en Toro. Fuensalida cruzó una rápida mirada con Margarita e intuyó que ella tampoco estaba al corriente de lo mucho que aquello la afligía. El diplomático temió que el hecho hubiera inclinado definitivamente la balanza a favor del borgoñón.

—Comprendo vuestro dolor y no os faltan motivos para desoír mis ruegos —afirmó con toda sinceridad el enviado de Fernando—, pero os juro que solo procura dar cumplimiento al mandato de doña Isabel.

—¿A costa de mi deshonor?

—A costa de cercenar las ansias de vuestro esposo, pues si logra el favor de los grandes y llega a gobernar...

—La Corona padecerá como en tiempos del rey Enrique —Juana completó el razonamiento sin el menor titubeo—, ¿creéis que no lo pienso? La pasión quizá nuble mi juicio, mas no me impide razonar.

El cambio de actitud de Juana sorprendió a Fuensalida, al tiempo que concedía margen para la esperanza.

—Convendréis, entonces, en que para evitar tales desmanes, nadie mejor que vuestro padre.

—¿Qué quiere de mí? —atajó la reina sin dilación.

Gómez de Fuensalida extrajo un legajo de su zurrón y se lo tendió.

—Que sancionéis su gobernanza con un poder firmado por vos.

—En ausencia de mi marido —apostilló Juana.

El embajador corroboró sin ambages cuán conveniente resultaba la circunstancia. La reina leyó atentamente el documento y reflexionó antes de tomar una decisión.

—Lo haré. Pero también pediré a mi padre algo a cambio. —Juana adoptó una pose majestuosa para formular el requisito, pero un ligero temblor moduló su voz—. No ha de abandonar Castilla, pues, si lo hace, también me habrá abandonado a mí.

A Fuensalida le impactó la gravedad de la condición. De ella dedujo cuán sola e inerme se hallaba la reina y con qué clarividencia barruntaba el convulso porvenir que la aguardaba. Grande debía de ser su desesperación, pues Juana reclamaba el auspicio del soberano de Aragón a sabiendas de que este ni confiaba en la sensatez de su hija, ni podría socorrerla como sería menester por encontrarse a cientos de leguas de distancia.

Por supuesto, Gómez de Fuensalida se comprometió a transmitir la petición al rey Fernando. Acto seguido, acompañó a la reina a un aparte en la misma capilla, donde había previsto una escribanía. Ante la mirada del diplomático y de la duquesa Margarita, Juana suscribió el documento sin vacilaciones.

No tardaron las damas en reunirse con quienes custodiaban la entrada. Cuando ellas salieron de San Nicolás, un ruido procedente del interior llamó la atención del archero más diligente. Acompañado por su par, el guardia recorrió la nave central con paso cauteloso hasta la capilla de Nuestra Señora de la Paz. Una vez allí, distinguió sobre el suelo empedrado un pequeño charco de tinta recién derramada. Alguien lo acababa de pisar, pues su pie izquierdo había impreso un rastro fresco en su caminar hacia una puerta lateral. Los archeros también la atravesaron y fueron a parar a la calle de la Mantequilla. Desde el umbral atisbaron la figura enlutada de un caballero que se alejaba apresuradamente hacia la plaza mayor.

Por su atuendo, el archero advirtió que se trataba de un español. De inmediato ordenó a su par



que regresara con las damas a Coudenberg y siguió al sospechoso hasta un edificio, donde dos sirvientes salieron solícitos a su encuentro. El archero vio cómo el español entraba raudo en su residencia después de dictarles con evidente apremio una retahíla de órdenes. Entonces el guardia regresó lo más rápido que pudo a palacio, donde informó de lo ocurrido al príncipe de Chimay, y este hizo lo propio ante don Juan Manuel.

Gutierre Gómez de Fuensalida abandonó su domicilio apenas un par de horas más tarde, escoltado por dos hombres fuertemente armados. El embajador tenía previsto embarcar en Middelburg para arribar con el poder firmado a Laredo cuanto antes. Los tres cruzaron Bruselas a caballo y salieron del recinto amurallado hacia el norte, por la puerta de Laeken, para tomar la calzada de Amberes sin que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

Pero cuando habían recorrido poco más de una legua, estando ya en campo abierto, Fuensalida oyó un golpe sordo a su derecha. Al volver la mirada, vio desplomarse a uno de los escoltas, abatido por una flecha hundida en la espalda. El diplomático echó la vista atrás: un nutrido grupo de guardias de Coudenberg se aproximaban a caballo. Antes de que pudiera reaccionar, otro proyectil atravesó fatalmente la garganta de su segundo escolta.

El enviado del rey Fernando picó espuelas y salió al galope, con los archeros pisándole los talones. Fuensalida se aferró a su montura y hurtó el cuerpo para ser menos vulnerable a los dardos. Presumió que los guardias de Felipe no se atreverían a darle muerte, pero rogó a Dios que lo ayudara a escapar, pues temía que detuvieran su huida asaeteando al potro.

No fue atendida la plegaria, pues la distancia que lo separaba de sus perseguidores no hizo sino menguar. El diplomático abandonó la calzada para lanzarse por una ligera pendiente en una carrera desesperada a través de los prados. A lo lejos divisó un curso de agua infranqueable y trató de evitarlo cabalgando en paralelo al cauce, empeñando toda su fe en que más adelante existiera un paso que permitiera vadear las aguas. Entonces vio a otro grupo de archeros frente a él, descendiendo ladera abajo para cortarle la trayectoria. Aún tuvo Fuensalida el arrojo de intentar escabullirse entre ambos destacamentos, pero fue inútil. Su cabalgadura, agotada, galopaba cuesta arriba al borde del colapso, mientras la pendiente favorecía que los soldados del archiduque cerraran el círculo en torno a él y lo atraparan, como finalmente sucedió.

Por orden del señor de Belmonte de Campos, los hombres del príncipe de Chimay esperaron a que cayera la noche para introducir a Gutierre Gómez de Fuensalida en las mazmorras de palacio. Entre tinieblas lo llevaron adentro, maniatado y embozado, para que nadie se percatara de la identidad del prisionero.

Don Juan Manuel bajó a la celda en cuanto lo encerraron. Con un ademán altanero, él mismo le arrancó el embozo. El cautivo, sofocado y exhausto, trató de recobrar el aliento.

—¿Dónde lo guardáis? —le espetó el privado.

Pese a su maltrecho estado, Fuensalida se encaró con él con gesto desafiante.

—¿El honor? En mi pecho lo encontraréis.

Belmonte se burló cruelmente del pundonor de su enemigo:

—Con gusto os abriré en canal para comprobarlo.

La amenaza no arredró a Fuensalida. Mientras dos archeros lo sujetaban, el valido del archiduque hurgó en las ropas del caballero, rasgándolas sin contemplaciones con una daga para poner al descubierto todos sus pliegues. En un bolsillo interior disimulado, Belmonte halló lo que buscaba: el poder suscrito por Juana.

Fuensalida se mantuvo impasible. No iba a complacer al enemigo ni reconociendo su derrota, ni clamando por su suerte. Don Juan Manuel rompió el lacre y leyó el documento. Luego miró al prisionero igual que se contempla una inmundicia aborrecible.

—Lástima. No ha hecho falta...

Días más tarde, Felipe regresó de Hagenau con su aparatoso séquito de nobles y gentes de armas, pero liberado ya de su padre, el rey de Romanos. El señor de Belmonte de Campos salió al encuentro del archiduque antes de que entrara en la ciudad por la puerta de Namur.

—Alteza, temo que la reina y el señor de Fuensalida hayan aprovechado vuestra ausencia para urdir una trama contra vos —le confió don Juan Manuel, apartándolo de todas las miradas.

El Hermoso quedó anonadado. Había marchado convencido de haber renovado su potestad sobre ella y ahora, nada más poner los pies en Bruselas...

—Doña Juana firmó un escrito entregando a vuestro suegro el gobierno de sus reinos.

El señor de Belmonte procuró que la noticia resonara en toda su crudeza, pues cuanto más grave pareciera el hecho, mayor sería el mérito por haber desbaratado la conjura.

—¡Maldita perra española! —Felipe se mordió el puño con fuerza, pero ello no contuvo su ira.

—No debéis preocuparos —adujo, ufano, el privado—. Recuperé el legajo para vos.

Belmonte le tendió el documento y Felipe lo ojeó rápidamente. Una mueca de rabia y desprecio le deformó el semblante.

—Tengo al enviado real a buen recaudo —informó el castellano—. Vuestra esposa nada sabe. Ni la duquesa Margarita.

—¿Mi hermana también conspira contra mí?

Don Juan Manuel asintió, falsamente atribulado. Mucho hubo de esforzarse el borgoñón para que la noticia no desbocara su cólera.

—¡Que sigan creyendo que sus argucias han tenido éxito! —bramó Felipe—. ¡Ya llegará la hora de rendir cuentas! Pero nunca más habrá de conocer Margarita una palabra de nuestros planes. ¡Ni una sola! ¿Me oís?

Belmonte acató la orden, satisfecho del servicio prestado.

—En cuanto a Fuensalida... Ya me burló una vez. No habrá más.

Cuando el Hermoso descendió a las mazmorras para asistir al interrogatorio del prisionero, encontró a Gutierre Gómez de Fuensalida horriblemente doblado sobre sí mismo, con las muñecas atadas a la espalda y suspendido en el aire por ellas. Un verdugo terminaba de atar un saco lleno de piedras a los tobillos del reo, cumpliendo el mandato del señor de Belmonte. El caballero se dirigió al archiduque en cuanto este hizo acto de presencia.

—¿Cómo os atrevéis a dar tormento a un enviado de la Corona? —inquirió entre estertores.

—¿Cuándo asumiréis que yo soy el rey de Castilla —contestó el Habsburgo— y que nada os he ordenado, salvo permanecer alejado de la corte?

El verdugo comprobó que el lastre se hallaba firmemente anudado a los pies de Fuensalida y se retiró a su posición. Don Juan Manuel se acercó al prisionero.

—Decid de una vez, ¿guardáis otros documentos?

Fuensalida lo miró a los ojos durante unos instantes y asintió.

—La Gramática de Nebrija —respondió—. Mas un lerdo como vos jamás la entendería.

La contumacia del español enojó a Felipe. El cínico señor de Belmonte, sin embargo, se limitó a sonreír.

—Complaceos con vuestras chanzas. Yo prefiero las mías.

A una seña del privado, el verdugo tiró con fuerza de una soga. Esta, unida a una polea fijada al techo, provocó que el atormentado se elevara bruscamente entre espantosos gritos de dolor. El lastre pendía ahora a un palmo del suelo y el cuerpo del diplomático parecía a punto de descoyuntarse, colgado de la garrucha y estirado por el peso adicional.

—¡Confesad! —insistió don Juan Manuel—. ¿Qué más ha firmado la reina?

A pesar del intenso sufrimiento, Fuensalida resistió y guardó silencio. A un nuevo gesto del privado, el verdugo empujó el lastre de una patada. El embajador se balanceó como si de un infausto péndulo se tratara. El peso añadido a sus pies multiplicaba el tormento y los horrendos alaridos de Fuensalida revelaron el alcance del suplicio. Incluso el archiduque apartó la mirada, asqueado por aquel espectáculo abyecto.

—¿Con quién andáis en tratos en esta corte? —insistió el señor de Belmonte.

Nada dijo Fuensalida, con el rostro desencajado por semejante calvario. Don Juan Manuel ordenó al verdugo que izara todavía más al preso. Acto seguido, lo dejó caer de golpe, sin que el lastre llegara a tocar el pavimento de la celda. Solo los aullidos del martirizado ocultaron el crujido de sus articulaciones.

—Confesad y cesará el tormento —exigió Belmonte, aproximándose al enviado de Fernando.

Fuensalida buscó el semblante de su torturador con una mirada extraviada, como si el dolor apenas le permitiera distinguirlo. Abrió la boca para responder y una baba espesa le embadurnó el mentón.

—Acabad conmigo... —farfulló con dificultad—. Solo al rey Fernando sirvo... ¡No a traidores!

La alusión enojó a Felipe y este se acercó con muy mal talante hasta su víctima.

—Aquí sois vos el traidor, señor mío, y bien merecido tenéis el castigo. —El borgoñón cruzó una mirada con su privado y se contuvo a duras penas—. Dad gracias al aragonés, porque de no ser su servidor...

A continuación, el Habsburgo abandonó la mazmorra. Don Juan Manuel hizo otra seña al verdugo y este soltó la soga que sostenía al reo. Gutierre Gómez de Fuensalida cayó violentamente al suelo. Ovillado sobre el lastre anudado todavía a sus pies, el diplomático rompió a llorar con desesperación. Tanto se debía su llanto a la destrucción de su físico como a haber fracasado en una misión decisiva.

A solas en el salón del trono, don Juan Manuel mostró al borgoñón una carta del regente Fernando en la que reclamaba la presencia de Juana en sus reinos.

—«Si es menester, iré allí en persona para traerla de vuelta» —leyó el privado con sorna—. El aragonés ha comprendido que tener a su hija lejos lo perjudica; eso deduzco de tan apresurada petición.

—Todo depende de Juana —murmuró, meditabundo, el Hermoso—. Nunca ha sido de otro modo.

—En realidad no, alteza. —Felipe se volvió hacia él, extrañado por la rectificación. El señor de Belmonte la aclaró a renglón seguido—: Todo depende de Carlos, vuestro primogénito varón, que es el heredero de la corona de Castilla y un día habrá de recibir la de Aragón.

—Explicaos.

—Si la reina fuera declarada incapaz de gobernar, podría favoreceros proclamar rey de Castilla a vuestro hijo...

—Y ejercer yo la regencia en su nombre, hasta su mayoría de edad —el archiduque completó, a disgusto, el razonamiento del valido—. No es lo que tenía pensado.

Ningún duque de Borgoña se había ceñido la corona real. Mucho habían insistido Busleyden y Veyré sobre aquella circunstancia. El Hermoso no contemplaba alternativa alguna que no pasara por convertirse en el monarca de Castilla, León y Granada. Lograr lo que sus antepasados no consiguieron debía colmar, por el momento, las aspiraciones de Felipe. De ahí su contrariedad ante lo que el señor de Belmonte insistía en proponer.

—Gobernárais Castilla por largo tiempo y vuestro suegro quedaría apartado del poder para siempre. —Don Juan Manuel perseveró en su tesis, interpretando las silenciosas cavilaciones de Felipe como el germen de su aquiescencia—. Y ello asegurando a la par el futuro de Carlos, como

tanto os conviene.

—Esa y no otra era la finalidad de mis tratos con Francia —aseguró el Habsburgo—. Pero el rey Luis ya siente el aliento de la parca y no querrá dejar cabos sueltos.

—¿Teméis que case a su hija Claudia con otro y lo designe como sucesor?

—¿No lo haríais vos? ¿Acaso no preservaríais vuestro legado a costa de Nápoles, esa mancebía que todos se disputan?

—Pero si estáis en lo cierto, lo firmado en Haguenau...

Felipe interrumpió al castellano con un gesto cortante.

—Mi padre cree haber burlado al francés trocando la Borgoña por el Milanesado, pero ese viejo zorro no caerá en la trampa.

—Dais por hecho, entonces, que deshará el compromiso.

El Hermoso volvió su mirada hacia el privado. El cinismo que envilecía su corazón le descompuso la sonrisa.

—Doy por hecho que su muerte abrirá nuevas posibilidades. Tendríais que haberlo visto, no ha de tardar Luis en rendir cuentas ante el Altísimo... Y en tan gloriosa jornada, ¿quién asumirá la regencia en Francia?

—La reina doña Ana, supongo —aventuró Belmonte—. Aunque, al enviudar, quizá prefiera regresar a Bretaña.

—O contraer nuevas nupcias con un aliado que dé lustre a su ducado y asegure su independencia.

¿A qué aliado se refería Felipe? Don Juan Manuel no cayó en la cuenta hasta que la perfidia transfiguró el semblante del archiduque e hizo evidente la deducción.

—¿Vos? —murmuró el castellano con patente desasosiego.

—¿Por qué no? —La crueldad desapasionada del borgoñón logró estremecer al privado—. Sumaría el ducado de Bretaña a mis dominios, mientras rijo los destinos de Castilla y, quién sabe, tal vez los de Francia, si sé jugar mis cartas...

—¿Y vuestra esposa? —se atrevió a preguntar el conturbado Belmonte.

—Como bien habéis dicho vos, el heredero es Carlos —ratificó fríamente Felipe—. Juana y sus desvaríos no son sino un estorbo en el camino de mi hijo hacia el trono. ¿No quiso Dios llevarse a su hermana Isabel tras dar a luz?

Don Juan Manuel lo confirmó con un leve asentimiento y observó al Habsburgo. De sus palabras infirió que donde la Providencia no alcanzara, una mano cómplice favorecería el anhelo de su señor. ¿Pesaría en breve la muerte de una reina sobre su conciencia?

Enfrascados en tan innobles conjeturas, ninguno reparó en que Margarita se hallaba en el umbral del salón. Allí, entre las sombras, permaneció inmóvil de puro espanto, pues le parecía oír al Maligno en la voz de su propio hermano.

Con el ánimo revuelto, la duquesa fue en busca de su siervo más leal y le dio una nota dirigida al señor de Fuensalida, urgiéndolo para encontrarse con ella si aún se hallaba en Bruselas. El siervo recorrió la ciudad todo lo deprisa que pudo, pero cuando llegó a la residencia del diplomático le informaron de que había salido de viaje días atrás. Margarita supuso que había regresado sin demora a las Españas para entregar en mano el documento firmado por Juana. ¿A quién podía recurrir entonces? ¿Qué garantías tenía de que otro español no acabara revelándose como un secuaz más de don Juan Manuel y la delatara ante Felipe? La duquesa rezó por la salud del rey de Francia, pues si Dios alargaba su existencia, no tendría el archiduque oportunidad de ejecutar tan alevoso plan.

Dos jornadas después, mientras Margarita se desesperaba por ingeniar un modo seguro de poner al rey de Aragón al corriente del peligro que acechaba a su hija, el siervo de la Habsburgo supo por un criado de Fuensalida que el diplomático había sido devuelto a su morada en Bruselas «tan quebrantado y malherido que solo un milagro podía salvar su vida».

No quiso el criado referir qué razón había para la calamidad de su amo, pero Margarita intuyó que algo había tenido que ver Felipe. Convencida de que una emboscada había truncado el viaje de Fuensalida a Castilla, con toda certeza para arrebatarse el legajo que otorgaba la gobernanza al rey Fernando, la duquesa se personó en su residencia.

Desoyendo los consejos de sus fieles, el embajador aceptó recibirla. Al entrar en la cámara privada, Margarita hubo de asirse a una cómoda para no caer, pues le fallaron las fuerzas al ver en qué estado se hallaba tan honrado y esforzado caballero; tal fue la conmoción que le produjo contemplarlo en el lecho, padeciendo repentinas convulsiones que no obedecían a su voluntad, desfigurado por la hinchazón, con las articulaciones dislocadas y el torso contrahecho.

Con un hilo de voz temblorosa, Fuensalida la puso al tanto de lo sucedido, ahorrándole los detalles del tormento que lo había postrado en tan penosa condición. Margarita dudó antes de contarle el motivo de su visita, pues temió agravar sus dolencias. Pero necesitaba su ayuda para proteger a Juana. La vida de la reina corría peligro. Él sabría cómo prevenir a su señor, el rey Fernando, esquivando la vigilancia de Felipe.

Sin dudar de la veracidad de lo que la duquesa le contaba, a Fuensalida le costó asimilar tan funesto vaticinio.

—Temo que durante el parto le den hierbas —insistió Margarita—, o ponzoña, y achaquen a la voluntad de Dios lo que solo se deba a la maldad de los hombres.

—¿Qué hombres son esos, señora mía?

La hermana del Hermoso amagó una respuesta, pero el horror y la desolación la enmudecieron. Después, ocultó el rostro con las manos.

—No digáis más —murmuró Fuensalida.

Las mismas almas perversas que lo habían convertido en un tullido amenazaban ahora a la reina. El diplomático se convenció de que si Juana constituía un impedimento, se librarían de ella sin que nada frenara su mano, ni las secuelas del crimen ni, menos aún, la mala conciencia.

—Contad con que no dejaré de velar por ella —aseguró Margarita, muy preocupada—, mas no sé cuánto podré hacer.

—Rodead a la reina de gente de vuestra confianza —sugirió Fuensalida—. En la guardia, entre sus damas, ¡que sean vuestros ojos y vuestros oídos!

—Así lo haré, mas hemos de ser discretos. Si mi hermano averiguara...

Un oscuro pensamiento estremeció su ánimo; también ella temía las consecuencias de entorpecer los propósitos de Felipe. Debía, por tanto, extremar la cautela y requerir el amparo de su padre, Maximiliano. Estaba dispuesta a revelarle el alcance de la ruindad del archiduque si fuera necesario. La sombra del rey de Romanos la preservaría de cualquier atrocidad y confiaba en que, llegado el momento, también cobijara a Juana.

Una misiva urgente de Fuensalida informó al rey de Aragón de los planes que su yerno fraguaba en Bruselas. Fernando respondió exigiendo que «la reina, mi hija, se guarde señaladamente al tiempo de parir», pero ordenó al diplomático que no le comunicase lo que se tramaba contra ella de no ser imprescindible. Sí le rogó que le metiera «prisa en su venida acá, pues mientras esté allá nunca harán los malos servidores sino tratar de poner cizaña entre ella y yo».

Aunque Felipe se consideraba rey de Castilla desde el fallecimiento de Isabel, la muerte de Juana pondría en entredicho sus aspiraciones. Así opinaba el rey de Aragón. Fernando todavía confiaba en que el apoyo de parte de la nobleza no bastara para granjearle el trono siendo Felipe el viudo de la reina, en vez de su legítimo marido.

El aragonés ya se había visto en una coyuntura similar y había corrido a despojarse de la corona en favor de su hija, con el fin de mantener la gobernanza a costa de renunciar al título. Sin embargo, de morir Juana, ¿lograría conservar el poder en Castilla hasta la mayoría de edad de su nieto, Carlos, enfrentándose a un tiempo a Felipe, a los partidarios del borgoñón y, en suma, a todos cuantos querían despojarlo del mando?

Un hecho providencial trastocó las maquinaciones del Habsburgo y disolvió, afortunadamente, la amenaza que se cernía sobre la reina. Providencial y rayano en lo milagroso, pues cuando parecía que solo restaba rezar por el alma del rey Luis, el veterano monarca recobró la salud. En esos días todo se torció para el Hermoso, que había iniciado una guerra contra el duque de Güeldres, aliado de Francia. Con ella perdió una fortuna, además de la amistad con el renacido soberano.

El galo deshizo el pacto matrimonial entre Claudia y Carlos, resquebrajando con ello la alianza con los Habsburgo. Viendo que perdía pie, Felipe envió numerosas cartas dirigidas a nobles y grandes de Castilla, con graves acusaciones contra Fernando que no fueron desoídas.

Los apoyos con los que contaba Su Católica Majestad menguaron tanto como crecieron los partidarios del borgoñón. Pero el taimado rey de Aragón supo aprovechar los vientos desfavorables contra Bruselas, pues el hueco que deja un aliado al marchar propicia que otro lo ocupe.



Gutierre Gómez de Fuensalida regresó a la Península en cuanto sus heridas se lo permitieron. Cuando llegó a la corte, Fernando quedó sobrecogido al comprobar el calamitoso estado en que regresaba su enviado. Deformado por el suplicio y aquejado todavía por espasmos incontrolables, el diplomático quiso postrarse a los pies del regente, pero este se lo impidió y lo abrazó como a un hermano en presencia de todos sus consejeros.

—He fracasado, señor, y ello me causa más dolor que los tormentos padecidos.

—Os encomendé una misión que no podíais cumplir —replicó el aragonés con total franqueza—. Mía es la culpa de lo sucedido. Os ruego que me perdonéis.

La emoción privó a Fuensalida del uso de la palabra. Miró contrito a Chacón y a Cabrera y estos le mostraron su respeto y su compasión.

—Id y reponeros —le ordenó Fernando—. Pero sabed que esos miserables pagarán por lo que os han hecho. ¡Lo juro!

La voz del monarca evidenció el dolor y la rabia que le causaba el ensañamiento del que había sido víctima su leal servidor. Antes de que Fuensalida abandonara con paso tambaleante el salón del trono, el arzobispo de Toledo lo bendijo con merecida solemnidad.

Una vez a solas con sus consejeros, el gesto de Fernando se tornó agrio.

—Juana está más vigilada que nunca, y fuera de mi alcance.

—Pero firmó el poder —le recordó Cisneros.

—Por tanto, no está de parte de su esposo —apostilló Chacón.

—Y es consciente de sus intrigas —concluyó Su Eminencia—. Quizá más de lo que pensábamos.

—De poco me sirve —murmuró Fernando entre dientes.

Gonzalo Chacón cruzó una mirada con el arzobispo de Toledo. El comentario descarnado del aragonés había consternado al noble. Una idea perturbadora le atravesó el pensamiento: ¿sufría el padre por los padecimientos de su hija, o el regente por no disponer a su antojo de la voluntad de la reina? Y de ser así, ¿en qué se diferenciaba Fernando de Felipe, salvo en el parentesco con Juana?

Andrés Cabrera rompió el incómodo silencio que se había apoderado de la estancia.

—Majestad... El duque todavía aguarda.

Fernando asintió y el marqués de Moya abandonó el salón. Entonces el aragonés reparó en la mirada de Chacón. En ella advirtió un áspero reproche pugnando por abrirse paso. Solo la fidelidad a ultranza retenía al mentor de Isabel, de eso estaba seguro. Fernando pensó que tan longeva adhesión pronto se vería sometida a una prueba definitiva, si la estrategia que había empezado a pergeñar en secreto daba el fruto esperado.

Fadrique Álvarez de Toledo entró acompañado por Andrés Cabrera. El duque de Alba de

Tormes dedicó una respetuosa pero rápida reverencia al regente. Con ello recalcó la urgencia del asunto que lo llevaba a su presencia.

—Señor, contáis con el afecto de la Casa de Alba —empezó, y Fernando acogió la declaración de don Fadrique con un gesto de reconocimiento, por consabida que resultara—, pero solo la lealtad a la Corona justifica que delate a mis pares.

—Graves han de ser sus actos si os obligan a ello —replicó el aragonés, escrutando el rostro del aristócrata con notoria severidad.

—Buena parte de la nobleza de Castilla va a exigirnos que reclaméis la venida de la reina, doña Juana.

—¿Piensan que no lo he hecho para privar de la gobernanza a mi hija? —infirió Fernando sin inmutarse.

—A vuestra hija... y a vuestro yerno —puntualizó el duque—, que no pocas prebendas anda prometiendo de palacio en palacio y de villa en villa.

Fernando no carecía de información acerca de la correspondencia de Felipe o de los movimientos del señor de Veyré, pero ignoraba el apremio de los castellanos por que la reina regresara a sus dominios. Sin dejar de cavilar, el regente se volvió hacia don Fadrique. La sonrisa maliciosa del aragonés evidenció que algo tramaba.

—Gracias, amigo mío. Tan solo espero que no tarden en comparecer.

No sucedió de otro modo. Los nobles empeñados en privarlo del poder se presentaron en la corte pasados apenas unos días. Encabezaban la comitiva el duque de Nájera y el marqués de Villena, respaldados por el conde-duque de Benavente y el condestable de Castilla, entre otros.

A Fernando no le sorprendió encontrar a su yerno en las filas de sus enemigos, habituado como estaba a la veleidad de los afectos. Conocía de buena fuente que el duque de Frías envidiaba a otros nobles más próximos a su persona —al duque de Alba, en particular—, pues consideraba que prestaba más atención a sus consejos. «Servid mejor a vuestro rey y ganaréis la posición que reclamáis», había llegado a decirle Fernando, harto de sus lamentaciones. Sin embargo, que el jefe de los ejércitos castellanos tomara partido contra él mermaba considerablemente sus posibilidades de triunfo, al tiempo que le proporcionaba la medida del descontento que provocaba su regencia.

Pese a ello, ningún recelo o inquietud dejó entrever el semblante de Fernando, pues los recibió sentado en el trono y con aires de franca cordialidad. Los recién llegados hicieron una rápida y protocolaria reverencia y obtuvieron licencia para exponer sus peticiones.

—Venimos ante vos con un único propósito —afirmó, enérgico, el duque de Nájera.

—Y yo os recibo con el respeto que merece vuestro linaje, cuya sangre ha regado las fértiles

tierras de Castilla —contestó el aragonés con exquisita amabilidad.

Entre los nobles menos decididos, el tono del regente causó auténtico desconcierto. No así entre quienes llevaban la voz cantante, sin duda mejores conocedores del talante de Su Católica Majestad.

—Castilla no necesita más sangre, sino a su legítima reina —replicó, retador, el hijo de Juan Pacheco.

—Un sentimiento que comparto —afirmó el regente, aparentemente compungido—, pues no pasa hora sin que recuerde a mi esposa, vuestra señora.

El duque de Nájera deshizo el malentendido, a sabiendas de su falsedad.

—¡Nos referimos a vuestra hija, cuya ausencia de estos sus reinos solo tiene una explicación!

—Su preñez —coligió Fernando.

—No, señor mío —objetó el de Villena con marcado desdén—, más bien vuestro afán por arrebatarle la gobernanza a quien por derecho debe ejercerla.

«¿Se refieren al bellaco o es que ahora consideran cabal a mi hija? —pensó el monarca—. ¿Cuánto habrá pagado el archiduque para lograr tal prodigio?»

—No es sensato afanarse por cargar con tarea tan ingrata —alegó con voz firme el rey de Aragón—. Así se lo he hecho saber a mi yerno en la misma misiva en la que reclamo, como vos, la presencia en Castilla de su reina legítima.

La inesperada coincidencia de pareceres causó estupor entre los congregados y enmudeció a los cabecillas.

—Majestad, me alegra comprobar que en algo estamos de acuerdo —terció oportunamente el condestable.

Fernando dedicó a su yerno un ademán de reconocimiento.

—Pronto llegará el mensaje a sus manos —añadió el regente, volviendo la mirada hacia el duque de Nájera y el marqués de Villena, sus rivales más implacables—. Les he rogado que no demoren el viaje más allá de lo prudente, tras el parto, pues nada deseo más que tener cerca a mis hijos bien amados.

No les faltaban motivos a los castellanos más díscolos para desconfiar del aragonés, pues el amor paternofilial no alentaba su cambio de postura. Esa noche, a solas con el arzobispo de Toledo, la cordialidad que Fernando había dispensado a los nobles se tornó en cólera contra ellos y sus intenciones.

—Solo aguardan la llegada de mi yerno para cobrar su recompensa. ¡Perros! —El regente contuvo su ira y suspiró, consternado—. Me he equivocado. No podré aplastar a Felipe mientras esté lejos. He de atraérmelo.

—Ofrecedle el poder y correrá presto a tomarlo de vuestras manos —ironizó Cisneros—. Pero dudo que acepte compartirlo.

—No lo hará, mientras me sepa aislado y débil.

Su Eminencia guardó silencio. En verdad la posición de Fernando no resultaba envidiable, por hábil que se hubiera mostrado frente a las exigencias de la nobleza. Ello no dejaba de constituir un ardid, mientras el problema persistía en toda su gravedad. Pero ¿cómo oponerse a la poderosa amalgama de intereses que se alzaba contra él?

—Mi fuerza está en Aragón —manifestó el monarca con total rotundidad—. Allí habré de recobrarla, antes de negociar.

—¿En Aragón? —Cisneros no disfracó su escepticismo—. ¿Podréis, con una guerra en Nápoles que os desangra? Primero habréis de ponerle fin.

—Lo haré, cueste lo que cueste. Y solo veo un modo.

Fernando se inclinó hacia Cisneros, con una rabiosa determinación alumbrándole la mirada.

—Eminencia, cumpliré la voluntad de Isabel: mi nieto Carlos reinará en Castilla, os lo aseguro. Y cuento con vos para que así sea. —Cisneros aguardó impertérrito la previsible adversativa, que el aragonés demoró todavía unos instantes—. Pero he de tener las manos libres en mis reinos.

—¿A qué os referís? —inquirió el franciscano con evidente prevención, pues ya le advirtió en Toro que con su apoyo no le otorgaba carta blanca.

—A poner Aragón, Nápoles y Sicilia a salvo de extranjeros.

—¿A costa de privar de ellos a vuestro nieto?

Fernando corroboró la deducción de Su Eminencia.

—Siempre lo han mantenido apartado de mí, por mucho que hayamos clamado por que se educara entre nosotros —recordó con amargura—. No es menos extranjero que su padre.

La desesperación oscureció la mirada y la voz del regente. Cisneros se percató del pesar que conllevaba la decisión.

—Es mi nieto, sí, pero también hijo de un traidor... Y de una loca, que Dios me perdone. ¿He de resignarme a entregárselos?

El eclesiástico acusó la crudeza del argumento, pero mayor fue su desasosiego al comprender en qué desembocaba el plan que Su Majestad le exponía.

—Estáis pensando en otro heredero...

—Estoy pensando en salvaguardar mi legado —adujo el regente.

—Aragón y Castilla, dándose de nuevo la espalda —resumió un adusto Cisneros—. No es lo que vos y vuestra esposa imaginasteis... Escandalizará a vuestros leales.

—En este momento me inquietan más mis adversarios.

El arzobispo negó en silencio con la cabeza y se llevó las manos a la frente. Fernando retomó el argumento con mayor insistencia:

—Eminencia, el marido de mi hija no solo pretende gobernar, ¡quiere hacerse con Castilla! ¡Arrebatársela a Juana! ¡Y para ello no escatima vilezas y traiciones!

Nada podía rebatir Cisneros a todo aquello; sin embargo, presentía aspectos sombríos que lo desazonaban.

—Primero salvaré mis reinos. Después, si ese infame logra sus propósitos, ¡juro que pagará por ello!

—¿Hasta dónde estáis dispuesto a llegar? —inquirió el arzobispo con suma cautela.

El monarca evocó la ignominia urdida contra Juana en caso de que el rey de Francia falleciera. Su semblante se tiñó de odio.

—Felipe me ha mostrado el camino, no seré yo quien se achante —afirmó con decisión.

No precisó Cisneros de más pormenores. Cerró los ojos y se santiguó ante la mirada concluyente del rey de Aragón.

Fernando no puso su estrategia en conocimiento del resto de sus consejeros hasta que empezó a tomar forma. Entonces les comunicó algunos de los pasos que iba a dar para lograr sus fines. Otros, los más espinosos, los guardó para sí, al amparo del silencio cómplice de Su Eminencia.

—He cambiado de parecer. Voy a negociar con mi yerno y lo haré en persona: le he propuesto que venga solo a Castilla.

—¿Mientras la reina permanece en Flandes? —preguntó un desconcertado Chacón.

—Si Felipe cree oportuno mantenerla encerrada en una fortaleza, no me opondré. Así se lo he expuesto.

A una seña del regente, un escribano entregó a Gonzalo Chacón una copia de la misiva enviada al archiduque a través del señor de Veyré, su embajador. El noble la tomó en sus manos y la examinó con singular atención, como si deseara que su lectura, en vez de confirmar lo dicho por el monarca, lo desmintiera.

No fue así. «Si la reina, mi hija, está enferma, como parece por las informaciones que me enviasteis de tales cosas, a la honra de todos conviene ponerla en una casa o fortaleza donde esté apartada.» Aunque el texto especificaba que el aislamiento de Juana partía de una decisión de su marido, la aquiescencia del padre en mantener a la heredera al margen de todo removió la conciencia del consejero.

—¿He de recordaros que vuestra hija es la legítima propietaria de estos reinos?

—Juana no ha de ser impedimento para que su esposo y yo pongamos fin a nuestras desavenencias. —La voz de Fernando sonó inequívocamente tajante en el salón real—. Pero tampoco desdeñaré la oportunidad de arrebatarle un aliado... y acabar de una vez por todas con la guerra en Nápoles.

Tanto Gonzalo Chacón como Andrés Cabrera quedaron atónitos ante lo que el regente exponía. El marqués de Moya intervino con verdadera expectación:

—Alcanzar por fin la paz sería un gran logro. ¿Cómo pensáis conseguirlo?

—Ando en conversaciones con el rey Luis y estoy seguro de que habrá acuerdo entre Francia y Aragón. —La revelación todavía suscitó mayor asombro entre los nobles. Fernando se mostró convencido del éxito de su maniobra—. Habrá paz. Y con ella vendrá un reino poderoso para respaldarme frente a Felipe y sus partidarios.

Que los soberanos de Francia y Aragón se convirtieran en aliados, tras largos años de guerrear el uno contra el otro en todos los frentes posibles, requería a ojos de los consejeros la máxima fineza diplomática o, en su defecto, la urgente intervención de la Providencia. Cuando Fernando ya se disponía a dar por concluida la audiencia, Chacón lo interpeló:

—Majestad, conocéis bien al francés, ¿cuánto tardará en incumplir sus compromisos?

La pregunta no intimidó al monarca.

—¿Quién en Francia veía con buenos ojos el pacto con los Habsburgo? —replicó—. Nadie, tenedlo por seguro. Bien sé que el rey Luis no tenía intención de respetarlo. Solo pretendía resarcirse de la derrota en Nápoles.

—¿Y a vos habrá de trataros con mayor deferencia?

Fernando intuyó algo más que hastío en la intervención de su consejero. Puesto en pie, le dirigió una sonrisa indescifrable.

—Creedme, conseguiré mejores garantías.

Acto seguido, el regente abandonó la estancia. Los semblantes cariacontecidos del marqués de Moya y de Chacón contrastaron con la seriedad impenetrable del arzobispo de Toledo, que había mantenido la mirada fija en el embaldosado del salón mientras había durado el encuentro.

—Nobles señores, recordad que la sospecha es el veneno de la amistad —susurró Cisneros, abandonando su aparente aturdimiento—. Recordadlo hoy y en las horas amargas que vendrán.

No supo anticipar el fiel Chacón lo que pronto iba a suceder, aun estando al corriente de lo que acontecía más allá de los Pirineos. Cuando Luis decidió provocar la ruptura de la alianza con los Habsburgo, no solo pesaron en su ánimo las acciones de Felipe contra su protegido, el duque de Güeldres. Mayor importancia tuvo el eventual desgaje de Bretaña de la Corona francesa, todo un drama de haber llegado a buen puerto el enlace de Claudia con el príncipe Carlos. Tras haber sentido de cerca el gélido aliento de la muerte, y antes de que fuera demasiado tarde, Luis se apresuró a comprometer a su hija con Francisco, el conde de Angulema, postulándolo como su heredero. De este modo garantizaba la unidad de los dominios bajo su corona y podía morir con la conciencia tranquila.

No perturbó al monarca francés que sus representantes y los de Felipe mantuvieran un prolongado tira y afloja sobre la necesidad de que el archiduque le rindiera vasallaje a propósito

de ciertos señoríos, al mismo tiempo que negociaba en secreto con los enviados del rey de Aragón. Y ello pese a que el tratado en ciernes invalidaba el que habían suscrito junto al rey de Romanos. Tampoco lo privó del sueño aconsejar al joven Habsburgo con fingida preocupación que demorara su traslado a España, mientras concluía el pacto con Fernando.

Después de largos meses, los soberanos de Francia y Aragón alcanzaron un acuerdo que sus respectivos representantes firmaron en Blois en otoño de 1505, en virtud del cual el rey Luis renunciaba a sus pretendidos derechos sobre el reino de Nápoles en favor de su sobrina, Germana de Foix. La misma porción del reino de Nápoles que Luis había cedido al matrimonio fallido de Claudia con Carlos constituía ahora la dote de su sobrina. Con ella la entregaba en matrimonio al rey Fernando. A cambio, el aragonés se comprometía a que el hijo que naciera de su enlace con Germana recibiría el título de rey de Nápoles y de Jerusalén. De no tener descendencia, el mismo título recaería en Luis y sus herederos.

Asimismo, Fernando accedía a pagar medio millón de ducados a Francia, en un plazo de diez años, así como a devolver los bienes confiscados a la nobleza angevina, sobre la cual tanta influencia poseía el galo. Todos los capitanes que habían conquistado el reino para la Corona de Aragón, arrebatándose a los franceses de las fauces, quedaban desposeídos de las ciudades, plazas y estados obtenidos como recompensa. A tan ásperas renunciaciones se había visto abocado Fernando para contrarrestar las maniobras de su yerno Felipe.

En cualquier caso, el pacto beneficiaba a las dos partes, pues aseguraba la paz al sur de Roma —el conflicto acarrearía una sangría de hombres y recursos insoportable para ambos reinos—, al tiempo que reforzaba la posición de Francia y Aragón frente a los Habsburgo. Fernando, cuyo poder en Castilla se veía mermado día tras día, había logrado convertirse en árbitro de lo que acaeciera en Italia, a costa de dar al traste con el sueño que había compartido con su difunta esposa, la reina Isabel. Y esto no fue fácil de digerir para quienes habían entregado su vida al servicio de la añorada soberana hasta que exhaló el último aliento.

—¡No hace un año que falleció! —estalló Beatriz de Bobadilla al enterarse, por boca de Cisneros, del enlace acordado.

Andrés Cabrera contuvo a su esposa. Sin embargo, su reconocido pragmatismo no le evitó reaccionar con el mismo estupor que Gonzalo Chacón.

—Pero esa joven...

—Dieciocho años —apuntó el arzobispo.

—Si le diera un hijo...

—Como sin duda es su intención... —apostilló el marqués de Moya.

—Entonces el infante Carlos no heredaría la corona aragonesa. —El enojo de Chacón fue en aumento a medida que completaba el razonamiento—. Los reinos de las Españas, ¡de nuevo separados!

—Todo cuanto soñó Isabel. Todo aquello por lo que se sacrificó —recordó Beatriz con rabia—. ¡Con lo que tuvo que soportar!

—¡¿Dónde queda la lealtad?! —bramó Chacón—. ¡¿Y las promesas?!

—Al parecer, enterradas en Granada, con su destinataria. —Cabrera suspiró con amargura.

—Sosegaos —recomendó Cisneros, siempre inmutable—. No deis nada por perdido.

Pero la marquesa de Moya, en particular, se mostró más que reacia a aceptar el consejo de Su Eminencia:

—¿Reclamáis sosiego cuando la obra de la mejor reina que ha tenido Castilla se desmorona?

El arzobispo de Toledo ya había anticipado que sus interlocutores no acogerían con agrado las nuevas que llevaba. No obstante, hizo cuanto pudo por justificar la decisión del soberano sin perder la calma, para no alimentar la indignación de los isabelinos más fervientes.

—Don Felipe y los grandes pretenden desterrar al rey de Aragón. Don Fernando procura hacerse fuerte donde le es posible.

—¡Erráis! —tronó Chacón—. ¡Solo busca su provecho!

—¡Pensad que se ha logrado la paz en Italia! —adujo el franciscano.

—¡Pero a qué precio, señor mío! —replicó iracundo el noble—. ¡Pensad vos en lo que arruina!

Cisneros echó mano del único argumento que consideraba irrefutable, el que se refería a aquello que se hallaba por encima de todos, incluso del propio Fernando:

—¿Vamos a dar la espalda a la Corona, como tantos otros, cuando más nos necesita?

—¡A la Corona, jamás! ¡A don Fernando! —exclamó Chacón, movido por la cólera—. Acudí a vos invocando la memoria de la reina. ¡Y acaba de traicionarla!

La contundencia del mentor de Isabel enmudeció al arzobispo, y el noble aprovechó para zanjar el airado debate:

—No, eminencia reverendísima, ¡no contéis conmigo!

Acto seguido, Gonzalo Chacón salió de la estancia ante la mirada consternada de los presentes. Recorrió con paso firme y gesto decidido los pasillos de palacio hasta llegar al gabinete del regente. Allí lo encontró, meditabundo, como si estuviera aguardando su llegada.

—Señor, ruego me deis licencia para abandonar la corte.

La voz de Chacón sonó más seca de lo habitual, pero no careció de respeto. Fernando suspiró y volvió el rostro hacia el consejero. Su mirada desveló que la petición no le sorprendía lo más mínimo.

—No es ese mi deseo, os lo aseguro —respondió en un murmullo.

—Tampoco el mío, señor.

—Entonces, seguid junto a mí.

Don Gonzalo alzó el mentón.

—No, majestad, pues no nací mudo y la edad no me ha embotado el seso —contestó con



manifiesta firmeza—. Por ello prefiero no ser testigo de cómo vulneráis la voluntad de mi señora, vuestra esposa.

Fernando se puso en pie. Rodeó el escritorio para encararse con el noble. Solo el silencio acompañó la tensión entre ambos.

—Isabel, vuestra señora, es el pasado —alegó el aragonés sin alterarse—. Mi esposa, doña Germana, asegurará el futuro de mis reinos, si Dios quiere, pues hoy Castilla me es tan hostil como vos ahora.

No hizo Chacón el menor ademán para refutar la acusación del regente. Al contrario, soportó la mirada fría de Fernando con el aplomo de quienes nada ocultan, ni han de acreditar su honradez.

—Bien habéis demostrado vuestra lealtad durante décadas, en ello se cimenta vuestro prestigio —reconoció el rey de Aragón—. Pero ahora me rogáis que os deje ir... ¿Quién me asegura que no lo pondréis al servicio de quienes obran contra mí?

Tan próximo se hallaba el soberano del noble que este percibió su aliento en la mejilla. Gonzalo Chacón permaneció impávido ante la amenaza que la pregunta incorporaba. Ni siquiera elevó la voz para pronunciar su réplica, lo cual acrecentó el desafío que entrañaba.

—Majestad, si en esta sala hay un traidor, tened por seguro que no soy yo.

Fernando guardó silencio. Por un instante, estuvo a punto de olvidar los valiosos servicios que el consejero le había rendido y hacerle pagar tamaña insolencia. Pero la sensatez se impuso y el rey, comprensivo, dispensó al noble.

—Marchad —masculló entre dientes—. Marchad cuanto antes y no miréis atrás, pues de porfiar por lo perdido nada salvo amargura se obtiene.

Gonzalo Chacón le dio la espalda y partió con la dignidad intacta, tan orgulloso del pasado como de no ser cómplice de los desafueros del presente. Cuando abandonó la corte de Castilla, toda una época se fue con él. De resultas, Fernando se vio más solo que nunca y rogó a Dios que lo guiara en la senda emprendida, pues graves serían las consecuencias para los reinos de las Españas si erraba en sus decisiones.

Felipe ya había vaticinado que el rey Luis no acataría lo suscrito en Blois junto a su padre Maximiliano. El tratado incluía cláusulas claramente inaceptables para el francés y él, hostigando al duque de Güeldres, había incrementado los motivos para la ruptura. Sin embargo, el borgoñón no había previsto que su suegro le ganara la partida firmando una alianza de semejante fuste con su tradicional enemigo.

Felipe se sintió burlado por la maniobra de Fernando y ello lo exasperó. El escarnio, además, repercutía doblemente sobre su hijo, pues el pequeño Carlos había perdido la poderosa mano de Claudia y, con toda probabilidad, se quedaría en el futuro sin la corona de Aragón.

En previsión de la reacción de su yerno, Fernando le envió una carta en la que justificaba el acuerdo con el monarca francés:

No tenéis, hijo mío, razón para reprocharme el haber ajustado un tratado de paz con vuestro amigo el de Francia, puesto que mientras el rey fue declarado enemigo mío y encubierto y más pernicioso vuestro, tratasteis con empeño de alcanzar su ayuda contra mí. Al lograr este pacto, hijo mío, no he sido injusto para con vos; me habéis tratado con desprecio y hecho gran injuria y no pequeño perjuicio con la taimada amistad —como ahora se ha puesto de manifiesto— del rey de Francia. Por su propia conveniencia y no en consideración a vos me obligó a contraer segundas nupcias; a mermar mis derechos ganados con las armas en el reino de Nápoles; a dar acogida a mis enemigos los de Anjou, que habían sido expulsados; a restituirles sus estados, que les fueron arrebatados por derecho de guerra, con gran perjuicio para mí y para los míos; a que prometiese con juramento el pago de quinientos mil ducados. Vos, hijo mío, me obligasteis.

Bastante hemos divagado ya. Entrad en juicio, porque si venís como hijo y no como enemigo, a pesar de todo esto, yo como a hijo os abriré mis brazos. Poderosa es la fuerza de la índole paterna. Si escucháis los consejos de quien a fondo conoce al pueblo y a la nobleza, entraréis con buen pie. Mas si con igual obstinación continuáis confiándoos a quienes, atentos solo a su provecho, se empeñan en arrastraros al precipicio, caeréis en los más evidentes desastres.

Felipe hizo caso omiso a la advertencia del aragonés. Por el contrario, mientras una comisión de doctores en leyes examinaba en Lovaina los pactos vulnerados por Luis de Francia, el archiduque quiso valerse de la afrenta infligida por Fernando para volver a Juana contra su padre.

—Sí, señora mía. Aragón tiene una nueva reina... y no sois vos —le espetó.

Al señor de Belmonte no se le escapó el modo en que Felipe enarbolaba el desengaño sufrido.

Junto al borgoñón, escrutó cada gesto y cada palabra de la desconcertada esposa.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó Juana.

—Su Majestad lo ha confirmado —terció don Juan Manuel.

—Pensad en las consecuencias de esa unión —insistió el Hermoso—. Si da lugar a un nuevo heredero, privará a nuestro hijo Carlos de la corona aragonesa.

—No son nuevas de mi agrado, os lo aseguro. —Juana asimiló los hechos, consciente de su gravedad. Su marido ya cantaba victoria cuando la española reaccionó con sorprendente serenidad—: Pero es potestad del rey de Aragón garantizar la paz en sus territorios por los medios que considere oportunos.

—¿Así defendéis los derechos de nuestro hijo?

La reina mantuvo la calma, pese al tono avinagrado del Habsburgo.

—Si pretendéis que me enfrente a mi padre por esto, erráis de nuevo, esposo mío. Por grande que sea mi descontento.

Juana abandonó la estancia. Guardó para sí la consternación que le causaban los actos de su progenitor, pues conocía bien a Felipe y no estaba dispuesta a que la utilizara en sus intrigas. Pero con su casamiento, Fernando todavía la dejaba más sola y desvalida, más allá de la merma de sus derechos o de sus dominios. ¿Acaso no entendía el rey de Aragón que estaba de su lado, y no del de sus enemigos? ¿Tan poco confiaba en ella? Cada nuevo movimiento evidenciaba que la daba por perdida, bien por imaginarla cercada por una horda de felones, bien por creerla enajenada por la pasión y sometida a su esposo. Aunque Juana hubiera dado motivos para que Fernando recelara de ella por insensata, solo respeto sentía por su padre y por la memoria de la reina Isabel. ¿Acaso no era síntoma de insensatez demoler la obra conjunta de una vida entera, sin consultar siquiera con quien poseía, por derecho, la facultad de socorrer al regente frente a la amenaza de la traición? ¿Qué conjuro aquejaba a su padre, incapaz de ver que no solo contaba con el respaldo de la reina de Castilla, sino con el amor de su hija? Sentirse ninguneada en Flandes no acarrearía para Juana una angustia tan desgarradora como la que le causaban el menosprecio paterno y la imposibilidad, por el momento, de sacarlo de tan pernicioso error.

No tardaron en producirse más novedades en el combate por el poder que enfrentaba al yerno contra el suegro. El señor de Belmonte de Campos presentó al borgoñón un despacho procedente de las Españas firmado por Philibert de Veyré. El legajo informaba de una propuesta que meses atrás habría resultado insólita e inaceptable. En pocas palabras, el regente ofrecía al archiduque un acuerdo de gobernación basado en «que el rey don Fernando, el rey don Felipe y la reina doña Juana gobiernen y administren los tres juntos los reinos y señoríos de Castilla, León y Granada».

En virtud del pacto, Juana y Felipe serían proclamados reyes propietarios, pero se reconocería

al aragonés como gobernador perpetuo, a costa de ceder la mitad de las rentas al matrimonio. Felipe, además, tendría derecho de nombrar la mitad de los cargos. Fernando, no obstante, se reservaba las rentas de los maestrazgos militares, que no eran baladíes. Castilla tendría tres reyes, pero las cláusulas del acuerdo evidenciaban, una vez más, que tanto Felipe como Fernando coincidían en mantener a Juana lejos de los asuntos de gobierno.

En Bruselas interpretaron que el aragonés se avenía a negociar debido a que el pacto con Francia había mejorado su situación —pues ponía sus reinos a salvo de los Habsburgo—, pero no lo bastante para hacer frente a los nobles castellanos que se le oponían, cuya fuerza cada día era más notable.

Felipe también optó por ceder, obligado por el varapalo del francés. Aunque contaba con cierta ventaja sobre el rey de Aragón, el Habsburgo no se conformaba con el apoyo de lo más granado de la nobleza, sino que deseaba que la aristocracia castellana en pleno se uniera a él en la pugna contra Fernando. Y ello porque para resolver definitivamente el conflicto a su favor necesitaba un elemento esencial del cual carecía, como bien apuntaba don Juan Manuel: la firma de la reina para echar de Castilla a su padre.

Los representantes de las tres partes firmaron el acuerdo en Salamanca, el 25 de noviembre de 1505. Fernando consiguió afianzar su posición, a sabiendas de que la gobernanza compartida estaba condenada al fracaso. No obstante, el rey de Aragón contaba con que Felipe correría a tomar posesión de sus dominios. Confiaba en que la presencia extranjera avivaría los rescoldos de su primera visita y los castellanos, tarde o temprano, acabarían por dar la espalda al borgoñón. Errara o no Fernando en sus predicciones, lo cierto es que mantener a su alcance tanto al rival como a su hija podía facilitarle las maniobras.

Pronto habría de verse. Pese a las prebendas personales que le aportó la Concordia de Salamanca, el ambicioso señor de Belmonte desdeñaba cualquier otra solución que no pasara por excluir a Fernando de la gobernanza. Don Juan Manuel sabía que la presencia del aragonés en Castilla limitaría sus movimientos y quería tener las manos libres para hacer y deshacer a voluntad, pues, como mínimo, ya se veía contador mayor del reino.

A instancias del valido y animado por sus propios anhelos, Felipe decidió emprender viaje hacia la Península a comienzos de 1506. Juana había dado a luz a la pequeña María de Habsburgo y el final de la guerra con el duque de Güeldres ya no depauperaba los recursos del flamenco. Nada impedía el viaje, salvo la meteorología inherente al invierno.

—¡Echarse a la mar en enero! ¡Qué insensatez! Temo por vuestras vidas.

De esta manera se expresaba la duquesa Margarita al despedirse de Juana con sincera preocupación, antes de que los reyes partieran hacia Middelburg.

—A mi esposo le urge zarpar —replicó la española con total serenidad—, y yo también deseo regresar a mis reinos.

—Ya viajasteis una vez por Francia —insistió la duquesa—. Solicitad un salvoconducto.

—Los desacuerdos entre mi esposo y el rey Luis no lo aconsejan, bien lo sabéis.

Margarita suspiró, reconociendo que Juana estaba en lo cierto.

—Hago votos, entonces, por que la mar os sea más clemente de lo que me fue en su día.

Al deseo no le faltaba fundamento. Cuando Margarita viajó a las Españas para convertirse en la esposa de Juan, el príncipe heredero de Isabel y Fernando, una violenta tempestad amenazó con enviar a pique a la armada que la transportaba. En el fragor de la galerna, la joven Habsburgo creyó próximo el final de sus días. Demostrando un temple extraordinario, pidió recado de escribir para redactar su epitafio: «Aquí yace Margarita, / ¡infeliz ella!, / pues, dos veces casada, / murió doncella».

Las dos mujeres se despidieron con sincero afecto, pensando que quizá no volvieran a verse, pues sus respectivos destinos no parecían llamados a cruzarse de nuevo.

Felipe había tenido que asumir penosos sacrificios económicos para formar la armada que iba a trasladarlo a Castilla junto a la reina, su esposa. Pretendía viajar acompañado por un séquito a la altura de las circunstancias, de modo que al arribar a las costas españolas todos apreciaran la alcurnia de quien desembarcaba, empezando por su rival, el rey de Aragón.

Por ello reunió una escolta de dos mil lansquenets, que se sumaron a los doscientos gentilhombres de la comitiva. El archiduque consiguió trescientos mil ducados de sus súbditos, pero para poder echarse a la mar se vio obligado a vender parte del patrimonio borgoñón, consistente en inmuebles, oficios, tierras o rentas. Con todo, la suma no bastó para sus propósitos, como se demostró más adelante.

Felipe se apresuró a comunicar el inminente viaje de los reyes a todos los castellanos que podían prestarle apoyo frente al aragonés, pero la meteorología adversa impidió que la flota zarpara. El archiduque y su profuso séquito se vieron obligados a esperar en Middelburg, con el gasto extraordinario que ello suponía, hasta que las aguas y los vientos fueran favorables. Como en modo alguno estaba dispuesto a retrasar el viaje hasta la primavera, el 10 de enero de 1506 la armada se hizo por fin a la mar, con el almirante Floris d'Egmont al mando.

Zarparon cuarenta barcos de entre ciento cincuenta y cuatrocientos toneles, que transportaban a los reyes, a los miembros de la corte y a sus hombres de armas. Dado que no estaba previsto que Juana regresara a Flandes, todos sus bienes viajaban con ella. También Felipe embarcó buena parte de su tesoro, como ya hiciera cuando visitó la Península por vez primera.

*Julienne* era el nombre de la nao que transportaba a los reyes, una embarcación de notables

dimensiones —cuatrocientos cincuenta toneles—, dotada con tres mástiles y dos gavias. Contaba con un castillo de proa, ocupado por los hombres de armas y la artillería, y otro de popa, destinado a los servidores. Los reyes, por su parte, se acomodaron en cuatro cámaras distribuidas en dos plantas superpuestas, igual que en palacio.

Pronto hubieron de hacer frente a un temporal que los obligó a refugiarse en Flesinga, pues la borrasca adquirió tal magnitud que algunas naves chocaron entre sí, con grave peligro para sus tripulantes y dotaciones. Cuando retomaron la travesía, el viento sopló con tanta fuerza que recuperaron parte del retraso acumulado, hasta que de repente amainó.

El día 13 se hizo realidad el proverbio que advierte de la calma que precede a la tempestad. Tras una jornada de exasperante bonanza, el tiempo cambió antes de anoecer y se desató una marejada tan poderosa que de los cuarenta navíos no quedó uno que pudiera comunicarse con otro, de tal modo que el almirante d'Egmont perdió de vista la carraca del rey y a todos los demás que lo seguían.

En medio del temporal, cuando el mar parecía a punto de engullirlos, Juana pidió que le sirvieran la cena con un aplomo similar al mostrado por su cuñada Margarita en el pasado. Entretanto, Felipe rezaba arrodillado e imploraba sin cesar por su persona, prometiendo su peso en plata a la Virgen si lo salvaba. Mientras aguardaba el refrigerio, la reina contempló en silencio a su esposo, enfrascado en tan fervientes plegarias.

—Rezad, si os place, y arrepentíos de vuestras faltas —le dijo—; mas, hasta donde yo sé, ningún rey ha muerto ahogado.

La ironía de Juana no sosegó el ánimo convulso del flamenco. Igual de aterrorizado que antes, o más, Felipe salió a cubierta, descalzo y con la cabeza desprovista del tocado. Sus hombres le colocaron un cuero inflado alrededor del torso y escribieron su nombre en él, para que quien hallase el cuerpo supiera quién era el distinguido náufrago. Tan aturdido y desesperado lo vio la atribulada marinería, que el rey fue objeto de disimulado escarnio, más que de conmiseración.

La tormenta se extendió a lo largo de la noche y durante las dos jornadas siguientes. A la devastación debida al temporal se unió la causada por los incendios que sufrió la *Julienne*. Hubo que deshacerse de parte de la artillería tirándola por la borda, para evitar que el peso desequilibrara los barcos y los arrastrara hasta el fondo. Solo el mar gobernaba las naves y dieciocho de ellas acabaron en el puerto inglés de Falmouth, mientras la de los reyes derivaba en solitario hasta la bahía de Portland, más al nordeste. Allí atracó en la rada de Melcombe Regis, cerca de Weymouth. Sus habitantes, temerosos siempre de las incursiones armadas de los franceses, quedaron aterrorizados al ver la carraca más grande que jamás se había aproximado a sus costas, ennegrecida además a causa de los incendios. Rápidamente se aprestaron a defenderse, pues creyeron ser víctimas de una invasión. Un oficial de la Corona inglesa, de nombre Trenchard, deshizo el equívoco y alojó en su casa a los ilustres forasteros, colmándolos de atenciones. De la

armada flamenca, solo veintiséis naves se salvaron.

En cuanto se tuvo noticia de los hechos en el palacio de Windsor, Enrique, el príncipe de Gales, se ofreció para acudir en persona a los aposentos de Catalina de Aragón, con el fin de comunicarle lo sucedido.

—Señora, vuestra hermana doña Juana y su esposo viajaban con rumbo a las Españas — anunció con aire contrito—, pero la mar ha arrastrado su nao hasta costas inglesas.

—¿Se encuentran a salvo? —preguntó, alarmada, Catalina.

—Así es, alteza, gracias a Dios. Han podido atracar al norte de la isla de Portland.

—¡Alabado sea el Señor!

El mismo príncipe Enrique fue al encuentro de Felipe cuando este se dirigió a la corte, invitado por el rey. Hicieron juntos el trayecto desde Winchester y, una vez en Windsor, el monarca inglés agasajó al borgoñón con el boato que solo un soberano merece. Para festejar su llegada, se adornaron las estancias más distinguidas de palacio con ricos tapices de paños de oro y seda, telas de terciopelo carmesí y los más valiosos enseres del tesoro real. Los nobles de mayor rango acudieron vistiendo sus mejores galas y portando soberbias cadenas de oro al cuello. Delante de todos ellos, el rey Enrique abrazó fraternalmente al joven rey de Castilla.

—¡Los vientos nos han regalado vuestra visita! —apuntó, mordaz, para divertimento de los suyos—. El canal que nos protege del continente es traicionero, amigo mío, pero en estas fechas suele ser letal.

Felipe aparentó no incomodarse, pues desde que pisó tierra firme se había desvivido por quitar importancia al percance.

—Gracias a Dios, solo hemos perdido cuatro navíos con muy poca gente en ellos.

—Celebremos entonces que el fragor de la tormenta no haya impedido que vuestras súplicas llegaran al Altísimo.

Los cortesanos ingleses jalearon el sarcasmo de su rey entre murmullos. Felipe, de natural arrogante, hubo de achantarse en aquella ocasión, pues quedó patente que su falta de decoro durante el temporal ya era de dominio público.

Extrañada por no ver a Juana entre quienes acompañaban al Habsburgo, Catalina de Aragón se aproximó al archiduque para interesarse por ella:

—Pensaba que mi hermana viajaba con vos.

—Por supuesto. Pero Juana ha debido quedar en Portland —alegó el Hermoso—. La travesía no le hizo bien, como comprenderéis.

Catalina lamentó su ausencia.

—Va para cinco años que no nos vemos.

Felipe asintió con una amabilidad tan falsa como la excusa esgrimida. Catalina volvió el rostro hacia el rey de Inglaterra.

—Si mi señor no ve objeción en ello —dijo—, ordenaré que la acompañen a la corte en cuanto se reponga.

Enrique asintió al momento, para solaz de Catalina y fastidio de Felipe.

—Bendita sea entonces la tempestad que va a permitir vuestro reencuentro —afirmó el flamenco, forzado a plegarse a las circunstancias.

Catalina inclinó el mentón en señal de gratitud. El archiduque y el señor de Belmonte hubieron de disfrazar cuánto los incomodaba la propuesta. Ante la eventualidad de que las dos hijas de Fernando pudieran urdir algo contra ellos, hubieran preferido curarse en salud y mantenerlas separadas.

Por fin, el 10 de febrero, Juana llegó a Windsor. Catalina la recibió en su cámara y las dos pudieron fundirse en un conmovedor abrazo. Sin embargo, la emoción con que Catalina acogió a su hermana mayor no fue del todo correspondida, pues la reina de Castilla se mostró melancólica y ausente, como si el reencuentro no bastara para sacarla del ensimismamiento que se había apoderado de ella desde que arribara a aquellas tierras. Catalina, movida por el afecto, lo achacó a la indisposición provocada por el naufragio.

—Dejad que os mire... ¡Apenas estáis cambiada, después de traer al mundo cinco criaturas!

—Leonor, Carlos, Isabel, Fernando y María —enumeró Juana—. Todos viven, gracias a Dios.

—Sois tan afortunada. —La reina apartó la mirada, pues no quiso conculcar el gozo de su hermana—. ¡Quiera el cielo concederme también vuestro don!

—Antes habréis de casaros.

—En verdad el mío es un noviazgo longevo —corroboró Catalina, un tanto desconcertada por el comentario.

Pronto se cumplirían cuatro años desde que Catalina enviudara al fallecer el príncipe Arturo a la temprana edad de dieciséis años, menos de seis meses después de que ambos contrajeran matrimonio. Catalina aseguró que el enlace no se había consumado y ello facultó el compromiso con Enrique, entonces duque de York, hermano de Arturo y cinco años más joven que ella. Aún habría de transcurrir un trienio hasta que tuviera lugar la boda entre ambos, a la muerte del rey inglés.

—Decid, ¿cómo estáis?

La expresión de Catalina reveló cuán sincero era su interés. Sin embargo, ello provocó el efecto contrario al deseado, pues Juana se retrajo:

—Sin duda, habréis oído de mis arrebatos...



—Y de otras cosas que no poco me han afligido —admitió, a su pesar, la hermana menor—. Pero he de oírlas de vuestros labios, de los labios de la reina de Castilla.

Catalina recalcó las últimas palabras y Juana sucumbió a su cariño.

—No es de oro mi corona, sino de hiel, mas pesa como cien de plomo —dijo.

La confesión estremeció a la hija menor de Isabel la Católica. No había la más mínima impostura en sus palabras. Catalina, de buen corazón, la compadeció. Nunca había puesto en duda que Juana, gracias a su intelecto y a su educación, desempeñaría con éxito el papel al que los avatares de la fortuna la habían abocado.

—Reinar no es la más grata de las tareas, bien nos lo mostró madre, que en gloria esté.

—El poder es la más nociva de las ponzoñas —replicó Juana, consternada—. Ruego para que nuestro padre alivie mi carga.

—Mientras le sea posible, lo hará, no lo dudéis. —Catalina se esforzó por ocultar cuánto la afligía la postración de su hermana—. Mas ha de llegar el día en que vos...

Juana negó con la cabeza.

—Sabréis que vivo recluida. —Los ojos de la reina ya no velaban su desolación—. Pero en mi soledad hallo la paz que de otro modo me es vedada.

Catalina, impresionada, la tomó amorosamente de las manos con intención de confortarla.

—La hallaréis en mi compañía hasta que zarpéis.

La esposa del Habsburgo desvió la mirada de inmediato.

—Partiré mañana hacia Falmouth —anunció—. Nuestro padre ha enviado siete navíos para que continuemos nuestro viaje y es mi deseo recibirlos. —Juana repasó la estancia de un rápido vistazo y cambió de conversación—. ¿Viviréis aquí con vuestro esposo?

Catalina observó a su hermana en silencio, más preocupada por lo que callaba que por lo que le había contado. Decidió no insistir en que permaneciera en la corte, junto a ella, hasta que la armada volviera a zarpar. Esa misma noche escribió a su padre, el rey de Aragón, para transmitirle la impresión que le había dejado el encuentro con Juana:

Mi bien amado padre:

Apenas una jornada he podido compartir con vuestra hija, la reina de Castilla. Dice no tener noticia de vos desde hace mucho, mas adivino que no se debe a vuestro desinterés. Habéis de saber que, en toda hora, solo la continencia guio sus actos y palabras, aunque otros la hagan pasar por loca. Sin embargo, cuando de asuntos de Estado se trata, más parece la mujer del rey que la propia reina. ¡Cuán diferente es de nuestra madre! Por tanto, oíd mi ruego, padre, que también es el suyo. No le neguéis vuestro amparo cuando deba presentarse ante sus vasallos. Pensad que ella, privada del afán de gobernar, siempre cederá la administración de lo suyo a manos ajenas. Y temo, como vos, que algunas no sean merecedoras de tan alto honor.

Con Juana en Falmouth, Felipe siguió disfrutando de las fiestas y cacerías que su anfitrión había

organizado para él. Entre ágapes y lisonjas, el rey Enrique consiguió que el Habsburgo renunciara a la custodia de su enemigo, el duque de Suffolk, que pretendía el trono inglés. El archiduque, por su parte, prometió a su hijo Carlos con María, la hija de Enrique. No contento con eso, también accedió a unir en matrimonio a su hermana Margarita con el curtido monarca británico. Cuando tuvo noticia del compromiso, la duquesa de Saboya alegó que, habiendo enviudado prematuramente por partida doble, prefería seguir de luto y no arriesgarse a un tercer infortunio.

Bien cara pagaron la hospitalidad inglesa los flamencos, pues el archiduque no abandonó Windsor hasta que el rey logró que estampara su firma en un tratado comercial muy desfavorable para sus intereses. En virtud del acuerdo, se cebaron durante años las arcas locales en detrimento de las neerlandesas.

Felipe y Juana volvieron a verse en la *Julienne* el 16 de abril. De nuevo, la meteorología impidió que la armada se echara a la mar. Pese al enconamiento que distanciaba a los esposos, dulce hubo de ser el reencuentro, al menos en parte, pues nueve meses después nació la infanta Catalina. Finalmente, el día 23 reemprendieron la travesía, rumbo a Laredo. O eso pensaban los viajeros y quienes los aguardaban en las Españas.

Tuvo que suceder en Dueñas, en el palacio de los condes de Buendía, el 18 de marzo de 1506. Precisamente en Dueñas y en el mismo recinto que había alojado a Fernando durante los días que precedieron a su primer encuentro con Isabel. Idéntico escenario para dos acontecimientos similares, donde más de treinta y seis años después, el rey de Aragón se disponía a conocer a su nueva esposa.

Por desconfianza hacia su nuevo aliado, el rey Luis, o bien por acallar el descontento que sus segundas nupcias habían provocado entre sus partidarios, cada vez más escasos, Fernando decidió dejar constancia de las razones que justificaban el enlace. Ante notario y en presencia de tres testigos aragoneses, el rey declaró que su enlace con Germana de Foix se debía a motivos políticos, y que los derechos sobre el trono de Nápoles —los que el soberano francés le reconocía mediante el tratado y la boda— pasarían a ser patrimonio del heredero de la corona de Aragón, en el caso de que Fernando muriera primero, y no de su viuda.

Cuando llegó la hora de las presentaciones, Andrés Cabrera halló a Fernando en su cámara, ataviado con su mejor atuendo y luciendo el Toisón de Oro sobre su pecho.

—Majestad...

El rey contempló el sello real con severidad. Antes de deslizarlo en su anular parpadeó lentamente, como si con ello pudiera disipar los recuerdos y eludir la dentellada de la melancolía. Entonces volvió la mirada hacia el marqués de Moya y asintió.

Fernando había tomado una decisión, empujado por sus rivales y abandonado por muchos a los que había favorecido en el pasado. Ahora debía perseverar, y nada, ni siquiera una memoria tan fecunda como las vegas que nutrían sus dominios aragoneses, desluciría su matrimonio con la sobrina del rey de Francia. No permitiría un fiasco cuyo mérito pudieran arrogarse los traidores y los desleales.

Los esposos se vieron por vez primera en el salón principal de los Buendía. En cuanto atisbó a Fernando, Germana le dedicó una respetuosa reverencia no desprovista, sin embargo, de la gracia con que la juventud adorna el menor de los actos.

El aragonés pidió que los dejaran a solas. Habían llegado a sus oídos las semblanzas que los cronistas franceses hacían de la sobrina de su rey. Fernando sabía por experiencia cuán proclive

es el cálamo a dejarse guiar por los intereses de los poderosos, cómo se embellece o afea la realidad, según convenga a quien financia el escrito. En esta ocasión, poco habían exagerado quienes describían a una joven de mirada despierta y manos cálidas, las mismas que él ya sostenía entre las suyas.

—Soy vuestro marido —dijo Fernando, al tiempo que la alzaba con delicadeza—. Las formalidades están de más.

Germana permaneció erguida, sin soltar las manos del aragonés, y una tenue sonrisa de complicidad se dibujó en su rostro.

—Mi tío me ha ordenado que cuide de su aliado más valioso, pues como rival ya tuvo él que cuidarse de vos.

El halago satisfizo a Fernando tanto como la expresión de la francesa. A sus dieciocho años, Germana aunaba importantes atractivos a ojos del rey viudo, aparte de su lozanía; la sobrina del rey de Francia también estaba emparentada con los Albret, uno de los clanes que se disputaban el reino transpirenaico de Navarra, y pertenecía a una familia cuya fertilidad era bien conocida.

—Ahora vuestro tío y yo tenemos un enemigo común, más temible que la suma de nuestros contrarios. —Fernando suspiró, antes de revelar a qué se refería con pareja complicidad—: El tiempo, señora mía, un adversario implacable.

En la mirada de Germana se entrevió su picardía.

—Entonces podré cumplir su mandato, pues contra él, majestad, no hallaréis mejor aliado que yo. —La réplica agradó al monarca. Al momento, la joven se aproximó a él y serenó la expresión—. Sin embargo, jamás podré llenar el hueco dejado por la reina Isabel. Necia sería si lo pretendiera.

La declaración de su nueva esposa conmovió a Fernando, que se congratuló por la manifiesta sinceridad de sus palabras. Germana, tan diferente de Isabel, poseía no obstante una perspicacia que iba más allá de su evidente habilidad para el cortejo. Viendo al rey tan complacido, ella lo besó en los labios. Lo hizo suavemente, con una plácida sensualidad que cautivó al aragonés.

La corte reunida en Valladolid festejó la boda como correspondía. Los comensales compartieron los mejores manjares y los vinos más exquisitos mientras cómicos, malabaristas y músicos amenizaban el banquete, como si los graves conflictos que se cernían sobre el regente hubieran quedado confinados a las puertas del palacio.

Pero no todos los invitados participaron en el ágape del mismo modo y con similar frenesí. La reina Germana reparó en el arzobispo de Toledo, cuya frugalidad contrastaba con la voracidad de la mayoría. La joven, partidaria decidida de la buena mesa, se dirigió confidencialmente a su marido:

—¿Acaso padece Su Eminencia alguna enfermedad?

—Dios no lo quiera —murmuró Fernando.

—Ah, es comedido por naturaleza.

—No hallaréis en Castilla asceta más virtuoso —aseguró el aragonés.

Cisneros se dio cuenta de que los esposos hablaban de él, pero por discreción prefirió no darse por aludido. Germana se inclinó hacia el rey.

—Desconfío de quienes rechazan los placeres que Dios ha puesto a nuestra disposición —le comentó.

—¿Por qué motivo? —preguntó él con franco interés.

—Tarde o temprano, otros sufren por esos apetitos no satisfechos —replicó ella en un susurro.

Fernando contempló en silencio el rostro de Germana. Quizá su belleza no deslumbrara como el sol del Mediterráneo, pero ¿cómo no caer seducido ante aquella desenvoltura? El rey, sintiéndose rejuvenecer, se acercó a su joven esposa y le habló en voz baja:

—De ser así, a partir de hoy el bienestar de mis vasallos depende de vos.

Germana aceptó el reto con una sonrisa y, señalando a los cortesanos, dijo:

—Anunciadles, entonces, largos años de sosiego y buena ventura.

La risa de Fernando llamó la atención de algunos comensales. De una, en particular, que apenas había probado bocado durante la velada, más interesada en escrutar de lejos los movimientos y actitudes de la nueva reina de Aragón. La patente complicidad entre los esposos había desazonado a Beatriz de Bobadilla hasta el punto de inquietar a su marido, el marqués de Moya. Por mucho que este tratara de desviar su atención, cada gesto, cada mirada, cada murmullo fue acrecentando el escándalo de la amiga y servidora de Isabel. Al oír la risa franca de Fernando, Andrés Cabrera constató que a Beatriz ya se le hacía insoportable. Al instante tomó la mano de su mujer, con intención de retenerla. Pero ella se desasíó sin el menor recato, se puso en pie y alzó la copa en dirección a los reyes.

—Quien gobierna estos reinos revive hoy sus mejores años —afirmó la Bobadilla en voz alta.

Fernando la miró e inclinó el mentón, en señal de gratitud, aunque con el ánimo precavido. Largos años había convivido con los marqueses e intuía que algo desagradable estaba a punto de ocurrir. Beatriz, sin disimular la rabia, no apartó la mirada del rey al rematar el brindis:

—Bebamos a su salud... y en memoria de nuestra soberana, ¡la reina Isabel!

No fue el recuerdo de la Católica, sino el tono empleado por la marquesa lo que enmudeció a los presentes. Ante el estupor general, Beatriz de Bobadilla bebió un sorbo y, acto seguido, abandonó el banquete. Andrés Cabrera prefirió no interponerse en su camino, a riesgo de provocar un escándalo mayor. Por idéntico motivo se contuvo Fernando, a quien el desplante había importunado bastante más que a Germana.

El rey aguardó hasta que la celebración hubo recuperado la algarabía acostumbrada para

reclamar la presencia del marqués de Moya. Este recorrió el salón con aire pesaroso, mientras el resto de los asistentes festejaban la habilidad de una pareja de acróbatas moriscos.

—Os ruego disculpéis a mi esposa, señor —musitó en cuanto estuvo junto a él.

—Entiendo el pesar de doña Beatriz. Tendrá que disculparme ella a mí, pues aún he de pedirle un servicio esta noche. —Fernando bajó la voz para que Germana no lo oyera—. Deseo que se una a las damas de la reina y ayude a prepararla para el trance que se avecina.

El monarca clavó su mirada en la del marqués y este solo pudo acatar la orden:

—Así lo hará.

Fernando se dio por satisfecho, relajó el semblante y volvió a disfrutar de la cena, mientras Andrés Cabrera se retiraba para ir en busca de la marquesa.

Como era de prever, la petición soliviantó a la Bobadilla. El noble trató de convencerla para que la sensatez prevaleciera sobre el rencor:

—Os lo ruego, anteponed la lealtad que debemos a la Corona al recuerdo de vuestra amistad.

Beatriz se permitió unos instantes de reflexión antes de encararse con su marido. Entonces cerró con fuerza los párpados e inclinó el mentón.

—Cumpliré la petición del rey, y lo haré de buen grado. —Cabrera suspiró, aliviado, al oír la declaración de la marquesa—. Mas no lo haré por él, sino por haber sido injusta con doña Germana, que ninguna culpa tiene.

El marqués, agradecido y comprensivo, se acercó a su esposa y la abrazó.

—Sé que para vos es un trago amargo, pero temo que nos aguarden muchos más en los próximos tiempos —advirtió el de Moya—. Hacedos a la idea.

Más dolía a Beatriz de Bobadilla presenciar el desmoronamiento paulatino de la obra de su señora que otras consideraciones sentimentales, bien lo sabía Cabrera. En eso el matrimonio coincidía, aunque cada uno reaccionara de manera distinta. En realidad, una sola idea los mantenía en la corte: por mucho que cuestionaran sus decisiones, dar la espalda a Fernando cuando se estaba quedando sin apoyos conculcaba de algún modo los designios de Isabel. A eso se aferraban, tanto como a la creencia de que Cisneros, valiéndose en último término de su enorme autoridad moral, salvaguardaría el legado de la reina de los excesos de unos y otros.

Cumpliendo el mandato real, Beatriz de Bobadilla se unió a las damas de la reina para vestirla y acicalarla con arreglo a las costumbres del reino. Todo se hizo con el máximo esmero, mientras en la antecámara se agolpaban los cortesanos entonando versos y canciones. La marquesa de Moya peinó cuidadosamente el cabello de Germana y hubo de contener las lágrimas, pues el acto revivió

la emoción de una noche ya lejana, plena de temores íntimos y consejos de amor entrelazados. Cuando Beatriz terminó la tarea, la joven reina tomó con delicadeza su mano y la miró a los ojos. No fueron precisas las palabras, pues no había reproche alguno en la mirada de la soberana de Aragón, tan solo comprensión.

Las damas acostaron a la reina en el lecho y cerraron las cortinas del dosel. A continuación, salieron de la estancia para unirse en la antecámara al resto de los cortesanos. Allí, el arzobispo de Toledo tuvo ocasión de hacer un aparte con la marquesa de Moya, para ofrecerle consejo y consuelo con voz queda.

—No juzguéis al hombre sin considerar los padecimientos del gobernante, y viceversa —le dijo—, o la condena será en exceso severa.

—Me sorprende oír tal cosa de vuestros labios —replicó ella con cierta tirantez.

Cisneros suspiró y sonrió con un punto de amargura.

—No hay alma libre de mancha —musitó—. Ni la más virtuosa. Por ello, nunca deja de asombrarme la naturaleza del hombre.

—¿Por indómita?

—Y por voluble, señora mía...

Entonces apareció Fernando, seguido por Andrés Cabrera. El marqués acompañó al soberano hasta el umbral de la cámara real entre las reverencias de los cortesanos congregados. El rey de Aragón entró en el dormitorio y cerró la puerta tras él. Los demás debían esperar, entre la paciencia y la expectación, a que diera fe de que su esposa había llegado virgen al matrimonio y este se había consumado.

A Fernando, el ritual nupcial también le trajo el recuerdo de una noche que había quedado intacta en su memoria, a salvo de los estragos del tiempo y de las congojas de una vida entera. Pero el pasado no debía malograr el presente. El rey se aproximó al lecho y descorrió lentamente las telas del dosel. Allí estaba su joven y espléndida esposa, aguardándolo.

Él la admiró antes de recostarse a su lado. A Germana le complació sentirse deseada por aquel hombre cuyo poder e inteligencia tanto respeto merecían en todas las cortes del mundo conocido.

Fernando enlazó a la joven por el talle y unió sus labios a los suyos. La reina respondió al beso, pero antes de seguir lo apartó levemente de sí, poniéndole una mano en el pecho.

—Seré vuestra esta noche —susurró, mirándolo a los ojos—. Pero haré cuanto pueda para que vos seáis mío hasta el fin de nuestros días.

Durante la travesía entre Inglaterra y las costas españolas corrió el rumor de que las naves de Felipe no se dirigían a Laredo, como se había previsto, sino a La Coruña. El bulo, que bien cierto resultó, llegó a oídos de Juana. La reina montó en cólera, pues confiaba en que su padre la recibiría en el lugar acordado y achacó el cambio de planes a las insidias del Hermoso. La renovada tensión entre los cónyuges tuvo consecuencias, pues la española le hizo pagar el embuste al arribar al puerto gallego el 26 de abril de 1506.

—¿Habré de achacar a mi locura que, dirigiéndome a Laredo, me halle en La Coruña? —Juana se enzarzó con su esposo en una agria disputa trufada de sarcasmos e ironías—. Y si tan graves desvaríos me aquejan, ¿no ofenderá a esta villa que una lunática confirme sus privilegios?

—Sois la reina —apuntó el señor de Belmonte—. Así lo esperan sus gentes.

La heredera al trono desoyó al valido y siguió increpando a Felipe.

—Hacedlo vos —replicó, a sabiendas de que el borgoñón carecía de poder para ello—. ¿Acaso no habéis nombrado a mi contador mayor sin consultarme?

Juana se refería al cargo que su esposo acababa de conceder a don Juan Manuel, a quien la reina insistía en ignorar.

—No preciso vuestra opinión —masculló Felipe, conteniéndose—. Tan solo vuestra firma.

—¿Qué valor tiene la de una loca que ni siquiera sabe en qué puerto desembarca? —Por fin la soberana volvió el rostro hacia el traidor, regodeándose en la sorna—. ¿No os hará de menos?

—¡Basta! —vociferó, hastiado, el archiduque—. ¿Adónde queréis ir a parar?

La reina se encaró con su esposo y lo desafió con la palabra y la mirada:

—Seguid repartiendo mercedes, ¡ni uno solo de vuestros perros ha de quedar sin recompensa! —La alusión irritó al valido, que abominaba de Juana tanto como ella lo despreciaba—. Nada valdrán hasta que no las sancione mi padre, ¡que es tan rey como yo!

Felipe y el privado ocultaron cuánto los inquietaba la declaración de Juana, y no solo por miedo a perder las prebendas y los favores no ratificados.

La reina dio por concluida la conversación con una última ironía:

—Por el bien de los vuestros, confío en que hayáis enviado recado para que se reúna conmigo cuanto antes.



Encrespada por el engaño, Juana volvió a escudarse en la inacción y se negó a confirmar los privilegios de la ciudad, como la norma reclamaba de la soberana. Ello soliviantó a los coruñeses, pues lo entendieron como una ofensa. Felipe iba a la Península para hacerse con la gobernanza y en nada lo favorecía comenzar con tan mal pie. Por este motivo, tanto él como su entorno hubieron de esforzarse para acallar las murmuraciones y templar en lo posible el ánimo de sus anfitriones, dado que la reina persistió en la negativa.

Que el rumbo de la armada se hubiera alterado no podía achacarse esta vez a la meteorología adversa, y ella lo sabía. En efecto, la deriva no se debió a un capricho —ni del mar, ni de los hombres—, pues largamente habían meditado el archiduque y su valido sobre la conveniencia de impedir el encuentro entre la reina y su padre. No solo porque temieran que Juana pidiera auxilio al rey de Aragón contra sus asechanzas, sino para evitar que pudiera reconocerlo en público como legítimo rey de Castilla y otorgarle la gobernanza de por vida. A estas alturas, Felipe y don Juan Manuel sospechaban que ello sucedería en cuanto padre e hija estuvieran frente a frente, sin necesidad siquiera de que Fernando la aleccionara a tal fin.

Pese a sus arrebatos y al desdén hacia el poder, a Juana le sobraba sagacidad para discernir el peligro que se cernía sobre los reinos que habían edificado Sus Católicas Majestades. Se hallaba presta a conjurarlo en comandita con su padre, en cuyo criterio depositaba toda su confianza, y por este motivo ansiaba reunirse con él.

Los planes del Hermoso discurrían por derroteros bien diferentes. En cuanto las naves fondearon en La Coruña, los correos salieron en busca de sus partidarios para anunciarles que el rey de Castilla ya se encontraba en sus dominios. Al flamenco le urgía verificar y conservar el apoyo de la nobleza, pero también reclamaba su presencia con vistas al encuentro decisivo con su suegro.

—Veyré ha confirmado que los grandes ya vienen hacia aquí —informó Belmonte.

Felipe recibió con agrado la noticia, pues interpretó como un síntoma muy positivo el hecho de que se apresuraran por comparecer.

—¿Todos?

—Los principales —matizó el valido—. Ruegan encarecidamente que no cumpláis lo acordado en Salamanca.

La aquiescencia del Habsburgo dio a entender que no tenía la menor intención de poner en práctica una componenda a la que se había visto abocado. Solo renunciaría a sus ambiciones si no lograba acorralar a Fernando, tarea a la que debía encomendarse con todo su afán.

—Esperaremos. Juntos emprenderemos viaje hacia Valladolid —afirmó Felipe, en alusión a los nobles que lo respaldaban—. Todos han de verme llegar con tan poderoso séquito.

Don Juan Manuel corroboró la conveniencia de semejante demostración de fuerza. Felipe, no obstante, prefirió asegurar la jugada.

—Oídmelo bien —continuó—. Solo los reyes de Castilla han de entrar en la corte, arropados por sus vasallos. Mi suegro no debe cruzarse en nuestro camino.

—No lo hará —le garantizó el señor de Belmonte.

El Habsburgo quedó satisfecho, hasta que se percató de la sombra de preocupación que nublaba la mirada del consejero.

—¿Qué os aflige? No es tarea que deba inquietaros.

—No lo es, señor, mas temo que hoy vuestro peor enemigo no sea el aragonés —murmuró don Juan Manuel—, sino vuestra esposa.

Felipe miró con altanería al privado y asintió.

—También a eso pondremos remedio, cuando corresponda.

Como era de suponer, la noticia del desembarco de los reyes en Galicia no fue bien recibida en la corte de Valladolid. El duque de Alba expresó en voz alta lo que todos pensaban en el círculo de confianza de Fernando:

—Arribando a La Coruña no solo pretende burlaros. También ganar tiempo porque aún no ha logrado todos los apoyos que desea.

—En primer lugar, el de su esposa. —La apostilla de Cabrera atrajo la atención del aragonés—. Vuestra hija reclama encontrarse con vos y el archiduque no hace sino impedirlo.

El rey de Aragón se sabía cada vez más solo. El grueso de la nobleza castellana le había dado la espalda, pero no contentos con eso, además corrían a echarse a los brazos de Felipe. ¿Qué podía hacer? ¿Ordenar el regreso de las tropas de Nápoles e imponerse por la fuerza en Castilla? Si no lo había logrado mediante la negociación, intentarlo con las armas solo desencadenaría una guerra de la que él y sus intereses saldrían malparados.

Fernando meditó en silencio el paso que iba a dar a continuación. El fruto de su decisión determinaría el resultado del pulso con su yerno, pero también podía engendrar consecuencias nefastas para su hija.

—¿Qué ordenáis al respecto? —preguntó Cisneros.

La interpelación del religioso no interrumpió la reflexión del rey. «Guárdate con particular esmero del traidor con pocas entendederas —le había escrito su preceptor, Pedro Vaca, cuando aún era un niño—. Que sea necio no menguará el daño de su traición, pues el sabio, por abyecta que sea su alma, tenderá a actuar con sabiduría incluso cuando pretenda sorprender al enemigo; pero ¿cómo prever la acción imprudente del vil cretino, que en su obcecación arrastra consigo al rival a la aniquilación?»

Pese al apremio de Su Eminencia, Fernando todavía demoró la respuesta durante unos segundos, que a sus consejeros les resultaron eternos. Cuando por fin se dirigió a ellos, su

semblante no reveló la menor emoción, como si una máscara toscamente bosquejada lo disfrazara.

—Iré al encuentro de mi yerno —anunció—. Enviaré al señor de Veyré con un mensaje para él, y solo para él: mi hija no ha de estorbar la concordia entre nosotros.

¿Qué pretendía el monarca desdeñándola de este modo, cuando todo indicaba que podía confiar en su favor? ¿Y por qué se avenía ahora a las intenciones del archiduque? Quizá el borgoñón considerara tan poderosos a quienes lo rodeaban que ya no necesitaba a su esposa, pero ¿acaso él, como regente, podía prescindir de Juana?

Pese al estupor que les provocó la postura de Fernando, el duque de Alba y el marqués de Moya la acataron. El arzobispo de Toledo, por su parte, permaneció impasible. Él conocía mejor que nadie la estrategia del aragonés y no le causó el menor asombro: ya había comprendido que Fernando pretendía mandar en Castilla como si sus reyes siguieran en Flandes, y Felipe quería gobernar sin su suegro y sin su esposa. Difícil entendimiento podía haber entre uno y otro, salvo en la conveniencia de apartar a Juana del poder. Cisneros, como el rey de Aragón, había asumido que ganar la partida a la que se enfrentaban requería audacia y escasez de escrúpulos. O de corazón, tanto monta.

Llegó la jornada en que el rey de Aragón debía emprender viaje para ir al encuentro de su yerno. Al amanecer, los cuerpos de Germana y Fernando se unieron de nuevo en pos del ansiado heredero, como si tan preciado motivo alentara la pasión entre ambos. La reina apoyó la cabeza sobre el pecho sudoroso de su marido y se ovilló junto a él.

—Quisiera partir con vos —musitó, conmovida.

Fernando sonrió y le acarició el cabello.

—Aquí estaréis mejor. Y en compañía más grata.

—No diréis eso en serio —replicó la esposa, enamorada.

—Por desgracia, sí.

El rey suspiró con un deje de amargura. Acto seguido, abrazó con mayor fuerza a Germana, con el ánimo de confortarla.

—No temáis. Volveré. —Fernando la besó con ternura y su voz se tornó un susurro—: Tenéis que concebir un heredero para mí.

—Quizá lo haya hecho ya...

Fernando sonrió y la apartó ligeramente para poder mirarla a los ojos.

—Podrán echarme de Castilla —advirtió, decidido—, pero Aragón quedará en mis manos... Y en las de nuestros hijos.

El monarca aragonés partió rumbo al noroeste acompañado por el duque de Alba. Viajó con ellos un séquito exiguo y apenas unos cuantos hombres armados como escolta. El cortejo lo formaban menos de doscientas personas en total. En su cabalgada cruzaron los campos de Castilla la Vieja sin contratiempos, pues rodearon las ciudades gobernadas por sus adversarios con el fin de eludir posibles enfrentamientos.

Sin embargo, nadie salía al encuentro del regente en las villas que atravesó la comitiva. Las puertas y las ventanas de las casas permanecían cerradas al paso de los portaestandartes reales, como si nadie las habitara. Todo parecía desierto, hasta el punto de inquietar a los viajeros.

—¿Peste? —aventuró el duque con notoria preocupación.

Fernando torció el gesto, sin dejar de mirar alrededor.

—¿Acaso nos precede, de aldea en aldea?

En una de las poblaciones, solo unos perros les salieron al paso, ladrando enfurecidos como si el mismo Satanás los hubiera azuzado contra ellos. Los jinetes sujetaron con fuerza las riendas de sus monturas, temerosos de que los caballos, aterrorizados, terminaran lanzándolos por los aires.

—En reinos enemigos he sido mejor acogido —masculló el aragonés.

Los aposentadores del rey organizaron su estancia en Villafranca de Valcárcel y la comitiva se hospedó en la fortaleza de los marqueses, donde el duque de Alba conoció las verdaderas razones de aquella desolación.

—No os extrañe sentirnos en tierra hostil, pues lo es —relató a Su Majestad—. El marqués de Astorga y el conde-duque de Benavente han pregonado órdenes tajantes: nadie ha de abrir sus puertas a los partidarios del rey de Aragón, ni suministrarles alimentos.

Fernando tomó a Fadrique Álvarez de Toledo por los hombros.

—Mi buen duque, gozáis de un insólito privilegio —comentó con ironía—, pues entre los grandes, solo vos permanecéis a mi lado.

Después el rey dio la espalda a sus consejeros, con aire meditabundo. Súbitamente, descargó un rabioso puñetazo sobre la mesa.

—¡Malditos sean mil veces! ¡El borgoñón y todos ellos! ¡Traidores! ¡¡Traidores!!

La ofensa había sobrepasado el aguante del soberano. El duque de Alba lo lamentó en silencio. Cisneros, sin embargo, se alarmó al contemplar el rostro del rey desencajado por la ira. Poco tardó en comprobar que su inquietud no carecía de motivos.

—¡Arrebatémosle a Juana! —bramó Fernando, furibundo—. ¡Antes fue hija mía que esposa de ese felón!

Fadrique se adelantó para sosegar a Su Majestad, pero Cisneros le impidió intervenir. Él se encargaría de que las aguas volvieran a su cauce.

—Aunque el secuestro se resolviera a nuestro favor —empezó el arzobispo—, ¿os arriesgaríais a iniciar una guerra, desguarnecido frente a señores tan poderosos y en sus propias tierras? No

seríais vos si dierais comienzo a semejante empresa.

El rey se vio reflejado en el argumento de Cisneros y contuvo su cólera. No, no era propicia la hora para desvaríos. Aun así, preso de la rabia, Fernando no dio su brazo a torcer.

—¿Y qué he de hacer? —le espetó con gesto agrio—. ¿Rendirme?

—Los vientos os son desfavorables. Acomodaos a ellos y conservad las naves —sugirió el duque—. Cambiarán.

—Mas no perdáis el rumbo que os habéis trazado —apostilló Su Eminencia con cierta complicidad—. «Es mejor cojear por el camino que avanzar a grandes pasos fuera de él. Pues quien cojea en el camino, aunque avance poco, se acerca a la meta, mientras que quien va fuera de él, cuanto más corre, más se aleja.»

Ni la connivencia del franciscano ni la cita de san Agustín lograron apaciguar al aragonés.

—Dejaos de homilías y al grano —replicó con sequedad.

—Las Cortes jurarán a los reyes —recapituló Cisneros sin perder la flema—. ¿Y después? ¿Cuánto tardará don Felipe en abandonar Castilla?

Fernando meditó unos instantes y recobró el sosiego. Luego, dirigiéndose al duque, ordenó:

—Salid. Deseo hablar con Su Eminencia.

Álvarez de Toledo obedeció al momento. Una vez a solas con Cisneros, el regente le expuso su decisión:

—Voy a asignaros una misión. —Y al poco rectificó, mirándolo a los ojos—: Más que eso: voy a poner mi porvenir en vuestras manos.

—Pesada carga para unos hombros fatigados —murmuró el clérigo.

—Vuestra modestia no os impedirá acarrearla con agrado, ambos lo sabemos.

El arzobispo de Toledo toleró la pulla, pues la sabía cierta, y pasó por alto la impertinencia del tono empleado por el monarca.

—Vos iréis por delante y os reuniréis con Felipe —prosiguió Fernando—. Cercioraos de las intenciones de mi yerno.

—Podéis descartar que sean amigables.

Fernando asintió, pesaroso, y el desengaño se apoderó de su mirada.

—Si entendéis que en nada va a ceder, que nada mejor puede hacerse, salvaguardad mi dignidad. —La voz del rey, pese a la determinación que traslucían sus palabras, apenas quebró el silencio de la estancia—. Procuradme una compensación que lo debilite y me haga más fuerte.

Su Eminencia aceptó el mandato sin pestañear. El regente alzó el mentón con orgullo.

—No hemos de dar nada por perdido —afirmó, antes de volver a sus cavilaciones.

Mientras tanto, Felipe demoraba la partida de La Coruña, obsesionado con reunir en torno a su

persona a la mayor cantidad de nobles castellanos antes de encontrarse con su suegro. Con idéntico afán, cuando por fin emprendió viaje no siguió la ruta más lógica —aquella que coincidía con el Camino de Santiago—, sino que atravesó las montañas por caminos casi intransitables en dirección a Puebla de Sanabria, pasando por Ribadavia y Orense, adonde entraron por la Ponte Vella. Tan ardua fue la travesía que en ella se perdieron enseres y vidas. Poco parecía importar, con tal de mantenerse a distancia del aragonés. Mayor prudencia demostraron los jóvenes monarcas de Castilla en otros órdenes: algo habían aprendido durante su estancia en La Coruña, pues los orensanos sí vieron confirmados sus privilegios por la reina y nadie se sintió ofendido.

A Orense llegó también Francisco Jiménez de Cisneros, a través de El Bierzo, Valdeorras y Trives. El Hermoso recibió al arzobispo de Toledo al caer la tarde y lo hizo flanqueado por el nutrido grupo de nobles que habían tomado partido por él. Su Eminencia, a quien todos consideraban un enviado del regente, se vio solo delante del señor de Belmonte, el duque de Nájera, el marqués de Villena, el conde-duque de Benavente, el condestable de Castilla y el embajador de Flandes, entre otros. Pero más que su soledad, le pesó la de Fernando, pues Cisneros constató la magnitud de las fuerzas con que contaba su enemigo borgoñón.

Dos horas duró la reunión entre Felipe y el arzobispo, durante la cual el Habsburgo evidenció que lo suscrito en Salamanca ya no era de su interés: no solo rechazaba compartir el poder con Fernando, sino que además lo quería fuera de Castilla.

—Pensad un momento en mi suegro. Un viejo en tierra hostil. Endeble, aislado... A pesar de todo ello, no renuncia a la gobernanza. ¿Por qué habría de hacerlo yo?

Felipe se pavoneó a placer ante los suyos, prestos a jalearlo frente al silencioso franciscano.

—Soy joven, el derecho me asiste, dispongo de hombres armados y, como veis, cuento con el respaldo de la nobleza castellana.

El duque de Nájera corroboró orgullosamente el hecho sonriendo al arzobispo. Cisneros eludió la confrontación, pendiente como se hallaba del archiduque mientras este alardeaba de su notoria ventaja.

—También reconocieron las Cortes los derechos de don Fernando —recordó el eclesiástico.

—¡Que los reclame! —voceó Felipe hacia sus partidarios.

La facción más servil de los presentes le rio la gracia. Cisneros, sin embargo, permaneció imperturbable. Se limitó a alzar la voz y hablar con firmeza:

—Yo puedo lograr que ceda, por el bien de Castilla.

La declaración del arzobispo resonó en la sala y con ella cesaron las chanzas. Felipe, que tan crecido se estaba mostrando, no ocultó el interés por las palabras de Su Eminencia y lo invitó a continuar.

—Una corona partida abre la puerta al desgobierno —sentenció Cisneros—. Ninguno de los aquí presentes deseamos tamaño desastre para estos reinos.

Los murmullos que proliferaron entre los nobles evidenciaron que el diagnóstico del franciscano era acertado. Nada teme más un señor que el caos se adueñe de sus tierras. Cisneros, sin perder un ápice de seriedad, concluyó su razonamiento:

—Pero quien piense que el rey de Aragón dará un paso atrás a cambio de nada, o no lo conoce, o razona como el más pueril de los novicios.

Felipe prefirió no darse por aludido. Se limitó a intercambiar una mirada de entendimiento con Philibert de Veyré y don Juan Manuel. Tras unos instantes de reflexión, se dirigió con aire decidido al arzobispo:

—Negociemos, pues. Veamos si sois capaz de doblegar la terquedad del aragonés. —Cisneros no se opuso al reto planteado por el Habsburgo—. Quizá nos divierta, ¿quién sabe? Viajaréis conmigo, tiempo habrá para hablar.

Antes de abandonar Orense, Su Eminencia se las ingenió para enviar un correo urgente al rey Fernando. En la misiva le recomendaba que buscara refugio en Toledo, o en Alcalá, o en cualquier otra plaza dependiente de su arzobispado. Cisneros consideraba muy desfavorable la posición del regente y quería ganar tiempo para negociar en mejores condiciones, con el monarca a buen recaudo, pues temía que sus rivales emplearan la fuerza contra él si no triunfaban pronto sus tesis.

La alarma del franciscano confirmó la extrema situación de debilidad en que se hallaba Fernando en Castilla, pero este desoyó el consejo e insistió en entrevistarse con su yerno. Estaba decidido a perseguirlo hasta las mismas puertas del infierno con tal de reunirse con él. De la negativa a su propuesta, Cisneros dedujo, con acierto, que el rey de Aragón ya solo se fiaba de sí mismo.

Tras muchas idas y venidas de correos y enviados, Felipe y Fernando acordaron encontrarse en Remesal el 20 de junio. El rey de Aragón llegó a la explanada de la ermita con su séquito de doscientos hombres, entre caballeros y oficiales de su casa. Frente a él halló una fuerza de tres mil hombres armados, a pie y a caballo. A los lansquenets alemanes provenientes de Flandes se habían sumado los esbirros de la nobleza reunida en La Coruña, conformando un completo ejército de arqueros, infantes y jinetes dispuesto para la batalla.

Semejante panorama inquietó al duque de Alba. Este leyó en la mirada de Fernando que el temor a una emboscada también acechaba al rey de Aragón. ¿Se había equivocado rehusando el amparo del arzobispo de Toledo?

De entre el bosque de arcos, picas y cuchillas apareció, por fin, Felipe de Habsburgo, armado de pies a cabeza y arropado por tantos duques, condes, marqueses y caballeros que parecía que todos los nobles de Castilla se hubieran congregado en aquel llano. Fernando distinguió a don Juan Manuel y al arzobispo Cisneros flanqueando a su yerno. Entonces espoleó ligeramente a su montura y se adelantó hacia él en solitario.

—Mi querido hijo. —El monarca le dedicó una sonrisa abierta, como si nada ocurriera entre ellos—. Me alegra veros en tan buena compañía.

El Hermoso respondió a la ironía del aragonés con un mero saludo protocolario. Fernando, sin perder la socarronería, se dirigió a los nobles del bando rival, empezando por el conde-duque de Benavente, quien le había negado su hospitalidad e incluso el alimento en sus tierras.

—¡Señor conde! ¡Cómo os habéis puesto de gordo! —exclamó el regente, aludiendo a lo abultado de su vestimenta.

Don Alonso se molestó, aunque eludió la réplica. El duque de Alba se acercó hasta el rey de Aragón, en previsión de una escaramuza, pero Fernando no se arredró y habló con pareja ironía a su otro yerno, el duque de Frías:

—¿También vos, condestable?

Con gesto altanero, Bernardino Fernández de Velasco y Mendoza le mostró la cota de malla que portaba bajo sus ropajes civiles.

—Todos sufrimos del mismo mal, ¿acaso os extraña, señor mío?



Aquellos felones parecían competir por desairar al regente y don Fadrique no aguantó más.

—No pensé que tuvierais honra hasta ahora, que os veo perderla —le espetó el de Alba al de Frías, erguido en su montura.

Con un ademán enérgico, Fernando hizo callar de inmediato a su leal consejero.

—¿Todos mis yernos han de unirse contra mí?—se limitó a ironizar con amargura; acto seguido, el aragonés se volvió de nuevo hacia Felipe y le habló con mayor firmeza—: ¿Dónde está la reina?

Antes de que el Habsburgo respondiera, Cisneros salió al quite:

—Majestad, tratad ahora con don Felipe. Ya habrá ocasión de ver a vuestra hija.

Fernando accedió, sin desviar la mirada de su yerno. Solo ellos dos entraron en la ermita, secundados por Cisneros y don Juan Manuel. En el interior se había dispuesto una mesa con un recado doble de escribir. Junto a él depositó el señor de Belmonte los legajos que extrajo de un cartapacio. La tensión entre el rey de Aragón y el archiduque hubiera requerido un espacio mayor, pues era de tal envergadura que empujaba el recinto. Felipe hizo una seña de apremio hacia Cisneros y este inició las conversaciones interpelando a Su Majestad:

—Recibisteis, sin duda, la propuesta que negocié con Su Alteza.

—En verdad muy generosa —respondió Fernando, mirando a su yerno—, de no ser por las contrapartidas.

—Lo tenéis todo perdido, señor mío —replicó el archiduque con inusitada insolencia—. Dad gracias a Su Eminencia y aceptad.

Dicho lo cual, Felipe acució de nuevo a Cisneros para que prosiguiera. El arzobispo tomó un legajo y acto seguido se lo tendió a Fernando. Este lo ojeó exagerando su desinterés.

—Conservaréis los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara —resumió el eclesiástico.

La mueca de Fernando dio a entender que lo consideraba una prebenda irrenunciable, lo mínimo a lo que podía aspirar.

—Además de una renta de diez millones de maravedíes anuales —añadió Cisneros—, más la mitad de los ingresos procedentes de las Indias.

—¡Poco es, para lo que se me exige! —protestó airadamente el rey, cuya intención sin duda era la de importunar a sus interlocutores.

Cisneros fingió un hartazgo que en realidad no era tal, pues su connivencia con Fernando no se había alterado.

—Discutidlo a solas. —El arzobispo indicó al señor de Belmonte que lo acompañara al exterior, no sin antes reconvenir al aragonés tan severamente como su autoridad y su complicidad le permitían—: Os he conseguido un buen trato. Os lo advierto: no lo haré más.

Fernando asumió la invectiva fingiéndose, a su vez, conmovido por la posibilidad de verse privado del favor de Cisneros, su colaborador más poderoso y uno de los últimos que le restaban.

—Su Eminencia ha sido un hueso duro de roer —reconoció Felipe en cuanto el valido y el franciscano los dejaron solos—. Nadie hubiera obtenido de mí semejante acuerdo. No seáis terco y seguid su consejo.

—¿He de abandonar Castilla como un apestado? —inquirió el Católico, resistiéndose a ceder.

—No. Solo pido que regreséis a vuestros reinos, una vez hayáis sancionado este documento que declara a Juana incapaz de gobernar.

Con palmaria condescendencia, Felipe le acercó otro legajo. Fernando lo tomó en sus manos a disgusto. Empezó a leerlo para sí, pero un párrafo captó singularmente su atención y lo enunció en voz alta:

—«Pues en ninguna manera se quiere ocupar ni entender en ningún género de regimiento, ni gobernación, ni otra cosa, y aunque lo quisiese hacer sería total destrucción y perdimiento de estos reinos, según sus enfermedades y pasiones, que aquí no se expresan por honestidad.» —El enojo de Fernando se incrementó a medida que leía. Al concluir, alzó la mirada hacia su yerno—. ¿Tan fuerte os sentís que pretendéis libraros de mí y de la reina en la misma jugada?

—Ahorradme el escándalo, señor mío, que ya la señalasteis como loca en Toro —bufó Felipe, harto de los repentinos remilgos de su suegro—. ¡Ahora, al menos, os sale a cuenta!

Fernando se mostró muy ofendido por la insinuación de su yerno. Aún tuvo el temple de seguir resistiéndose a firmar los documentos hasta que, por fin, con aire pesaroso, tomó el cálamo y rubricó el primer legajo.

—Renunciaré al gobierno de Castilla por no perder el favor de Su Eminencia, que tan notables servicios me ha prestado. Pero no sancionaré la incapacidad de la reina legítima de Castilla sin antes haberla visto. —Y sin darle tiempo a reaccionar, el rey de Aragón devolvió a su yerno el segundo legajo intacto—. Conformaos con alejarme de vos.

Desafiado de este modo por Fernando, el borgoñón hubo de esforzarse por contener su mal talante. Con tres mil hombres de armas al otro lado de la puerta de la ermita, solo un ramalazo de sentido común lo indujo a aceptar una victoria parcial, en vez de emplear la fuerza para regresar a palacio con sus ambiciones cumplidas. El Habsburgo recogió los legajos y dio por terminado el encuentro.

—El arzobispo vendrá conmigo a Valladolid —anunció secamente—. Lo necesito en las Cortes. Vos partiréis de inmediato hacia Aragón.

—¿Sin ver a Juana?

El flamenco ni siquiera contestó, cansado de la testarudez del suegro e impaciente por perderlo de vista. Fernando había asumido de antemano que no le dejaría entrevistarse con su hija. Por ese motivo había propuesto negociar solo con él. Pero negándole el encuentro, el yerno le proporcionaba una excusa inmejorable para negarse a sancionar la condición mental de Juana. En consecuencia, la heredera conservaba intactos sus derechos, como convenía al padre. «Pronto

llegará la hora de saldar cuentas, majadero.» Felipe salió de la ermita tan enojado como si no se hubiera deshecho de él, pues no era hombre que se conformara con ganar a medias. De haber dedicado una última mirada al rey de Aragón, el odio con que este lo vio partir lo habría estremecido hasta el punto, quizá, de reclamar a voces el auxilio de la tropa.

Felipe se dirigió con sus partidarios a Benavente, donde el conde-duque los acogió orgullosamente en su fastuoso alcázar. Aposentada en la espléndida residencia de los Pimentel lo aguardaba Juana, que ya había cumplido el tercer mes de embarazo. Su estado tampoco impidió en esta ocasión que la reina descargara toda su furia contra el Hermoso.

—¡Me habéis ocultado el encuentro con mi padre porque nunca habría permitido que lo ultrajarais!

Juana había montado en cólera al tener noticia de la entrevista entre Fernando y Felipe. Nada más regresar su esposo, delante de Cisneros y del resto de los caballeros de la corte, la reina no dudó en acusarlo de haberla mantenido aposta en la ignorancia. En modo alguno sospechaba que, en eso, los pareceres del padre y del esposo sí habían coincidido, aunque por razones distintas.

—Gracias a mi generosidad, no marcha de aquí humillado, ¡sino mucho más rico! —replicó Felipe.

El argumento todavía encrespó más a la reina.

—¡Mi padre no es como estos infames, que venderían su alma por media bolsa de oro! —La alusión puso a prueba la paciencia de los nobles allí presentes, a quienes Juana interpeló directamente a voz en cuello—: ¡Soy la reina de Castilla! ¡Vuestra reina! ¡Ordeno que me llevéis ante mi padre, el rey!

Ninguno de sus vasallos movió un músculo para acatar la orden. El señor de Belmonte, el duque de Nájera, el marqués de Villena y su anfitrión, el conde-duque, se limitaron a considerar en silencio a su soberana con descarado menosprecio. Solo Cisneros permaneció con la mirada baja, tan abochornado por aquel espectáculo indecoroso como por su complicidad en lo que lo había causado.

Desesperada por la insolencia de quienes le debían lealtad y obediencia, Juana abandonó la estancia sin dejar de proferir gritos e imprecaciones.

—¡¡Malditos seáis todos!!

Nadie, tampoco su esposo, hizo el menor amago para detenerla. Felipe la vio marchar con una expresión de inmenso hastío en el semblante. Cisneros reparó en ella y pensó que el flamenco miraría con menor desdén a un perro cuyos gañidos le resultarían insoportables.

Ignorada por todos, Juana descendió a las caballerizas y ordenó que prepararan su montura. «¡Malditos seáis! ¡Traidores! ¡¡Traidores!!», murmuró sin cesar, ofuscada por la ira, mientras aguardaba. En cuanto la bestia estuvo dispuesta, la reina abandonó el castillo al galope, sin avisar a nadie y sin escolta alguna. Los guardias dieron la voz de alarma y algunos lansquenets salieron tras sus pasos.

Juana cabalgó erráticamente por los alrededores de Benavente. Su galopada carecía de rumbo, pues la reina, en su frenesí, ni sabía ni tenía adónde ir. Pensó que pronto caería la noche y decidió detenerse junto a una casa paupérrima, aislada del resto, a un tiro de arco de la fortaleza. Una pobre mujer entrada en años salió apresuradamente de la vivienda, anonadada por la presencia intempestiva de la noble dama, a quien no reconoció.

—¡Dad cobijo a la reina de Castilla!

La noticia no tardó en llegar al salón principal del alcázar. Los cortesanos que habían desobedecido a su soberana, los mismos que la habían ninguneado, se escandalizaron por que hubiera buscado refugio en una morada tan indigna de su rango. Sin dar ocasión a que asimularan el hecho, el marqués de Villena se encaró con Philibert de Veyré:

—La misiva que nos leísteis nos indujo a error. Por desgracia, la realidad es otra.

Conchabado con López Pacheco, el duque de Nájera dio un paso al frente antes de que el embajador pudiera replicar y se dirigió a los presentes.

—Doña Juana está enajenada, señores —sentenció en voz alta—. Su comportamiento no es propio de una reina.

El conde-duque hizo suya la opinión de Manrique de Lara, pues se sentía singularmente humillado por la actitud de Juana, a quien había alojado bajo su techo, prodigándole toda clase de cuidados.

—Debéis poner a vuestra esposa en lugar donde esté servida y acompañada como su estado y persona requieren —aconsejó Alonso Pimentel al borgoñón.

—Esa, y no otra, ha sido mi intención cuando la he mantenido apartada del mundo —adujo Felipe con gesto contrito.

Entonces, el silencio de la noche llevó hasta ellos el eco de los gritos de Juana.

—¡¡Quiero ver a mi padre!! ¡¡Que venga mi padre!! ¡¡Padre!!

Encerrada en la casucha, con la única compañía de su atemorizada anfitriona, la reina no dejaba de gritar a través del ventanuco:

—¡Llepadme ante él! ¡¡Padre!! ¡¡¡Padre!!!

En el exterior, un destacamento cada vez más numeroso de soldados alemanes rodeaba la vivienda, a la espera de recibir las órdenes pertinentes del archiduque. Juana se volvió hacia la

anciana:

—¿Tenéis con qué escribir?

La vieja negó con la cabeza, apesadumbrada.

—¡Pedid a los míos que os lo traigan! —ordenó inmediatamente la reina—. ¡Id!

La pobre mujer obedeció al instante y salió de la casa. Juana, aunque fatigada, retomó su letanía hasta donde le alcanzaba la voz:

—¡¡Llebadme ante mi padre!! ¡¡Quiero verlo!! ¡¡Soy la reina de Castilla!! ¡¡Quiero hablar con él!! ¡¡Padre!! ¡¡Padre!!!

Mientras, en la morada de los Pimentel, la vergüenza y los remordimientos reanimaron la conciencia del duque de Frías. El condestable habló a Felipe con voz firme y serena:

—Señor mío, permitidme un ruego: id en busca de vuestra esposa y haced cuanto sea preciso por calmarla.

Con los alaridos de Juana reverberando en la lejanía, Felipe desvió la mirada y permaneció en silencio, aparentemente compungido por aquella escena bochornosa que tanto favorecía sus propósitos. En su mutismo cedió la iniciativa a don Juan Manuel, quien tomó la palabra frente a los cortesanos para adobar con su apoyo las ambiciones del archiduque:

—¿Ha de reinar en Castilla una enferma, cuando su marido está bien cuerdo y es capaz de gobernar estos reinos?

La pregunta, cuya intención resultaba evidente, puso en tensión al arzobispo de Toledo.

—¿Qué sugerís? —inquirió el condestable.

—Lo que muchos pensamos —afirmó al instante el marqués de Villena—, que solo don Felipe ha de ser jurado rey.

Pedro Manrique de Lara y el conde-duque asintieron, respaldando al valido y a Diego López Pacheco.

—Doña Juana es la reina propietaria. Y, hasta hoy, no está incapacitada —recordó el duque de Frías, súbitamente puntilloso con las formas.

—Las Cortes lo resolverán —afirmó el de Nájera con total frialdad, convencido de su respaldo.

—No será posible sin la aprobación del rey de Aragón.

La intervención de Cisneros sorprendió a todos por su contundencia. Ni lo estipulado en el testamento de Isabel, sancionado en Toro, ni lo pactado en Salamanca permitían los atajos que postulaban el archiduque y la aristocracia castellana ávida de poder. Pero ello no arredró a Felipe.

—¡Emprenderé camino a Valladolid sin mi esposa! —sentenció.

Los escrúpulos del condestable se hicieron patentes de nuevo:

—Alteza, si eso significa que acudiréis a las Cortes sin ella...

Veyré empezó a considerar la posibilidad de que no hubieran colmado las aspiraciones de aquel individuo que tanto se vanagloriaba de su linaje y de su valía. Fue el señor de Belmonte, no obstante, quien pretendió poner en su sitio al duque de Frías con cajas destempladas.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —le espetó—. ¿Tan ciego estáis que no veis qué mal sufre doña Juana?

—Lo he visto, señor mío —replicó el otro sin achantarse—. He visto a una hija que desea encontrarse con su padre pero su marido se lo impide.

—¡Mi suegro solo procura volverla contra mí! —alegó a voces Felipe—. ¿Acaso he de consentirlo?

De nuevo refugiado en el silencio, Cisneros no perdió comba de la actitud del condestable. Que el poderoso bando del borgoñón se resquebrajara constituía una interesante y ansiada novedad.

—¡No refrendaré una medida de tal gravedad sin antes hablar con ella! —anunció tajantemente el duque de Frías.

—¡Hacedlo, pues! ¡Departid con mi esposa cuanto consideréis oportuno! —El desafío del archiduque sorprendió a todos—. ¡Vuestro testimonio avalará la más sensata de las decisiones!

Cisneros, siempre imperturbable, dedujo del rictus de don Juan Manuel que el valido dudaba acerca de la conveniencia de aquel encuentro improvisado. Pero Felipe, habiéndose deshecho del suegro, solo pensaba en librarse de Juana, seguro como estaba de contar con el beneplácito de lo más granado de Castilla. Olvidaba el borgoñón en su afán cuán tornadiza se manifiesta la voluntad de quien no alcanza pronto lo que desea. Si Fernando y el arzobispo actuaban con presteza, todavía podían contrarrestar sus desafueros.

En la casa custodiada por los lansquenetes, los gritos y los lamentos de la reina se prolongaron hasta el amanecer. Ni siquiera la redacción de un mensaje desesperado reclamando el auxilio del rey de Aragón tranquilizó a Juana. «Mi señor, mi bien amado padre, solo en vos confío y os suplico que no partáis de Castilla sin habernos encontrado antes.»

Al alba, con el atuendo descompuesto y los cabellos alborotados, la soberana salió exhausta al umbral de la vivienda. Desde allí llamó al jefe de la guardia imperial y le entregó la misiva.

—Haced llegar esta carta al rey de Aragón. Partid sin demora.

Acto seguido, regaló una sortija a la mujer que se había visto obligada a hospedarla y ordenó que le llevaran su montura. Escoltada por los lansquenetes, la reina regresó al alcázar cabalgando al paso y con la frente bien alta. La misiva, por supuesto, no llegó a las manos de su destinatario, sino a las de don Juan Manuel, quien la hizo pedazos apenas la hubo ojeado.

Horas después, Felipe dio a conocer su decisión a los cortesanos:

—Si alguna duda albergabais sobre la enajenación que padece mi esposa, creo que lo acaecido

esta noche la habrá despejado.

El archiduque, con la gravedad que exigía la ocasión, notificó a los nobles que la corte se trasladaría a Mucientes, donde se ultimarían los preparativos para su entronización en Valladolid. Allí Juana permanecería recluida, a salvo pero apartada de todos, hasta que mejorara de su mal. Sin embargo, Felipe reiteró su permiso al condestable de Castilla para que se entrevistara con la reina, una vez se hubieran instalado.

—Tenéis mi bendición, como os dije, para hablar con ella cuanto consideréis oportuno de lo que buenamente os plazca.

En el ínterin, los partidarios más acérrimos de incapacitar a Juana para reconocer a Felipe como único rey de Castilla no dejaron de incordiar con propuestas y coacciones a los más reacios, o a los que solo se mostraban tibios. Sin embargo, llegado el momento y tal como se había acordado, el condestable y el conde-duque de Benavente se encontraron con Juana en la penumbra de la cámara que ocupaba en el castillo de Mucientes.

La reina los recibió sentada junto a una ventana, vestida de negro y con unos capirotos que le cubrían el rostro. Pese a mostrarse ensimismada en su soledad, la reina parecía en calma, como si los arrebatos recientemente padecidos la hubieran dejado exhausta.

—¿Vos habéis visto a mi padre? —les preguntó con voz queda, pero con evidente interés.

—Así es, alteza —contestó el duque de Frías.

—¿Ha envejecido?

—Con otros el tiempo se ha ensañado más...

—La ausencia de doña Isabel lo cargó de años —apostilló el conde-duque, malintencionado—. Pronto ha puesto remedio, como sabéis.

Alonso Pimentel todavía seguía persuadido de que el origen de la enfermedad de Juana se hallaba en los celos, que también habían atormentado a su madre, y sacó a colación las segundas nupcias del rey de Aragón para provocarla. Pero la soberana eludió la polémica.

—Así haría también mi esposo —murmuró—, pues ambos comparten la misma naturaleza.

Pese a lo que Veyré y don Juan Manuel les habían inculcado, el asunto no parecía empañar los afectos de la reina. Sin embargo, Juana guardó un sombrío silencio, como si al decir aquello barruntara el final de sus días, o así lo intuyó el condestable. ¿Acaso temía por su vida?

—Tenéis una larga existencia por delante —se apresuró a afirmar el duque de Frías con palpable inquietud—. Castilla no ha de verse privada de vos cuando más os necesita.

—¿Qué podría hacer yo por mis reinos? —musitó la soberana—. En los últimos días me lo he preguntado a menudo. Y siempre hallo la misma respuesta...

Juana volvió el rostro hacia la ventana. En jornadas despejadas como aquella, desde lo alto del cerro donde se erguía el palacio de los condes de Rivadavia se divisaban los campos de Castilla hasta donde se perdía la vista. Pero la luminosidad del paisaje en los albores de julio no se vio

reflejada en el semblante de la joven, atrapado sin tregua en una densa melancolía.

—Dios puso a prueba a la reina, mi madre, despojándola de sus herederos, a quienes tanto amó —susurró, evocadora, antes de volverse hacia ellos—. Con qué crueldad despreciaría yo su sacrificio si diera la espalda a mi destino.

Las palabras de Juana desconcertaron al conde-duque de Benavente, que había acudido al encuentro para dar cumplida fe de los extravíos mentales de Juana. Pero ni en lo que decía, ni en la determinación de su mirada, atisbó disparate alguno. Esperanzado por aquel destello de lucidez, el condestable de Castilla quiso confirmar sus buenos presagios:

—Deseáis, por tanto, ser jurada reina ante las Cortes.

—Como lo fue mi madre —aseguró ella—. Y que mi esposo lo sea después.

El condestable de Castilla y el conde-duque de Benavente dieron testimonio del encuentro a un cariacontecido Felipe, en presencia de los miembros de la corte:

—Hablamos durante horas, señor mío, y nunca respondió cosa que fuera desconcertada.

Pese a la rotundidad con que se expresó el duque de Frías, el Habsburgo miró a Alonso Pimentel, en pos de un relato que contradijera la versión del condestable. Pero el conde-duque se limitó a bajar la mirada, incapaz de sostener una mentira.

—Así pues, alteza, oíd bien mi advertencia —concluyó, creciéndose, el de Frías—: ¡no solo sería un error no llevar a doña Juana a Valladolid, sino que apartarla de vos un dedo todavía lo sería mayor!

Algunos nobles, los menos, cabecearon en señal de aprobación, para disgusto de los adalides del bando borgoñón. Como la división entre ellos se hacía cada vez más visible, el arzobispo de Toledo creyó oportuno intervenir:

—Teneos, condestable, nada se hará al margen de la justicia.

Cisneros se valió de su autoridad para imponer la calma y, de paso, el argumento. La ley de Castilla debía prevalecer, por más que contraviniera la premura del Habsburgo. Felipe, a su vez, aprovechó los murmullos para dirigirse confidencialmente a su valido.

—He de ver a mi suegro —masculló, contrariado—. ¡Cuanto antes!

La súbita urgencia del archiduque no carecía de motivos. Entre los nobles que lo respaldaban —unos por convicción, los más por interés y algunos por inercia— empezaba a surgir algo más que fricciones, como Cisneros había pronosticado. No faltaban quienes veían con malos ojos que Juana permaneciera apartada de todo y de todos por orden de su esposo, pues interpretaban que ocultándola a ella desvelaba sus verdaderas intenciones. Poco a poco, la sospecha adquiría mayor



enjundia y cada vez eran más los que reclamaban la presencia de la reina de Castilla para juzgar su estado mental por sí mismos.

La controversia se extendió hasta tal punto que en la corte corrió un rumor alarmante, sin que nadie lo desmintiera con la firmeza que requería su inopinado cariz. El bulo relataba un supuesto encuentro entre el señor de Belmonte de Campos y Pedro López de Padilla, uno de los que más se oponían al trato que el Habsburgo dispensaba a su esposa. Según se decía, López de Padilla —regidor y procurador por Toledo— habría sido escarmentado sin miramientos para cercenar la disidencia con su ejemplo. De ser cierto el relato, los descontentos debían tomar buena nota, pues don Juan Manuel habría subido a Pedro López de Padilla a lo alto de la torre de la iglesia de Mucientes, donde lo habría obligado a elegir entre la obtención de no pocas prebendas si dejaba de importunar al rey de Castilla, o una caída letal si perseveraba en la discordia.

Contuviera o no algo de verdad el bulo, lo cierto es que Felipe y Fernando se reunieron de nuevo el 5 de julio en la sacristía de la iglesia parroquial de Renedo de Esgueva. Durante la entrevista, que duró más de hora y media, el rey de Aragón mantuvo una actitud muy diferente a la del encuentro en Remesal. Fernando procuró aconsejar a su yerno sobre la gobernanza de los reinos que él estaba a punto de abandonar, «como todo buen padre debe hacer con su hijo».

Sin embargo, el borgoñón no había acudido hasta allí para escuchar consejos, sino para que el aragonés firmara, de una vez por todas, el documento que inhabilitaba a Juana como soberana de Castilla. Nada más verlo, el Hermoso le plantó el legajo ante los ojos. Y Fernando, por más que el otro se empeñara, reiteró su negativa sin pestañear:

—Os lo repito: no sancionaré la incapacidad de mi hija sin hablar con ella.

—Repetidlo cuanto os parezca, ¡no la veréis!

El rey de Aragón sonrió, con la flema intacta.

—Sois flamenco, pero tenéis la mollera más dura que una piedra del Cáucaso.

—Os recuerdo que estáis solo, ¡y que habéis obtenido más de lo que nunca pudisteis prever!

Felipe no dudó en intimidar a su suegro, pero la parsimonia con que el veterano monarca asimiló el intento aún lo exasperó más.

—Mi querido hijo, si vuestros partidarios os apoyaran como un solo hombre, habríais dejado que siguiera mi camino hacia mis reinos sin requerir este encuentro.

El mutismo de Felipe confirmó la hipótesis de Fernando. Este alargó tranquilamente el brazo para devolverle el legajo sin firmar. Acto seguido, tomó en sus manos el documento sellado en Remesal, lo aproximó a la luz de las velas y empezó a leerlo en voz alta:

—«Dejo a mis hijos la gobernación de estos reinos en vida de la reina, mas si ella incurriese en grave enfermedad, o porque no quisiese o no pudiese entender y ocuparse de la gobernación, me place dejar y dejo la gobernación de estos reinos al señor don Felipe.» —Dicho esto, el aragonés alzó la mirada hacia su yerno, fingiendo incredulidad—. ¿Acaso no os basta?

Aunque el acuerdo favorecía que Felipe se desentendiera de Juana para tomar el mando en los dominios de su esposa, la negativa de Fernando desbarataba el ansia del Hermoso por convertirse en rey de Castilla, León y Granada en solitario. Perfectamente consciente de ello, el suegro dejó entrever una mueca condescendiente.

—Cuando la ambición supera nuestro talento, se impone la prudencia. —Pese a regocijarse con el enojo que causaba al Habsburgo, el rey de Aragón supo refrenar su socarronería—. Conformaos con lo pactado. Yo lo hago, pues en poco contraviene el testamento de mi esposa, que en gloria esté.

No contento con arruinar los planes de su yerno, el Católico aún le brindó una última soflama cargada de retranca:

—Ya que habéis hecho circular entre los castellanos el origen de la indisposición de vuestra esposa, permitidme un consejo: soportad sus celos como yo sobrellevé los de la mía, que bien se ve que son madre e hija.

—En nada se parecen —replicó el Habsburgo.

—Hacedlo —insistió Fernando con malicia—, hacedlo y Juana volverá a su ser, igual que su madre, ¡y será una gran reina!

Con un ademán falsamente cordial, el rey de Aragón señaló la salida, dando por concluida la entrevista. Fernando no solo había enfrentado la tesis de los celos contra su creador, sino que remitía a Felipe al peor escenario para sus anhelos: la realidad insoslayable de que Juana sería entronizada.

En el exterior de la iglesia los aguardaban el arzobispo de Toledo y el señor de Belmonte de Campos. Cuando el Habsburgo apareció en el umbral, un cometa cruzó fugazmente el cielo, en dirección noroeste, como si hubiera partido de Tudela de Duero y se encaminara a Mucientes. Todos repararon en él, pero solo Fernando se santiguó.

—Mal presagio —murmuró, mirando a su yerno.

Felipe hizo oídos sordos y se rezagó para hablar de manera confidencial con don Juan Manuel, mientras el rey de Aragón y Cisneros seguían su camino.

—¡No me he de conformar! —masculló el flamenco entre dientes—. ¡Mis leales firmarán lo que este granuja rehúsa!

La obcecación de su señor alertó al de Belmonte.

—Alteza, os lo ruego, no insistáis por esa vía. —La inquietud del valido captó el interés de Felipe, por airado que se mostrara. Don Juan Manuel bajó más el tono de voz—. Con imposiciones corréis el riesgo de enfrentar a quienes os dan apoyo. No os lo podéis permitir. Ahora menos que nunca, con las Cortes en ciernes...

Viendo que el flamenco aún se mostraba reticente a aceptar su consejo, el señor de Belmonte insistió.

—Dicen que en cada legua hay un pedazo de mal camino —susurró, más persuasivo que nunca—. Sed paciente y confiad; en Valladolid lograréis aquello por lo que tanto habéis porfiado.

A lo lejos, Cisneros y Fernando se volvieron hacia ellos. La sonrisa desdeñosa que le brindó el rey de Aragón puso de nuevo a prueba el temple del archiduque. Solo saber que Fernando partiría de inmediato hacia sus reinos apaciguó al Habsburgo.

Felipe acertó siguiendo el consejo de don Juan Manuel. Su intención de coronarse rey de Castilla sin su esposa, cada vez más evidente a ojos de todos, había sido muy mal recibida. El conde-duque de Benavente, el marqués de Villena, los duques del Infantado, de Béjar y de Alburquerque, entre otros, todavía respaldaban la osadía del borgoñón. Pero la iniciativa avivó el rechazo del veleidoso condestable y del almirante Fadrique Enríquez de Velasco, quienes no quisieron arriesgarse a figurar como traidores a la Corona.

Por otra parte, si las Cortes juraban lealtad a Juana como reina de Castilla, Felipe y don Juan Manuel sabían que los mismos nobles que accedían a otorgar el mando al Habsburgo podían arrebatárselo y devolverlo a la legítima soberana, si así les convenía en el futuro. De modo que el Hermoso debía contemporizar y sumar apoyos, en lugar de perderlos, asumiendo de una vez que en aquellas tierras la reina era su esposa. Así seguiría mientras no se incapacitara a Juana, o ella, junto a las Cortes, tomara otra decisión.

A las disensiones entre los castellanos de su bando, Felipe hubo de sumar los estragos provocados por la conducta de quienes lo habían acompañado desde Flandes. Como ya sucediera durante su primera estancia en la Península, los locales no tardaron en padecer sus excesos. «Son gentes dadas a beber y a comer en demasía», según se comentaba, así como a causar altercados y desórdenes con escandalosa impunidad. Se conducían aquellos extranjeros como si ser compatriotas del nuevo rey los eximiera del respeto a las leyes de Castilla.

Quienes hasta hace bien poco habían sido vasallos de los Reyes Católicos protestaron airadamente, pero sus reclamaciones no fueron atendidas como esperaban. En las ciudades y en las aldeas no tardarían en añorar al Trastámara aragonés, repitiendo un lamento —«Rey don Fernando, ¿qué es de tu justicia?»— que el soberano ya no podía oír.

En efecto, una vez concluido el encuentro con su yerno en Renedo de Esgueva, el Católico partió hacia Tudela de Duero y de ahí continuó hacia Aragón. Antes se apresuró a declarar ante notario, y con los mismos testigos de la vez anterior, que se había visto obligado a llegar a un acuerdo con Felipe. En consecuencia, se reservaba el derecho de incumplirlo por ser fruto de la coacción.

Mucho había insistido Fernando en ver a su hija, a sabiendas de que su yerno rehusaría. El

pacto entre ambos garantizaba que Juana sería tratada como su rango y su dignidad exigían, fuera cual fuese su estado mental. Pero tanto el padre como el esposo conocían el anhelo de la reina por reunirse con el rey de Aragón, a quien no había visto desde hacía más de dos años.

Volviendo grupas hacia el este, Fernando no solo desoía el deseo de su hija, sino que la abandonaba. Bien es cierto que encargó a Cisneros que velara por ella y por sus derechos en su nombre. A cambio, antes de salir de la Península, solicitó el capelo cardenalicio para el franciscano. Pero ¿cómo podría ignorar el sagaz monarca aragonés que Felipe aprovecharía la ventaja que su ausencia le proporcionaba? Quien apostara por la ingenuidad de uno y de otro no conocía ni al suegro ni al yerno. De hecho, don Juan Manuel había persuadido a este último para guardarse aquella valiosa baza hasta las Cortes, donde la reina debía comprender que se hallaba sola y en sus manos.

El 10 de julio, seguidos por un modesto séquito de cuatrocientas treinta y tres personas, Felipe y Juana entraron bajo un palio de brocado en Valladolid. No hubo demasiados fastos, pues la ciudad había aguardado durante dos meses a que se produjera tal evento. Tampoco las tirantezas entre Sus Altezas invitaban a grandes celebraciones, hasta el punto de que los juegos previstos para darles la bienvenida fueron desatendidos.

Felipe había preparado aquel momento desde que en La Coruña reuniera en torno a sí a lo más distinguido de la nobleza castellana y a todos los que se habían ido sumando a su partido. No llegaba a Valladolid para mostrarse como un soberano amante de festines y espectáculos, sino para exhibir su poderío, como resaltaba el hecho de presentarse rodeado de hombres fuertemente armados.

La tensión que soportaba el matrimonio y sus diferencias políticas quedaron patentes desde su entrada en la ciudad, antes incluso de que Juana confirmara los privilegios de la villa. La reina apareció en Valladolid con el rostro cubierto y vistiendo de terciopelo negro, el mismo tejido que guarnecía su hacanea blanca. Cabalgaba erguida, con cierta solemnidad hierática que en ningún momento se vio perturbada, pues ni siquiera saludó a los vallisoletanos que habían salido a su encuentro. Sin embargo, sí se dirigió al condestable de Castilla, señalando el guion de Felipe que abría la comitiva junto al suyo.

—Que rasguen ese —ordenó al duque de Frías, refiriéndose al estandarte de su esposo—. Solo yo soy la heredera.

Por mandato del condestable, un soldado tomó el guion de la Orden de la Banda y lo destrozó de varios tajos. Únicamente el que mostraba las armas de los reinos de Castilla, León, Granada, Aragón y Sicilia debía acompañar el paso de la reina.

Aquel despalante en absoluto inocente sulfuró a Felipe, pues se trataba del guion personal de los

monarcas castellanos, un estandarte castrense que indicaba a los soldados que el soberano se hallaba presente. El borgoñón lo había adoptado para que todos supieran quién iba a suceder a Isabel. Sin embargo, Juana ya se lo había anticipado en Flandes: «Podéis organizar cuantas farsas queráis, pero en Castilla la reina soy yo». Antes de que sus vasallos le juraran lealtad, la hija de Isabel la Católica quiso evidenciar delante de ellos que al Habsburgo le correspondía el papel de rey consorte. Y una vez más, don Juan Manuel hubo de pedir calma al archiduque:

—Sosegaos, señor. Se avendrá cuando se sepa sola.

Juana se alojó en la casa de Íñigo López de Mendoza y Felipe, en la residencia del marqués de Astorga, Álvaro Pérez Osorio, edificios que se hallaban enfrentados en la corredera de San Pablo. Dos días después de su entrada en Valladolid, Juana compareció ante las Cortes reunidas en el monasterio de San Benito. Antes de intervenir, repasó serenamente con la mirada a quienes debían prestar juramento.

—Nobles señores de Castilla, ¿me reconocéis y aceptáis como heredera legítima de mi madre, la reina Isabel, nuestra señora?

Con pareja solemnidad a la empleada por Juana en su exhortación, los procuradores allí reunidos asintieron. La voz del arzobispo de Toledo se alzó en representación de todos ellos:

—Vos sois quien decís ser: la reina verdadera y legítima sucesora y señora natural de estos reinos y señoríos. Así lo confirman las Cortes.

—Entonces habéis de obedecer mi voluntad.

Felipe de Habsburgo, que ocupaba un lugar destacado en la sala, intercambió una mirada con el señor de Belmonte. Ambos compartían la misma preocupación ante lo que la imprevisible heredera pudiera decir, y no andaban errados.

—Marchad a Toledo —conminó Juana a los procuradores—. Allí habréis de jurarme como reina propietaria.

Los asistentes al acto se miraron entre sí, desconcertados por la excentricidad de la reina. ¿A qué venía ese dislate? En Mucientes ya habían intentado dar curso a la ceremonia sin éxito, ¿ahora debían partir hacia Toledo? Felipe hizo visible su enojo, harto de su esposa e impaciente por ceñirse la corona. Cisneros, valiéndose una vez más de su autoridad, intentó que se impusiera la sensatez:

—Alteza, con el respeto que os debemos, ¿hemos de demorar más el asunto?

La incógnita quedó en suspenso, pues Juana no respondió al arzobispo. ¿Cómo decirle en público que solo pretendía ganar tiempo hasta que su padre apareciera? Así lo intuyó Felipe, quien vio llegado el momento de jugar la carta que resolvería la partida a su favor.

—Mi señora —dijo—, hay algo que deseo preguntaros ante las Cortes, aquí reunidas. —La reina accedió al requerimiento de su marido. Este prosiguió, elevando la voz, para asegurarse de que todos lo oyeran con claridad—: Vuestro padre ha regresado a Aragón. Renuncia, pues, a

administrar y gobernar estos dominios.

La noticia desestabilizó a Juana. Todos pudieron percatarse del impacto emocional que para ella representaba la marcha de Fernando.

—Mi padre... ¿no estará junto a mí?

—No, señora —respondió Felipe, malévolo—, pues prefiere ocuparse de sus propias obligaciones.

Como el Hermoso y don Juan Manuel habían previsto, la sucesora de la reina Isabel se vio de repente sola y desamparada. Juana buscó la mirada de Cisneros y el arzobispo corroboró la veracidad de la nueva con un leve asentimiento. Viendo flaquear a su esposa, Felipe no le dio tregua:

—Y vos, ¿estáis dispuesta a gobernar vuestros reinos? —Sin esperar a que Juana contestara, el Habsburgo lanzó la pregunta que le quemaba los labios—: De ser así, ¿aceptáis que vuestro marido gobierne junto a vos?

Juana lo contempló en silencio durante unos instantes. Todos los presentes aguardaron con enorme expectación su respuesta. Para sorpresa de unos y otros —y del archiduque en particular—, la joven se rehízo.

—En verdad, no me parece honesto ni conveniente que los reinos de Castilla estén gobernados por manos flamencas —afirmó con el temple severo de una reina.

La declaración de Juana cayó como una losa sobre Felipe y sus partidarios. Cisneros, sin embargo, hubo de reprimir una sonrisa maliciosa. A continuación, la heredera volvió a dirigirse a los procuradores con idéntica entereza:

—Sin embargo, no es costumbre que la mujer de un flamenco gobierne.

El contrasentido que la reina esgrimía con insólito aplomo aturdió a los congregados. Cisneros no dejaba de observarla desde su posición; pensó que, según cómo resolviera el dilema que ella misma acababa de plantear, las Cortes la juzgarían capaz o no de regir sus dominios. ¿Pretendía demostrar a los procuradores que razonaba como cualquiera de ellos, pese a la presión a la que se veía sometida?

—Hubiera deseado que mi padre continuase en Castilla hasta que mi hijo Carlos fuese mayor de edad —declaró finalmente la reina, sin disfrazar su decepción—, como dispuso mi madre en su testamento.

—Pero no ha querido, señora mía —replicó raudo el marqués de Villena, poniéndose en pie y con ánimo de atosigarla—. Si vos rehusáis, bien habrá de hacerlo vuestro marido.

El rostro de Juana acusó el atolladero en que había quedado atrapada. Ella, cuyo afán por gobernar Castilla era más que vano, había aceptado tan engorroso destino por lealtad a sus antecesores, pero contando con la tutela de su padre. En él pensaba delegar las tareas que le correspondían por herencia, pues conocía la propensión del rey a mandar y la habilidad con que

ejercía ese mando.

Este, y no otro, era el escenario que Juana había previsto, pues no se fiaba de Felipe ni de su probada avidez por hacerse con la gobernanza. Presentía con buen tino que la Corona de Castilla, en manos de su marido y de sus adeptos, retrocedería a tiempos pretéritos cuyos malos usos habían desterrado Isabel y Fernando con perseverancia y no poco sufrimiento. Si le concedía el gobierno, ¿acaso no los traicionaba al otorgarle la capacidad de arruinar su legado?

Pero ¿qué podía hacer? Fuera o no malintencionada la explicación que le había dado su esposo, lo cierto era que su padre la había abandonado. Y ella sola no se sentía con fuerzas para arrogarse el destino de sus reinos, enfrentada, además, a todos aquellos hombres que la consideraban una pobre demente indigna de tal empeño.

Felipe, astutamente, no permitió que las cavilaciones de Juana llegaran a término.

—Aceptaré la gobernanza con una sola condición —proclamó ante la asamblea—: que estas Cortes me reconozcan como rey verdadero de estos reinos, y a nuestro hijo Carlos como legítimo sucesor.

Juana comprendió que aquel era el remate de la jugada. Su marido la había acorralado, manteniéndola recluida y aislada para maniobrar a placer en pos de sus ambiciones. De ahí nacía su ventaja. La reina se sintió culpable, pues sus arrebatos le habían facilitado la tarea, al poner en entredicho su cordura delante de quienes hubieran podido socorrerla. Estaban obligados a acatar sus órdenes, pero ya había comprobado en Benavente que ninguno de los grandes movía un dedo por una loca.

Por fin, sin perder un ápice de dignidad, Juana inclinó el mentón y se dio por vencida:

—Así lo quiere la reina.

Juana buscó consuelo en que el arreglo salvaguardaba los derechos de su hijo Carlos, a quien Isabel ya designó en su testamento como futuro soberano de Castilla. Con ello en mente, que Felipe fuera reconocido como rey verdadero podía asumirlo como un mal inevitable, por más que la humillara el alborozo de su esposo.

La voz de Cisneros sacó a la reina de un momentáneo ensimismamiento:

—En tal caso, si os place, las Cortes procederán al juramento.

Juana accedió, sosteniendo la mirada triunfal de su esposo. Temerosos de que la reina pudiera echarse atrás, los partidarios del borgoñón abreviaron la ceremonia. Uno tras otro, los procuradores juraron lealtad y obediencia a los reyes, y de todo ello dejaron constancia documental:

Los procuradores de Cortes de las ciudades y villas de estos reinos de Castilla, León y Granada reciben a los muy altos y muy poderosos reyes don Felipe y doña Juana, nuestros señores, por reyes y señores de estos dichos reinos y señoríos de esta manera: a la dicha señora reina doña Juana, nuestra señora, hija legítima,



primogénita heredera de la señora reina doña Isabel, que haya santa gloria, por reina verdadera y legítima sucesora y señora natural propietaria de estos dichos reinos, y al dicho señor don Felipe, nuestro señor, por rey verdadero y legítimo señor como legítimo marido de la dicha señora reina doña Juana.

De rey consorte a rey verdadero; de gobernar por turnos a tener en su poder las riendas de Castilla, sin verse obligado a compartirlas con el aborrecible aragonés. Bien es cierto que Felipe aspiraba a deshacerse de Juana tanto como de su suegro, y que el coste de echar del reino a Fernando había mermado considerablemente la fortuna a la que aspiraba. Con todo, el flamenco y sus fieles podían celebrarlo como un éxito; no así la reina.

Aquella noche, como acostumbraba, Juana cenó en la soledad de su cámara. Nada más anunciar Felipe su deseo de visitarla, ella despachó a las damas que la servían. La reina terminó su cena mientras su marido la contemplaba con una sonrisa cínica en los labios.

—Lo habéis logrado —musitó Juana, serenamente.

Felipe no tuvo empacho en recalcar la ironía de la situación. Persuadido como estaba de su victoria, ¿por qué privarse?

—Vos me lo habéis concedido. Vos y vuestro padre.

—Su renuncia, más bien —rectificó la reina.

—Cara le ha salido a Castilla, a decir verdad —murmuró el borgoñón—. Poco importa ya.

Juana dio por terminada su cena y apartó el plato lentamente. Decidida a ocultar sus temores tras un velo de dignidad, miró a Felipe con un punto de conmiseración.

—Os habéis desembarazado de él y a mí no me necesitáis. ¿Qué destino me aguarda? ¿El mismo que en Flandes?

Felipe ni siquiera pestañeó. Optó por saborear el momento y demoró la respuesta.

—Sois mi esposa. —El flamante monarca se acercó a ella y posó una mano sobre su vientre—. ¿Cómo no habría de necesitar a la madre de mis hijos?

Al sentir el contacto de su marido, Juana se estremeció, incapaz de disimular su terror. El Hermoso se dio cuenta y retiró la mano despacio.

—Reposad cuanto podáis —le recomendó, satisfecho—. Pronto partiremos hacia Segovia.

Cuando Felipe abandonó por fin la estancia, Juana hubo de reprimir las náuseas. La reina de Castilla se sujetó el vientre y maldijo su debilidad, convencida de que la encerrarían en una torre con la excusa de velar por su embarazo.

Antes de abandonar Valladolid, Felipe tuvo ocasión de conocer a Fernando, su hijo nacido en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares tres años atrás, a quien nunca había visto. Criado por los Reyes Católicos como si fuera su propio vástago, el niño residía en Arévalo y desde allí lo

llevaron a la ciudad del Pisuerga por orden del borgoñón. A decir verdad, Felipe le prestó más atención durante aquellas jornadas que su propia madre, cuyo desapego hacia sus retoños ya se tomaba como una más de sus excentricidades.

Con el gobierno de los reinos en su poder, Felipe de Habsburgo cumplió la promesa de recompensar a quienes le habían allanado el camino hasta el trono, bien fuera por gratitud, bien para asegurarse de que continuarían arropándolo una vez coronado. Quienes habían servido a los Reyes Católicos se vieron reemplazados por personajes leales al borgoñón, ya fueran castellanos o flamencos. Aquel cambalache de nombres y sinecuras provocó no pocos altercados. Viejas rencillas entre clanes y bandos despertaron con renovada virulencia cainita del letargo mantenido durante una década. Por desgracia, lo que Fernando, Cisneros y la propia Juana habían predicho parecía convertirse en realidad paso a paso.

Como no podía ser de otro modo, sobre don Juan Manuel recayeron suculentos beneficios y prebendas. El viaje a Segovia tenía por objeto desalojar a los marqueses de Moya del alcázar, pues el rey había designado al señor de Belmonte de Campos como nuevo alcaide y se preveía un relevo convulso, dada la longeva lealtad de sus moradores a los Reyes Católicos.

En la fortaleza que se alza sobre la confluencia del Eresma y el Clamores, Andrés Cabrera hizo partícipe a su esposa de las noticias que llegaban desde Tudela de Duero, donde el Hermoso se había instalado provisionalmente debido a un brote de peste en Valladolid.

—¿También lo ha nombrado alcaide de Burgos? —Beatriz de Bobadilla se escandalizó al leer en un legajo la acumulación de cargos del valido—. ¿No le basta este alcázar a ese traidor?

—Le habrá parecido poco al borgoñón —ironizó el marqués de Moya.

—Y la reina, ¿no se opone?

Muchas horas había compartido Beatriz con la difunta soberana de Castilla y bien conocía su pensamiento. Por ese motivo, lo que estaba sucediendo en sus dominios desde que su hija había llegado al trono la dejaba atónita. Andrés Cabrera, más prosaico que su cónyuge, había dado por descontada su caída en desgracia en cuanto Fernando marchó a tierras aragonesas.

—Si hemos de confiar nuestra ventura a doña Juana, ¡que Dios nos abrevie el sufrimiento!

El despecho del marqués encontró refugio en la ironía, mientras la Bobadilla daba rienda suelta a su cólera:

—¡Así nos pagan tantos años al servicio de la Corona!

Cabrera se aproximó a su consorte y la enlazó por el talle.

—Vos lo habéis dicho: son muchos años ya. —La voz serena del marqués envolvió a Beatriz, al igual que su abrazo—. Retirémonos a Chinchón cuanto antes. Vivamos juntos y en paz lo que nos queda.

La marquesa de Moya se resistía a ceder la plaza sin presentar batalla. Añoraba a su venerada reina y amiga como jamás lo había hecho por nadie. Ahora, además, querían obligarla a marchar

de aquel lugar, tan prolijo en recuerdos y vivencias extraordinarias, ¡para ponerlo en manos de un miserable! Demasiado para un temperamento como el suyo.

Andrés Cabrera, con tanta ternura como paciencia y comprensión, tomó el rostro de su esposa entre sus manos y le acarició las mejillas arboladas por la ira.

—¿Rebelarnos habría de procurarnos algo mejor?

En la mirada del marqués no cabía interpretación posible. Beatriz debía elegir entre una vejez tranquila cuidando de su feudo, o el destierro, la prisión para ambos... Quizá el cadalso. ¿A quién podían encomendarse si se alzaban contra la Corona? La marquesa deshizo el abrazo y bajó el mentón, vencida. Su marido no pudo evitar un suspiro de alivio. Pero, de pronto, la Bobadilla cerró el puño y lo elevó hacia las alturas.

—¡Permita Dios que se hunda el techo sobre su cabeza! —tronó, dando desahogo a su rabia.

Beatriz se dio cuenta de que su esposo la contemplaba con una sonrisa. Sin que el menor reproche saliera de la boca de Andrés Cabrera, la marquesa de Moya se santiguó a toda prisa, sinceramente arrepentida por haber proferido tan funesta maldición. Su marido volvió a abrazarla en el centro de la estancia y Beatriz hundió el rostro en su pecho hasta que no pudo contener las lágrimas. Entonces, llena de nostalgia y amargura, salió con paso apresurado hacia su cámara.

Cabrera recorrió el salón con la mirada. Antes de ir en pos de Beatriz, pasó la mano por la mesa, como si acariciando aquella madera envejecida se despidiera de todo cuanto había vivido entre aquellas cuatro paredes.

Casi tres semanas después del juramento ante las Cortes, Felipe y sus adláteres partieron de Tudela de Duero rumbo a Segovia. Juana cabalgaba en silencio a lomos de una mula, como el arzobispo de Toledo. Por delante de ella marchaba su esposo, flanqueado por su inseparable valido y seguido de cerca por el duque de Nájera, el marqués de Villena y el condestable de Castilla, entre otros nobles.

La comitiva real acababa de dejar atrás Cogeces de Íscar cuando empezó a atardecer. Como en tantas ocasiones, la reina había buscado refugio en el ensimismamiento. Sin embargo, al atisbar la silueta de la robusta fortaleza de Íscar recortada en el paisaje, Juana detuvo su montura de inmediato. El arzobispo Cisneros se acercó a ella y la vio insólitamente pálida.

—Señora mía, ¿qué os ocurre?

Advertido por el privado, Felipe se percató de que su esposa había quedado rezagada. Al volver la mirada hacia ella, la vio abrazada a su mula, doblada sobre el cuello de la bestia. Pero el Hermoso no movió un músculo ni hizo el menor amago de ir a su encuentro.

El condestable de Castilla, por el contrario, galopó al instante hacia la reina. Cuando llegó a su altura, la encontró temblorosa y agarrotada, como presa de un terror desconocido.

—Señora... ¡Señora! ¿Qué tenéis?

—¡No entraré! ¡No entraré ahí! —farfulló Juana, angustiada, sin soltarse de su montura.

El duque de Frías dirigió la mirada hacia lo que la reina rehuía escondiendo el rostro y comprendió que se trataba de la torre del castillo.

—Anochece, alteza, hemos de continuar hasta la villa —musitó el noble con intención de sosegarla.

Pero Juana respondió con un gruñido casi animal y se aferró con todas sus fuerzas a la cabalgadura. El condestable la contempló perplejo e impotente. Por su parte, Cisneros miró al rey en busca de una explicación, de un indicio al menos de que el pánico de la soberana fuera infundado, fruto de su mente perturbada. Pero Felipe se limitó a sostenerle la mirada en la lejanía.

Una vez más, la frialdad del flamenco ante la desdicha de Juana sobrecogió a Su Eminencia. Mayor habría sido su disgusto —y su compasión hacia ella— de haber escuchado la breve conversación entre Felipe y el señor de Belmonte.

—Diríase que vuestra esposa os lee el pensamiento —ironizó el privado.

—Poco le va a rentar —rezongó el Hermoso.

Acto seguido, dirigió una última mirada desdeñosa hacia la reina y ordenó que reemprendieran el camino hacia Íscar.

Toda la noche permaneció Juana sobre su mula a las afueras de la villa, escoltada a una distancia prudencial por una pareja de archeros a caballo y dos servidores portando antorchas. El menosprecio de Felipe no hizo sino crecer a medida que contemplaba desde las almenas del castillo el errático deambular de su esposa. Antes de retirarse a sus aposentos, el señor de Belmonte se unió a él.

—No descabalará en toda la noche —masculló el borgoñón.

—La reina no hace sino facilitaros argumentos para que sus temores se hagan realidad. —Don Juan Manuel se congratuló por ello—. Solo cabe encerrarla.

Felipe corroboró el parecer del valido y sonrió.

—Todos acabarán compadeciéndose de mí.

—No lo dudéis.

—Empezando por mi suegro, que se ha desentendido de su hija en cuanto ha visto un destello de oro en el horizonte.

Ajena a tan crueles comentarios, Juana seguía vagando por los campos cercanos, al borde de la extenuación.

—Las buenas nuevas se suceden —anunció el castellano con una sonrisa—. Sabed que los marqueses de Moya han decidido entregarme el alcázar sin resistencia.

—¡Excelente! —exclamó Felipe—. Volvamos a Tudela mañana mismo.

—Pensaba sugeriros... —El señor de Belmonte reclamó la atención del monarca con un gesto

—. ¿Qué os parecería llegar hasta Burgos y celebrar mi nombramiento como merece?

Felipe consideró el ofrecimiento con notorio interés.

—¿Estamos hablando de justas, banquetes...?

—Caza, juegos de sol a sol, mancebas complacientes de carnes prietas... —El privado completó la enumeración con una sonrisa cómplice en los labios.

—¿A qué esperáis? ¡Haced los preparativos! —ordenó el rey, entusiasmado por la expectativa de varias jornadas de festejos sin fin.

Don Juan Manuel regresó al interior del castillo, satisfecho por el éxito de su propuesta. Con ella no solo perseguía adular y divertir a su benefactor, sino que su presencia en Burgos enmudeciera a quienes ya protestaban por el enorme poder que estaba acaparando en Castilla. Antes de seguir los pasos del boyante consejero, Felipe miró a su esposa por última vez. El rey chasqueó la lengua y cabeceó con desdén. Los trastornos de Juana lo traían sin cuidado, pero exhibirlos en público le parecía una necesidad que solo lo movía a mofarse de ella.

Los reyes de Castilla y su séquito llegaron a Burgos el 7 de septiembre. El condestable de Castilla los alojó en su palacio, la llamada Casa del Cordón, como ya hiciera cuatro años antes, durante su primera visita a las Españas. La esposa del duque de Frías, Juana de Aragón, se desvivió por que la reina se encontrara a gusto en su morada; no en vano ambas eran hijas del mismo padre. Además, la hija bastarda de Fernando sentía auténtica compasión por la desdichada soberana. Ello se debía a que el condestable mantenía a su consorte al corriente de cuanto Juana padecía, como si de su confidente se tratara, pues ahora los remordimientos turbaban el descanso del duque, al saberse cómplice de tamaños atropellos.

Don Juan Manuel no reparó en gastos para agasajar a su señor, el rey don Felipe. Este lo había colocado al frente de la ciudad más notable de Castilla para preservar sus propios intereses, dada la importancia comercial de la plaza en el trasiego de lana de La Mesta con destino a Flandes. En justa correspondencia, el nuevo alcaide se esmeró para que la insípida entrada del monarca en Valladolid se viera compensada en Burgos con los festejos y diversiones que había prometido. Fueron días de júbilo para el Hermoso y no quedó goce a su alcance del que no disfrutara.

El 16 de septiembre, Felipe desafió a un juego de pelota a todo aquel que se atreviera a aceptar el reto. Varios caballeros de su séquito consintieron, en su mayoría jóvenes y bien dispuestos. El rey insistió en librar la partida en un patio colindante con el palacio, pese a hallarse a la sombra por la tarde. Nada importaba, solo recrearse en el envite.

—Apostad cuanto queráis por mis rivales —recomendó el arrogante monarca a quienes presenciaban el pasatiempo—, mas solo si no apreciáis vuestros dineros.

Espoleado por las ovaciones, Felipe fue derrotando a sus contrincantes, uno tras otro, durante casi tres horas. No le resultó sencillo; para conseguirlo hubo de esforzarse más de lo prudencial, pues ya habían transcurrido nueve jornadas de frenéticas celebraciones sin que hubiera reposado según exige la naturaleza a reyes y plebeyos.

Pero cada quiebro habilidoso, cada tanto logrado, cada victoria se festejó como si de las hazañas de un héroe de la Antigüedad se tratara. Jaleado por el continuo clamor de sus partidarios, el exultante borgoñón no reparó en cuán fatigado y sudoroso se hallaba hasta el término del juego, cuando en aquel solar frío ya no quedaba rival alguno al que vencer. Entonces

se acercó a Bernard d'Orley, su copero, y lo apremió para que le sirviera agua en abundancia, mientras los aduladores competían a su alrededor por colmarlo de lisonjas.

—¿Estáis dejando ganar a vuestro rey? —preguntó Felipe a los derrotados—. ¿Tan poca maña demuestró?

El copero del Habsburgo vertió agua de una jarra en su copa y la probó. Considerándola apta, tiró el resto y llenó la copa de su señor, que no había dejado de atosigarlo. Felipe, ansioso y sediento como un náufrago en pleno estío, bebió el contenido de la copa de un solo trago y gesticuló reclamando más, al tiempo que seguía vanagloriándose de su triunfo:

—Si son mercedes lo que buscáis, no suelo concederlas por compasión.

Los caballeros le rieron la gracia. El eco de sus forzadas carcajadas atrajo la curiosidad del arzobispo de Toledo, que se hallaba en el interior del palacio. Su Eminencia se acercó a una de las ventanas que daban al patio y desde allí vio cómo Felipe vaciaba sin respirar la segunda copa que el señor de La Follie acababa de entregarle.

Sin apartar la mirada del rey, a Cisneros le vino a la mente una cita de Francisco de Asís: «Luchemos por alcanzar la serenidad de aceptar las cosas inevitables, el valor de cambiar las cosas que podamos y la sabiduría para poder distinguir unas de otras». Renegando de aquella evocación involuntaria, el arzobispo de Toledo vio que el borgoñón aún pedía más agua. Con la tercera copa, Felipe quedó saciado. Devolvió el recipiente al copero, se secó la boca con la manga y conminó a los caballeros a seguir sus pasos:

—¡Vamos, don Juan Manuel aguarda con otro soberbio asado!

Todos se encaminaron hacia los salones de palacio de excelente humor. Bernard d'Orley se sirvió el resto de la jarra en su propia copa y bebió hasta la última gota. Cisneros, por su parte, regresó a la capilla para orar fervorosamente sin que nadie se hubiera percatado de su presencia en el ventanal.

Al día siguiente, el jueves 17 de septiembre, Felipe salió de caza y no regresó hasta la tarde. Cuando la reina de Castilla se disponía a desvestirse para dormir, Juana de Aragón irrumpió en su cámara.

—¡Alteza! ¡Señora! ¡Vuestro esposo!

La soberana vio a su hermanastra pálida y angustiada, pero mantuvo la serenidad. Con un gesto ordenó a sus damas que recompusieran su atuendo.

—¿Qué le ocurre?

—¡Está muy enfermo!

No exageraba la anfitriona, pues la fiebre consumía al rey en sus aposentos. A medida que avanzaba la jornada, Felipe se había encontrado cada vez más indispuerto. Ahora, al caer la

noche, yacía en su lecho, envuelto en sudor y sacudido por súbitos escalofríos. El galeno Luis Marliano y sus colegas le habían colocado ventosas para tratar de combatir la calentura. Como esta no cedía, le habían practicado sangrías. No parecía que los remedios —tan ordinarios y elementales— surtieran efecto, y todos mostraban una gran preocupación por el estado del monarca.

En un rincón de la antecámara, el señor de Belmonte departía con el duque de Nájera, el marqués de Villena y el condestable de Castilla.

—¿Cómo se le ocurre ir de caza en tales condiciones? —se lamentó este último.

—¿Ya tenía calentura al despertar? —preguntó Manrique de Lara.

—¡Pero nada dijo, con tal de partir al monte! —masculló Bernardino Fernández de Velasco.

La respuesta todavía inquietó más al duque de Nájera.

—Ayer jugó muy reciamente a la pelota dos o tres horas en lugar frío —murmuró Diego López Pacheco—. Yo lo vi. No se preocupó de secarse el sudor y esperar a que se le cerraran los poros.

—Al contrario, bebió de manera destemplada para apaciguar la sed —añadió el anfitrión.

Los testimonios del marqués de Villena y del duque de Frías no aliviaron el desasosiego de los demás consejeros.

—He ordenado al galeno De la Parra que venga de inmediato desde Salamanca —anunció don Juan Manuel, tratando de mitigar el temor por el trastorno del soberano—. Confíemos en él. No hay otro más docto en todo el reino.

En ese momento, Juana apareció en la estancia, acompañada por su hermanastra y el arzobispo de Toledo. Los consejeros de Felipe se inclinaron ante ella; la reverencia de los nobles llamó la atención de Cisneros por ser más respetuosa que las que habían dedicado a la reina en los últimos tiempos. Pero Juana no se detuvo y siguió caminando hasta llegar junto al lecho donde aquel repentino mal había confinado a su esposo. La soberana de Castilla lo observó unos instantes antes de sentarse junto a él sin descomponer la figura. Con singular entereza, tomó la mano del rey y contempló en silencio su sufrimiento, mientras los galenos se afanaban en purgarlo. El temple de Juana sorprendió a todos, pues habían previsto otro arrebato, dada la gravedad de la dolencia que aquejaba a Felipe.

Día y noche, durante largas jornadas sin descanso, la reina permaneció al lado de su marido, enjugándole el sudor, colocándole lienzos empapados en agua perfumada sobre la frente y en los brazos, supervisando las labores de físicos y sirvientes y haciendo cuanto fuera menester para paliar las consecuencias de su afección.

Pese al continuo empeoramiento del flamenco, la llegada a palacio del afamado galeno Juan de la Parra devolvió cierta esperanza a quienes ya temían sin ambages por la vida del rey. Después de examinar al Habsburgo en su cámara, el adusto De la Parra informó al señor de Belmonte en presencia del arzobispo de Toledo y de otros cortesanos de alto rango:



—La campanilla, que decimos úvula, está tan inflamada que apenas puede tragar saliva.

—¿Será capaz de hablar? —preguntó el valido.

—Solo si remite la calentura —contestó el galeno.

—En Inglaterra también sufrió un mal similar y terminó sanando —recordó don Juan Manuel.

Aun así, De la Parra guardó un significativo silencio. Los cortesanos hubieron de moderar sus expectativas, pues el semblante del reputado físico desvelaba que no había lugar para el optimismo.

—Su Alteza se halla muy débil debido a la fiebre, pero también a otras causas. Las sangrías sin cuento, las purgas, las deposiciones de corrido... —De la Parra rehusó dar más detalles, pero bajó la voz y su expresión adquirió mayor gravedad—: Por si ello no bastara, antes se ha quejado de un fuerte dolor en un costado... y ha escupido sangre.

Todos los que escuchaban al galeno acusaron el infausto alcance del síntoma. Cisneros se adelantó y tomó la palabra con la autoridad acostumbrada:

—Sed franco, ¿qué podéis hacer por él?

—Nada, salvo abreviarle la vida —admitió De la Parra, consternado.

Guiados por sus peores sospechas, los nobles ya habían anticipado aquel desenlace. Sin embargo, ello no les evitó quedar paralizados por un inquietante desconcierto. El arzobispo de Toledo los dejó sumidos en sus tribulaciones para acercarse hasta el umbral de la cámara real. Desde allí compadeció a Juana, pues la reina, ajena al implacable diagnóstico del galeno, seguía cuidando de su esposo sin haber derramado todavía una sola lágrima.

Cisneros se acercó a Su Alteza y le rogó que lo acompañara a la antecámara. Movidada por lo que descifró en la mirada pesarosa del franciscano, la heredera de Isabel la Católica accedió a separarse momentáneamente del monarca enfermo. Su Eminencia despachó a todos cuantos pululaban en la estancia contigua; quería estar a solas con la reina, pues no podía prever la reacción de aquel espíritu sensible y atormentado al conocer la noticia que estaba a punto de comunicarle.

Nunca se vio afectada la intuición de Juana por el desequilibrio de sus emociones. Tampoco en aquella hora. Como si supiera que la vida de su marido tocaba a su fin desde que cayó enfermo. Como si supiera de antemano que todos los ojos de Castilla se posarían sobre ella —al igual que los del arzobispo de Toledo en la penumbra de la sala— preguntándose cómo se enfrentaría a la prueba que la fatalidad le imponía. Otra más, quizá la más cruel, que Juana asumía con más aplomo que resignación. Pensó Cisneros que Dios, en su infinita misericordia, encontraría motivos para proteger a criatura tan frágil, así como los tuvo para ensañarse con su madre, sin que el eclesiástico alcanzara a discernirlos, ni entonces ni ahora.

Juana regresó junto a su esposo y ya no se separó de él, presta a acompañarlo en su agonía con la insólita serenidad de que hacía gala en los últimos días. Cisneros, por su parte, se retiró de nuevo a la modesta capilla de palacio. Orando arrodillado ante un tosco crucifijo de madera lo encontraron los consejeros del rey.

—Hacéis bien en rezar, eminencia, y no solo por la salvación de don Felipe —murmuró con visible inquietud el condestable de Castilla.

—¿Qué será de estos reinos si Su Alteza fallece? —inquirió Manrique de Lara.

El duque de Nájera solo obtuvo un suspiro del franciscano por respuesta.

—El príncipe Carlos aún es muy niño —insistió el vehemente marqués de Villena—. ¿Ha de quedar Castilla en manos de una loca?

—Doña Juana sigue siendo la reina propietaria —protestó el condestable—. En cuanto a su locura...

—Dudo que la muerte de su esposo la remedie, señor mío —replicó el de Nájera, harto de los remilgos del anfitrión.

Diego López Pacheco asintió, respaldando la agria intervención de Manrique de Lara. Cisneros, por fin, alzó el mentón y zanjó la disputa:

—La regencia sería la única solución. —La firmeza de su dictamen se impuso sobre las demás voces—. Y no me sorprendería que el emperador la reclamara en nombre de su nieto.

La conjetura del arzobispo no contribuyó a serenar el ánimo de los nobles, como bien había supuesto.

—¿Maximiliano? ¿Qué conoce él de estas tierras? —preguntó el condestable.

—Menos que su hijo, de eso podemos estar seguros —vaticinó el duque de Nájera.

—Y no sería el más dócil de los soberanos —advirtió sin disimulo el marqués de Villena.

Cisneros guardó silencio para que aquellos intrigantes tuvieran tiempo de paladear los sinsabores de la hipótesis planteada. Pero el condestable de Castilla, impelido por el desasosiego o por la mala conciencia, dio un paso al frente.

—En justicia, solo hay un candidato posible —afirmó con rotundidad—: el rey de Aragón.

Ante el previsible rechazo del marqués de Villena y del duque de Nájera, Su Eminencia se aprestó a retomar las riendas del debate:

—Querido condestable, más de treinta años ha gobernado estos reinos don Fernando. Conviene dejarlo descansar, ¿no os parece?

Cisneros acompañó su recomendación con una sonrisa conciliadora. No obstante, solo la irrupción del señor de Belmonte impidió la réplica, pues todos percibieron que venía enojado.

—El copero de Su Alteza también ha caído enfermo —afirmó el privado.

Cisneros se santiguó al instante y el condestable lo imitó.

—¿Con idénticos síntomas? —inquirió el duque de Nájera.

Don Juan Manuel asintió. Alarmados, Manrique de Lara y López Pacheco cruzaron sus miradas. —¿Pensáis que les han dado hierbas? —preguntó Cisneros sin alterarse.

—Mentiría si lo negara. —El flamante gobernador del alcázar burgalés soltó un bufido—. De la Parra asegura que no ve señales de ponzoña. Los otros físicos tampoco albergan sospecha alguna.

—¡Pero existe! —tronó el marqués de Villena—. Y eso empeora las cosas: de morir don Felipe, ¡Castilla se encaminará hacia un desastre!

Todos parecían estar de acuerdo en eso. Si el fallecimiento por causas naturales amenazaba con sumir al reino en el desorden y la confusión, ¿cómo reaccionarían los vasallos al conocer que su soberano podría haber sido envenenado? ¿A quién acusarían del regicidio? El temor al caos ya había hecho presa en los nobles y el duque de Nájera tomó la palabra.

—Es preciso impedir el desgobierno por encima de todo —afirmó tajantemente—. Urge que se haga cargo la persona idónea... Y estoy en disposición de señalarla.

Pedro Manrique de Lara se aproximó a Cisneros. El clérigo se vio apabullado al comprender que se refería a él.

—A vos, eminencia, os sobra prestigio y autoridad para administrar los reinos —remató el de Nájera.

Diego López Pacheco refrendó lo dicho por el duque.

—Vuestra lealtad a Castilla está por encima de todo, bien lo habéis demostrado —reconoció el marqués de Villena—. ¡Nadie mejor que vos para regirla!

Bajo la mirada apremiante de los nobles, el arzobispo de Toledo cabeceó en silencio, en apariencia agobiado por tan honroso ofrecimiento. Solo el señor de Belmonte se mostró remiso, consciente de que Cisneros pondría límites a su poder y a sus anhelos. En cualquier caso, prefirió guardar silencio, pues no era momento para iniciar un pulso con un hombre tan respetado. Tras meditar unos segundos, Su Eminencia inspiró profundamente, como armándose de valor —o de resignación—, y se volvió hacia ellos.

—Por esa lealtad que me atribuíis —dijo—, aceptaré si llega el caso, Dios no lo quiera. Mas con una condición —añadió Cisneros, e hizo una pausa intencionada que mantuvo en vilo a sus interlocutores—: no cobraré los tres cuentos de maravedíes que me corresponderán. Bastante tengo con las rentas del arzobispado.

Los nobles acataron con alivio la petición del eclesiástico. No por el ahorro que implicaba, sino porque, conociendo su carácter, temían algo de peor consentimiento. El condestable fue el primero en homenajear a Cisneros.

—Vuestra modestia no hace sino confirmar que nadie hay en Castilla más digno de gobernarla —declaró, conmovido, el duque de Frías.

Cisneros gesticuló con la mano, no quería oír halagos. Murmuró una excusa y los nobles lo dejaron marchar. El franciscano atravesó los corredores con paso presuroso, con tanta urgencia

como determinación. En cuanto llegó a su cámara, se sentó ante su mesa de trabajo, tomó el cálamo y empezó a escribir sin el menor titubeo:

Majestad, confío en que todavía no os hayáis embarcado para Italia. Si la Providencia no lo impide, a su alteza don Felipe le resta apenas un hálito de vida. Os ruego que olvidéis las pasiones de los grandes y vengáis a gobernar los reinos de Castilla a la mayor brevedad, porque otro que vos, después de Dios, no será capaz de poner remedio a tan grandísima desventura. Entretanto, yo os allanaré estos reinos y los pondré a vuestro servicio como otrora, en tiempos más prósperos, los tuvisteis.

Cisneros fechó la misiva —«En Burgos, a 24 de septiembre de 1506»—, la rubricó y la lacró con el sello episcopal, rogando por que llegara a tiempo a las manos del rey de Aragón. Ni siquiera dedicó un instante a reflexionar sobre los derechos de Juana que la petición podía conculcar, ni sobre el porvenir de la viuda en caso de que Felipe falleciera. ¿Acaso Fernando y él no habían acordado en Toro que lo más conveniente para los reinos de Juana era apartar a su joven soberana del poder? En cuanto al destino de la reina propietaria, ya había deducido Cisneros en aquella entrevista que su padre haría cuanto estuviera a su alcance para mantenerla a salvo de sus enemigos... y de sí misma.

La corte no tardó en averiguar que la vida terrenal de Felipe el Hermoso se hallaba en sus postrimerías. Hasta el último momento, Juana permaneció junto al lecho, pendiente de su marido, recitándole plegarias al oído hasta que el cansancio la vencía. Entonces se recostaba sobre el pecho de su esposo y dormía brevemente... Todo ello sin verter una sola lágrima.

El 25 de septiembre, a las dos de la madrugada, Juana velaba el sueño de Felipe, con la mano derecha del Habsburgo entre las suyas. El rey respiraba con dificultad, febril y sudoroso, inconsciente la mayor parte del tiempo. La reina le soltó la mano para empapar un lienzo en agua de rosas. El rostro macilento del borgoñón había adquirido un brillo tétrico, conferido por la incesante transpiración y los estragos del mal. Tan consumido se encontraba por la calentura que su piel parecía traslúcida.

Cuando Juana pasó el paño humedecido por la frente del Hermoso, este arqueó la espalda desabridamente, emitiendo al mismo tiempo un violento y angustiado estertor, como si hubiera tomado repentina conciencia de que se enfrentaba a su hora final y el pánico se hubiera apoderado de él. Aquel horror apenas duró un suspiro. Acto seguido, Felipe se desplomó sobre el lecho y allí permaneció inerte, con los ojos abiertos como platos.

Juana quedó petrificada, con el lienzo goteando todavía en su mano y la vista fija en el semblante despavorido de su marido. Aunque desencajada por la impresión, se puso en pie y se dirigió a los presentes.

—El rey ha muerto —proclamó.

La reina miró a los cortesanos con la frente alta, considerándolos con la misma entereza que había guiado sus actos desde que Felipe enfermó. Nobles y galenos se santiguaron, hundiendo el mentón en señal de respeto. Algunos cayeron de rodillas y empezaron a rezar entre sollozos. Juana se volvió hacia ellos.

—Llorad, mas sin aspavientos —rogó la reina con voz queda—. Los doctores de la Iglesia han revelado que el alma tarda en separarse del cuerpo más de lo que pensamos.

Con idéntica serenidad, la soberana de Castilla se aproximó al cabecero de la cama para cerrar los ojos al cadáver del Habsburgo.

—El espíritu de mi esposo aún está con nosotros —añadió, posando el dorso de su mano sobre la frente sudorosa de Felipe—. Conviene que escuche cosas de su agrado.

Juana contempló el cuerpo yacente del padre de sus hijos, todos vivos —como tanto se complacía en recordar—, y uno todavía en camino que no conocería a su progenitor. Había muerto Felipe, su marido, a quien tanto había amado y por quien tanto había padecido. La gran pasión de su vida y, por ello, su mayor desengaño. Pero ¿de qué sirve lamentarse por un amor malogrado? No había lugar en el corazón de la reina para sentimientos baldíos. Igualmente impertinente era congratularse por la supuesta extinción de la desdicha; bien sabía Su Alteza que esta no cesaría con la desaparición del Hermoso.

*Las cosas que deseamos  
tarde o nunca las habemos  
y las que menos queremos  
más presto las alcanzamos.  
Porque Fortuna desvía  
aquello que nos complace,  
mas lo que pesar nos hace  
ella misma nos lo guía.*

Juana debía afrontar los designios de la Providencia —o de la Fortuna— como correspondía a su rango y a su linaje. Debía, sobre todo, vigilar de cerca a aquella jauría de traidores que la acechaba y, de ese modo, salvaguardar los derechos de su hijo Carlos, todavía tan niño e indefenso.

Decidida a entregarse a tan alta misión en cuerpo y alma, Juana se inclinó sobre Felipe y le dio un último y prolongado beso en los labios.

Por deseo expreso de la reina, las exequias se organizaron según la costumbre de Flandes. El condestable de Castilla habilitó una sala espaciosa donde se instaló un catafalco sobre el cual depositaron el cadáver del rey. Felipe yació adornado de preciosos ropajes y rodeado de tapices, como si se hallara vivo e instalado en su trono. Lo habían vestido con una ropa de brocado forrado de armiños. En la cabeza portaba una gorra con un joyel y una cruz decorada con piedras preciosas sobre el pecho. También calzaba borceguíes y zapatos a la moda flamenca.

Los cortesanos lo velaron durante toda la noche, junto a una innumerable caterva de religiosos de distintos hábitos que entonaron el oficio de difuntos hasta el amanecer. Pendiente de cada detalle, Juana no se alejó del cuerpo de su marido, como tampoco lo había hecho durante la enfermedad.

—Su Alteza dispuso recibir sepultura en Granada, junto a mi madre —le confió a Cisneros—. Así habrá de ser.

Con las primeras luces del día, retiraron el cuerpo del catafalco para extraerle las entrañas y embalsamarlo. Dos cirujanos lo abrieron de pies a cabeza; las pantorrillas y las piernas y cuanto de carne había en él fue sajado para que, escurriendo la sangre, tardara más en pudrirse. Trepanada la cabeza, la despojaron del cerebro; también le abrieron el vientre y le sacaron los intestinos.

El galeno De la Parra extrajo el corazón de Felipe y lo colocó en un vaso de oro. En él debía ser transportado a Brujas, donde recibiría sepultura en la iglesia de Nuestra Señora junto a los restos de su madre, María de Borgoña, trágicamente fallecida a la edad de veinticinco años. A continuación, los cirujanos cosieron el cadáver después de embalsamarlo con cal y perfumes, a falta de bálsamos, y sujetaron todos sus miembros con vendas de lino enceradas por cada una de sus coyunturas; luego lo colocaron en un ataúd de plomo recubierto de una caja de madera.

Mientras se organizaba el traslado de los restos a Granada, se decidió que Felipe reposara provisionalmente en la cripta de la Cartuja de Miraflores, en las proximidades de Burgos. En consecuencia, todavía a plena luz del día, una comitiva fúnebre abandonó el recinto amurallado. La encabezaba un religioso que portaba una cruz de guía y otro llevando un incensario. El caballo favorito del rey marchaba al paso, guarnecido con telas negras y con el escudo del soberano colgando boca abajo de un flanco, en señal de duelo, como los de la guardia que escoltaba al cortejo.

Nobles flamencos y castellanos, cortesanos, caballeros y servidores de Su Alteza desfilaron en solemne procesión hasta el cerro donde se halla el monasterio. Juana, por su parte, insistió en no separarse del féretro hasta que los monjes se hicieron cargo de él y lo depositaron en el lugar asignado. Ni los cartujos ni ninguno de los presentes imaginaban cuán precario resultaría el reposo concedido a aquel despojo.

Fernando no supo del fallecimiento de su yerno hasta el 5 de octubre. Se enteró en Portofino, cerca de Génova, mediante una misiva enviada por Luis Ferrer, su embajador en la corte castellana. Ya estaba sobre aviso acerca de la agonía de Felipe, pues había recibido la carta remitida por Cisneros apenas unos días antes.

—Vuestro yerno ya no es impedimento —concluyó la reina Germana, al conocer la noticia—. ¿Atenderéis ahora el ruego del arzobispo de Toledo?

—Me esperan en Nápoles —murmuró Fernando.

No mentía el rey. Importantes asuntos requerían su presencia en el sur de Italia y tan suyo consideraba aquel reino como los del resto de la Corona de Aragón.

—Escribiré a Su Eminencia asegurándole que volveré en cuanto me sea posible. Mientras tanto, él habrá de velar por Castilla.

Fernando miró en silencio a su esposa. Luego le acarició levemente la mejilla y sonrió. El rostro del aragonés dejó entrever un rictus malicioso.

—Pocos son los que hoy me añoran en esos reinos. El tiempo los tornará legión.

La muerte del rey Felipe provocó algo más que lágrimas y desconcierto en Castilla. Pronto afloraron los problemas, aquellos que permanecían latentes y otros que la breve gobernanza del Habsburgo había causado. No obstante, la cuestión principal seguía siendo quién se encontraba en disposición de solucionarlos.

La riqueza de la vestimenta con que Felipe había sido velado contrastaba con el estado deplorable de sus arcas. Estas ya se habían visto considerablemente diezmadas antes de embarcar en Middelburg, pero la prolongada —y suntuosa— estancia en las Españas había completado el vapulero.

Además, a los gastos derivados del viaje se habían sumado las dádivas y recompensas empleadas por el flamenco en la captación de voluntades para su causa. Tan elevado había sido el dispendio que Felipe se había visto abocado a negociar ventas y préstamos para pagar servicios y soldadas. Incluso acudió al arzobispo de Toledo para que le facilitara cincuenta mil ducados. Su Eminencia, no obstante, tuvo la cautela de entregarle solamente cuarenta y nueve mil, y se apresuró a cobrar la deuda en vida de Su Alteza. Otros no demostraron el mismo tino en sus previsiones.

Parte del séquito flamenco y alemán quedó varado en Castilla, sin recursos para continuar en la Península, ni para abandonarla y regresar a sus lugares de origen. Como el archiduque había pasado a mejor vida dejando un sinnúmero de impagos como legado, los extranjeros comprendieron que nunca cobrarían lo que se les adeudaba. Entonces no tuvieron empacho en entregarse al pillaje de todo aquello que tuviera valor en el ajuar del borgoñón y quedara al alcance de sus manos vacías.

De este modo desaparecieron del menguado tesoro de Felipe joyas, vajillas, telas, ropajes y adornos, que acabaron financiando el apresurado viaje de vuelta de sus servidores. En efecto, sentían inquietud y urgencia por partir, pues temían que la población local, una vez muerto su protector, también se cobrara en sus carnes los desmanes protagonizados por algunos de ellos al amparo de la arbitrariedad del Hermoso.

No soplaban vientos de paz en Castilla, ni para quienes estaban de paso, ni para los que allí moraban. Debilitado el poder de la Corona, la nobleza resucitó los usos previos al reinado de los



Reyes Católicos y cada cual actuó según su criterio y su interés personal, en vez de hacerlo de acuerdo con las leyes del Reino y pensando en el bien común.

Quienes habían sido favorecidos por Felipe se hicieron fuertes en sus dominios, mientras aquellos que habían sido relegados por el Habsburgo entendían que su muerte les daba ocasión de resarcirse. La animadversión en la corte llegó hasta el punto de temer el estallido de otra guerra civil entre los bandos que encabezaban el condestable de Castilla y el duque de Nájera, respectivamente. Se sospechó, incluso, de la existencia de un plan de los partidarios del borgoñón para raptar en su residencia de Simancas al infante Fernando, que solo contaba tres años, con el fin de someter a Juana y a su abuelo, el rey de Aragón.

Tan peliaguda se revelaba la coyuntura que el arzobispo de Toledo decidió formar un pequeño ejército listo para intervenir si las circunstancias lo requerían. Por su cuenta y riesgo, contrató a Girolamo Vianello, un veneciano experto en asuntos de armas, a quien ordenó el reclutamiento de quinientos infantes, nombrándolo capitán de aquella milicia. Cisneros lo envió a Vizcaya para comprar el armamento necesario (coseletes, picas, alabardas, armas de fuego...). Todo lo pagó el arzobispo de su bolsillo, pese a que las remesas de oro de las Indias paliaban las apreturas económicas de la Corona. En cuanto la fuerza estuvo dispuesta para el combate, Cisneros destinó una parte de sus efectivos a la protección de la reina Juana.

Además, por si Castilla no tuviera suficiente con padecer las disputas entre la nobleza y la Corona —o entre unos señores y otros—, una epidemia de peste asoló el territorio, golpeado además por la hambruna derivada de una mala cosecha.

Convencidos de que los reinos heredados por Juana no tardarían en venirse abajo, los leales acuciaban a la soberana para que ejerciera como tal y tomara decisiones. Si no quería gobernar, le suplicaban que autorizara a Cisneros para hacerlo en su nombre, pero tampoco a esto se avenía. Juana parecía obcecada en la misma respuesta: su viudez, su embarazo, su salud y la ausencia de su padre le impedían consagrarse a los negocios, si bien en adelante pondría todo su empeño en convocar consultas con sus consejeros.

Con Castilla al borde del precipicio, el arzobispo de Toledo trató de acorralarla para que abandonara aquella perniciosa inacción, pero Juana seguía manteniéndose en sus trece:

—Eminencia, no convocaré Cortes, no insistáis.

—No lo haré, pues discrepo de quienes las reclaman—respondió Cisneros, haciendo alarde de una desconocida paciencia—. Sin embargo, ¿cómo podré gobernar Castilla si os negáis una y otra vez a firmar mi nombramiento?

—Que lo haga mi padre cuando regrese—replicó la reina, atrincherada en su viudez, como venía siendo habitual.

—Y, mientras tanto, ¿quién gobierna? ¿Quién decide? ¿Quién administra?

Juana desatendió la premura del franciscano con el mismo aire ausente de anteriores ocasiones.

Cisneros evidenció su desesperación:

—Señora, os soy tan leal como lo fui a vuestra madre. ¡Pero me tenéis atado de pies y manos!

Entonces, inesperadamente, Juana se dirigió al arzobispo con un raro brillo en la mirada.

—Firmaré una cédula. —La reina se expresó con desacostumbrada determinación, para sorpresa del clérigo—. Una sola, mas prestará un gran servicio a estos reinos... Y también a vos.

—Os escucho —respondió con cautela Cisneros.

—Ordeno que las mercedes concedidas por mi esposo, sin mi sabiduría ni mandamiento, sean quitadas y restadas de mis libros como inválidas, revocadas y consumidas. —El mandato de la reina dejó gratamente desconcertado al arzobispo; mayor satisfacción le causó lo que Juana añadió a continuación—: Ordeno también el cese de los miembros del Consejo Real por él nombrados. No ha de quedar ninguno. Todos ellos serán sustituidos por aquellos que lo fueron en tiempo del rey y de la reina.

Mientras la nobleza pretendía retrotraerse a los tiempos del rey Enrique mediante la violencia y la felonía, Juana optaba por devolver a Castilla a la situación que heredó de sus padres, como si el efímero reinado de su esposo no hubiera tenido lugar. Adiós a las prebendas interesadas, en sus reinos ya no se premiaba la deslealtad y los traidores quedaban desposeídos del mando.

—Si no pusiera remedio a todo esto tendría cargo de conciencia, pues perjudica a mis rentas, al patrimonio de mis reinos y al de mis súbditos —argumentó Juana—. Por ello quiero que la cédula tenga valor de ley, como si fuese promulgada en las Cortes.

Cisneros nunca había puesto en duda la inteligencia de la soberana, pese a afearle la debilidad de sus emociones. El talento y la memoria de la reina eran conocidos de todos cuantos la trataban. Viéndola tomar una decisión política tan significativa, Su Eminencia trató de exprimir al máximo aquel conato de iniciativa.

—Alteza, celebro vuestro buen juicio. No obstante, temo que una medida de tal envergadura sea fuente de conflictos. Convendría anticiparse y...

Juana interrumpió al franciscano con un gesto cortante:

—Lo demás, cuando vuelva mi padre.

La reina dio por terminada la audiencia, encastillada de nuevo en el desdén hacia las tareas de gobierno. Pero nadie en la corte, ni siquiera Cisneros, sabía con certeza cuándo regresaría Fernando y si este se avendría a retomar el mando en los reinos de su hija. Entretanto, Castilla seguiría deslizándose por una peligrosa pendiente que anticipaba un final dramático.

El arzobispo de Toledo transmitió la decisión de Juana al condestable y al duque de Alba.

—Sin duda, una decisión valiente —afirmó Fadrique con visible satisfacción—. Digna de su madre, que en gloria esté.

Su Eminencia moderó el entusiasmo del duque con un deje de amargura:

—Regocijaos, regocijaos, pues sospecho que no habrá otra en mucho tiempo.

—La postración de Su Alteza es completamente natural —adujo el condestable con ánimo conciliador—. Acaba de enviudar y embarazada como está...

Cisneros frenó en seco el alegato del duque de Frías:

—No nos engañemos: la reina no tiene intención de gobernar, ni permitirá que otros lo hagan en su nombre.

—Salvo su padre, el rey —apostilló el de Alba.

—A quien Dios debería dar alas para que regrese cuanto antes —murmuró a renglón seguido el franciscano—. Estos reinos no saben regirse solos. ¿Cuánto tardarán unos y otros en campar a sus anchas, hallándose la Corona viuda y huérfana?

—Los partidarios del borgoñón son duchos en la pesca a río revuelto —afirmó Fadrique.

—No son los únicos —matizó Cisneros, consternado—. El que más pueda tomará cuanto quiera y hará el daño que se le antoje.

—En vuestras manos está impedirlo: haceos con las riendas —aconsejó el condestable.

El duque de Alba corroboró la opinión del de Frías. Pese a la insistencia de ambos, el arzobispo de Toledo mostró sus reparos:

—¿Sin el beneplácito de la reina? ¿He de saltarme la ley para imponerla?

—Es la misión que don Fernando os confió —zanjó Fadrique—. Mayor delito sería no cumplirla.

Cisneros caviló unos instantes en silencio. Ciertamente, el rey de Aragón respaldaba su gobernanza, pero el nombramiento debía consignarlo la reina propietaria y Juana rehusaba concederle el poder para administrar lo suyo. Sin embargo, alguien debía imponer la autoridad de la Corona antes de que fuera demasiado tarde. No hacerlo equivaldría a traicionar el legado de Su Majestad, la reina Isabel. Esa fue la conclusión del franciscano, de modo que consintió.

—Que Dios me ayude.

No era baladí el ruego de Su Eminencia. Pronto se demostró que tampoco iban descaminadas las precauciones que había tomado por propia iniciativa. En Toledo resurgió de manera sangrienta la rivalidad entre el clan de los Silvas y el de los Ayalas, y no cesó hasta que Cisneros los obligó a firmar la paz. Otros aprovecharon el desgobierno existente para recuperar lo que consideraban suyo. Fue el caso del conde de Lemos, que se adueñó de Ponferrada, o de Juan Alonso Pérez de Guzmán, tercer duque de Medina Sidonia. Enrique IV había concedido al linaje de este último la plaza fuerte de Gibraltar en un solemne privilegio, pero más tarde los Reyes Católicos reclamaron la propiedad para la Corona. En aquellos días inciertos, al duque le faltó tiempo para tratar de recuperar el codiciado peñón.

Intentó hacerse con él persuadiendo a sus pobladores para que se lo entregaran, pero solo logró

que estos se percataran de sus intenciones y prepararan la defensa de la ciudad. El duque no cejó en su propósito y sitió la plaza con un ejército al mando de su hijo, Enrique Pérez de Guzmán y Fernández de Velasco, conminando a los leales a la Corona a que se rindieran. Cuando Medina Sidonia supo que las fuerzas del conde de Tendilla se aprestaban a marchar contra él desde Granada, los Guzmanes optaron por levantar el cerco antes de que la cosa pasara a mayores, sin que se hubiera producido derramamiento de sangre.

Entretanto, las preocupaciones de la reina discurrían por derroteros muy distintos en apariencia. El luto por su marido no parecía tener fin, y de ello darían fe sus ropajes el resto de su vida. Durante la tarde del 20 de diciembre de 1506, la reina llamó a su presencia a Juana de Aragón, su hermanastra.

—Os he convocado porque requiero que vos y vuestro marido me acompañéis esta noche —le dijo.

—Estamos a vuestro servicio, alteza —respondió con el respeto que debía la esposa del condestable de Castilla—. ¿Puedo saber adónde, para ordenar los preparativos?

—He de ver a mi esposo.

No era la primera vez que Juana acudía a la Cartuja de Miraflores. Cuando lo hacía, descendía a la cripta y ordenaba que abrieran el ataúd de Felipe. Solía tocarlo, como si deseara cerciorarse de que el cuerpo seguía allí. Finalmente, sin apartar la mirada del despojo, ordenaba que cerraran el féretro y regresaba a Burgos. A cambio de custodiar el cadáver del rey —y de acceder en repetidas ocasiones a sus peticiones—, Juana obsequiaba generosamente a la institución con importantes sumas de dinero y piezas de brocado.

El 20 de diciembre, al caer la noche, la comitiva enlutada que seguía a la reina ascendió por la loma hasta el emplazamiento del monasterio. Cumpliendo su petición, el duque de Frías y su esposa doña Juana acompañaron a la soberana, junto a una pequeña escolta y varios servidores que alumbraban el camino con sus antorchas.

Cuando alcanzaron el monasterio, la reina descendió a la cripta y se aproximó al ataúd de su esposo. El duque y su esposa permanecieron unos pasos por detrás de ella. Entonces Juana pidió a los monjes que lo abrieran una vez más. Cuando los cartujos retiraron la tapa del féretro, la visión de lo que contenía repugnó a todos los presentes, excepto a la joven viuda. Un olor nauseabundo obligó a Bernardino y a Juana de Aragón a taparse la nariz y la boca, a pesar de encontrarse a mayor distancia de los restos.

—No huele a algalia, en verdad —comentó el duque a su cónyuge en voz baja.

La reina, por el contrario, soportó imperturbable el hedor, mientras contemplaba el cuerpo parcialmente putrefacto de su esposo. Envuelto en vendajes impregnados de ungüentos, reposaba embadurnado con cal espesa en el ataúd. Como en anteriores visitas, Juana extendió la mano y palpó el cadáver.

—¿Dais fe de que este es mi esposo, vuestro rey? —preguntó a los nobles que la acompañaban. Los duques lanzaron una mirada fugaz al despojo, suficiente para comprobar que se hallaba irreconocible debido a la corrupción y a las vendas superpuestas.

—Sí, señora. No es otro que don Felipe —resolvió el condestable, siguiéndole la corriente.

Juana de Aragón confirmó el veredicto de su esposo en silencio. La reina, aparentemente satisfecha, centró su atención en el cadáver.

—¿Cómo saberlo? ¡La cabeza parece hecha de yeso! —murmuró el duque a su esposa.

Ajena a lo que la rodeaba, Juana se colocó a los pies del cuerpo. Para asombro de los presentes, la joven viuda se inclinó y besó los pies de su marido. Todos hubieron de disimular su repugnancia. A continuación, Juana se dirigió a los religiosos.

—Cerrad el féretro y dadme la llave —les ordenó sin dejar de observar el cuerpo.

Los monjes obedecieron, bajo la atenta mirada de la soberana. Cuando tuvo la llave en su mano, Juana se volvió hacia el condestable mientras se la colgaba del cuello.

—Partiremos hacia Granada de inmediato. Disponedlo todo —ordenó.

El duque de Frías y su esposa acataron el mandato con visible estupor. Sin consultarlo ni anunciarlo previamente a nadie, la reina viuda había decidido cumplir la voluntad de su marido y trasladar el cuerpo para darle sepultura junto a los restos de su madre.

Así pues, embarazada de ocho meses y en pleno invierno, Juana y su concurrido séquito emprendieron el viaje hacia el antiguo reino nazarí. Pese a las apariencias —y a las singulares circunstancias—, no se trataba de una decisión repentina. La reina había meditado cada detalle. Pidió que colocaran el ataúd sobre un carruaje tirado por cuatro caballos frisonos, decorado con telas de seda negra con adornos de oro. En la comitiva incluyó a un grupo de cantores para que acompañaran el tránsito del rey entonando el oficio de difuntos. Además, la reina exigió hacer de noche cada trayecto, aduciendo que dejarse ver a la luz del día contravenía los dictados de la decencia. Había elaborado un itinerario cuya primera etapa importante concluiría en Torquemada, adonde llegaron en solo cuatro jornadas, durante la madrugada del día de Nochebuena.

Juana había decidido evitar las villas de mayor rango, pues consideraba que en los pueblos pequeños podría vivir su duelo de un modo más casto y reservado. Cisneros sospechaba —y no solo él— que la reina evitaba las grandes aglomeraciones con el fin de librarse del trato con los señores de cada una de ellas. Sin embargo, Juana no había tenido en cuenta que un cortejo tan nutrido de nobles, religiosos y servidores no podía alojarse con facilidad en las poblaciones menores por las que pasaban. En Torquemada, los aposentadores reales ni siquiera hallaron una mansión adecuada para albergar a la soberana y Juana hubo de hospedarse en la casa de un clérigo, próxima al puente sobre el Pisuerga.

Allí se detuvo el periplo mortuario, a la espera de que la reina diera a luz. En un parto no exento de azarasas contingencias, el 14 de enero de 1507 nació la hija póstuma de Felipe de Habsburgo. Juana quiso ponerle por nombre Catalina, como su hermana, la futura reina de Inglaterra, en cuyo territorio había sido concebida.

Los cortesanos pensaron que Su Alteza querría reemprender el viaje a Granada cuanto antes y acudieron a Cisneros rogándole que se lo quitara de la cabeza, pues consideraban un disparate echarse a los caminos de aquel modo en una época del año tan desapacible. Los buenos oficios del arzobispo de Toledo lograron convencer a la reina, de manera que resolvió permanecer en Torquemada, de donde no partiría hasta cuatro meses después de su llegada.

Lo cierto es que nada, salvo las exequias de su esposo, ocupó la mente de Juana mientras se recuperaba del parto, ni siquiera su hija recién nacida. El féretro se instaló en la iglesia parroquial de Santa Eulalia, custodiado día y noche por un centenar de guardias armados. Los oficios por el alma de Felipe se celebraron diariamente y quienes acudían a ellos tenían obligación de vestir como si de un funeral regio se tratara.

A los integrantes de la comitiva les parecía que semejante velatorio se estaba prolongando a perpetuidad, pero Juana retomó las visitas a su esposo en cuanto tuvo fuerzas para ello. Como en Miraflores, la reina ordenaba que abrieran el ataúd y preguntaba a los cortesanos si reconocían a Felipe en el cadáver que les mostraba.

—Dicen que el prior de la cartuja habló a la reina de cierto rey que a los catorce años de su muerte resucitó de la tumba —comentó Juana de Aragón al condestable de Castilla—, y que tanta certeza puso en el cuento que desde entonces Su Alteza confía en que se repita el prodigio.

—Más le hubiera valido guardar silencio, como suelen los cartujos, pues si ese tragasantos la ha persuadido de ello, nos han de enterrar antes de que el muerto haya recibido sepultura —replicó su marido entre dientes.

La reina también dispuso que los capellanes acompañaran las ceremonias fúnebres con sus cánticos y gastó una fortuna en cirios y velas, para que siempre hubiera luz donde se hallara el féretro, hasta el punto de que la humareda concentrada en el recinto hacía irrespirable el ambiente.

—Tanta cera quemada nos da a todos un color de etíopes —protestó el condestable ante su esposa, superado por aquel funeral sin fin.

No exageraba el duque de Frías, pues años más tarde, en marzo de 1509, el rey Fernando se sintió en la obligación de costear la reparación y blanqueo de la iglesia de Santa Eulalia, ahumada «con las hachas que ardían en ella en el tiempo que la reina, mi hija, estuvo allí».

Ajena a todo lo que no fueran sus idas y venidas al mencionado templo, Juana había decidido no moverse de Torquemada hasta que su padre volviera a Castilla, sin que nadie tuviera noticia de cuándo aparecería el rey de Aragón por aquellas tierras. Solo un violento brote de peste forzó a la comitiva a abandonar la villa, de donde salió el 20 de abril al anochecer.

Poco después de cruzar el puente sobre el río Pisuerga, el cortejo se detuvo junto al monasterio de Santa María de Escobar, un importante convento cisterciense fundado más de trescientos años atrás. A Juana se le antojó hacer una pausa en aquel lugar. Sin embargo, al enterarse de que quienes allí moraban eran monjas bernardas, y no clérigos varones, se negó a que el féretro de su esposo entrara en el establecimiento, donde ella tampoco habría de poner los pies.

Para asombro de quienes la seguían, la reina ordenó depositar el ataúd en mitad del campo, a cielo raso y en plena noche. Luego pidió que lo abrieran para contemplar los restos de su marido a la débil luz de las hachas, pues la violencia del viento apenas las dejaba arder.

Aquella nueva extravagancia provocó que se reavivara la opinión de que los celos habían provocado la demencia de Juana en vida de su esposo. Muerto este, seguían enajenándola como si Felipe aún pudiera sucumbir a los encantos de otras damas, ya fueran seculares o religiosas. Ese fue el áspero cariz que tomaron las murmuraciones de los testigos del episodio, consolidando un descrédito del que la soberana de Castilla ya nunca podría desprenderse.

Al amanecer la comitiva alcanzó Hornillos de Cerrato, un villorrio de no más de veintiocho cabañas. Pese a que los cortesanos esperaban que Juana diera orden de continuar hasta otra población capaz de albergarlos conforme a su rango y sus necesidades, la reina no solo decidió terminar allí la etapa, sino que resolvió quedarse en la aldea hasta que regresara su padre.

Esta vez, ni el propio arzobispo de Toledo consiguió persuadirla de la impertinencia de su decisión. Juana se alojó en una casa con bastante acomodo y los guardias levantaron cuantas tiendas de campaña pudieron. Para ello no dudaron en talar una preciada arboleda, con el consiguiente perjuicio para los vecinos. El campamento tampoco dio abasto y quienes no pudieron —o no quisieron— instalarse en él terminaron marchando a Palencia o dispersándose por Baltanás —fue el caso de Cisneros—, Antigüedad, Magaz u otras poblaciones aledañas.

Otros cuatro meses duró la estancia en Hornillos, constituyendo una dura prueba tanto para los integrantes del cortejo como para quienes de la noche a la mañana se habían convertido en anfitriones de la reina y custodios del real despojo. Juana mandó depositar el féretro en la iglesia de San Miguel y las exequias prosiguieron sin tregua, como en Torquemada y Miraflores, solo que en Hornillos tuvieron consecuencias imprevistas. La lumbre que iluminaba el ataúd de Felipe prendió en el templo y el fuego se extendió, causando un incendio que destruyó parte de la iglesia parroquial. El propio féretro con los restos del Hermoso corrió peligro y hubo de ser rescatado de entre las llamas.

—¡Gracias a Dios, se ha salvado! —exclamó Juana de Aragón, santiguándose, al conocer los hechos.

—Tentado estuve de avivar las llamas para fundir el plomo del ataúd —masculló su esposo, el condestable, con el rostro cubierto de hollín— y dar por fin descanso al borgoñón... ¡y a todos los que lo velamos!

—¿He de oír tamaño disparate de vuestra boca, señor mío? —le reprochó su esposa, santiguándose de nuevo.

—¡Dios sabrá perdonarme, pues esta farsa ya dura en demasía!

No fue el incendio el único quebranto que hubieron de soportar los vecinos de Hornillos, forzados a ceder sus viviendas al séquito de Juana, a cuyos integrantes también debían alimentar. Para los habitantes de la aldea, la estancia del cortejo funerario tuvo efectos semejantes a los de una invasión foránea. Tanto fue así que acabaron reclamando medio millón de maravedíes a Cisneros. Como a este la cifra le resultó desorbitada, ordenó que se tasara el menoscabo padecido para calcular una reparación justa.

Juana, por su parte, seguía ajena a todo lo que no tuviera relación directa con los ritos funerarios.

—Señora, varias diócesis siguen vacantes —le recordó en cierta ocasión el arzobispo de Toledo—. ¿Cuándo vais a nombrar a los obispos?

—No tan aína, eminencia —respondió ella, como solía.

—Pero no conviene al rebaño continuar sin pastor...

—Peor será que yo elija pastores que no convengan al rebaño —zanjó Juana—. Que los nombre mi padre cuando vuelva.

La soberana no había intervenido en la gobernación de sus reinos desde la firma de la cédula que revertía las concesiones efectuadas por Felipe. No se fiaba de nadie y se protegía inhibiéndose de las obligaciones de la Corona. Juana había decidido consagrar su vida a dos únicos empeños: honrar el cadáver del esposo muerto y aguardar el regreso del padre ausente.

Su desinterés por todo lo demás incluía a sus hijos, Fernando y Catalina, a pesar de que viajaban en la comitiva. A fuerza de observar a la reina, Cisneros llegó a la conclusión de que no era la tristeza por verse viuda lo que dominaba su conducta estrambótica. El duelo tampoco la incapacitaba para actuar, pues supervisaba de modo obsesivo cada detalle de las continuas ceremonias fúnebres. El franciscano dedujo que Juana se refugiaba en el culto a los restos de su marido con un solo fin: librarse del apremio de la corte para que tomara decisiones.

Pero ¿qué pretendía con aquellos actos descabellados que la ponían en evidencia frente a sus vasallos? ¿Por qué rehusaba separarse de su esposo, a quien la corte debía rendir homenaje como si de un monarca vivo se tratara? ¿Acaso quería subrayar el vínculo que unía al matrimonio real y, con ello, preservar el derecho de su hijo Carlos a la sucesión? ¿Temía, entonces, que un tercero se postulara para ceñirse la corona de Castilla, León y Granada? ¿De quién desconfiaba, de ser así? ¿De su propio padre y del heredero que este anhelaba?

No le faltaban motivos. Tanto Juana como Cisneros sabían que el Católico había reclamado en múltiples ocasiones que el príncipe Carlos se educara en los reinos que estaba destinado a regir. La negativa reiterada de los Habsburgo había sido muy mal recibida por el aragonés, siempre



remiso a ceder el trono a un extranjero. Si Juana sospechaba que Fernando tenía otros planes para la sucesión —una maquinación que infringiría los designios de la reina Isabel y, en consecuencia, los derechos de su hijo—, pronto podría aclararlo con él, pues Su Majestad se encontraba, por fin, a las puertas de Castilla.

El 30 de octubre de 1506, el rey de Aragón había querido gratificar los desvelos —y la lealtad— de Cisneros solicitando de nuevo el capelo cardenalicio para el arzobispo de Toledo. Por fin, el 17 de mayo del año siguiente, Roma lo nombró cardenal de Santa Balbina. Mediante aquel honor, Fernando no solo quería recompensar los méritos del adusto franciscano, sino también reforzar su autoridad, dado que Cisneros estaba llamado a convertirse en su mano derecha en Castilla.

En el verano de 1507, sin embargo, ni siquiera aquel a quien sus coetáneos reconocerían como el cardenal de España se veía capaz de gobernar unos reinos enzarzados en una vorágine de desórdenes que la conducta de su soberana contribuía a agravar. Acosados por tan penosa coyuntura, el regreso de Fernando el Católico supuso un alivio para quienes rodeaban a su hija.

En cuanto supo de la llegada de su padre, Juana pretendió salir a su encuentro, pero Fernando se lo desaconsejó, pidiéndole en cambio que eligiera un lugar cercano más apropiado para acoger a sus respectivos séquitos. Por este motivo, la comitiva de Juana partió el 24 de Hornillos en dirección a Tórtoles de Esgueva, pasando por Baltanás y Antigüedad. El trayecto se hizo en condiciones similares a las de los anteriores, al caer el sol y con el ataúd de Felipe a bordo de un carro tirado por cuatro caballos. Y el 29 de agosto, por la noche, tuvo por fin el encuentro entre padre e hija a la luz de las antorchas.

Fernando se conmovió en cuanto vio a Juana. Descabalgó de inmediato y acudió junto a la reina viuda. Antes de que ella se despojara de la capucha de luto, bajo la cual portaba un modesto tocado blanco, Su Majestad alzó el sombrero en señal de respeto hacia la soberana de aquellos reinos. Al instante, Juana se inclinó para acercar su boca a los pies de su padre, como si deseara besarlos. Sin darle tiempo a ello, Fernando hincó la rodilla en el suelo y la abrazó, enmudecido y con los ojos rebosantes de lágrimas. La reina, por el contrario, permaneció inmóvil, como si la espera por aquel anhelado reencuentro hubiera consumido sus emociones.

Padre e hija conversaron durante horas en la mansión que los alojaba. Juana se mostró entonces más relajada y dispuesta de lo que lo había hecho desde el fallecimiento de Felipe.

—He viajado de noche, majestad, pues no es decoroso para las viudas hacerlo a la luz solar, una vez perdido el sol del esposo —explicó la reina.

—Os agradezco el sacrificio —respondió Fernando con exquisita amabilidad, pero sin dejar de

observarla—. Habremos de buscar un lugar donde residir. Tórtolos no puede albergar dos cortes.

—Lo dejo en vuestras manos, pues los hijos deben obedecer constantemente a sus padres — musitó ella.

El rey de Aragón reconoció la alusión implícita en la réplica. La reina Isabel, en su testamento, imploraba a Juana y a Felipe que fueran siempre «muy obedientes y sujetos al rey, mi señor, y que no le salgan de obediencia y mandado, y lo sirvan y traten y acaten con toda reverencia y obediencia, dándole y haciéndole dar todo el honor que buenos y obedientes hijos deben dar a su buen padre». Pese a aquella insistente petición de docilidad, el yerno no había respetado el deseo de la reina ni un solo instante. ¿Pretendía compensar su hija la procaz rebeldía del difunto? ¿Quizá intuía cuál iba a ser su destino y daba a entender, con tamaña sumisión, que lo acataba de antemano?

—Solo os ruego que me sea posible celebrar las exequias cotidianas por mi esposo —añadió Juana con voz serena.

—Estoy al tanto de vuestro dolor —afirmó con cautela Fernando—. He sabido que mandáis abrir el féretro cada noche.

Juana miró directamente a los ojos del monarca.

—El rey es el padre de mis hijos, majestad —le dijo—. Velando su despojo velo también por ellos.

Nada, salvo una convicción profunda, pudo atisbar Fernando en la mirada de su hija. El Católico tenía noticia del desapego de Juana hacia sus vástagos, aunque bien insistía en proteger sus derechos. No se hallaba el rey de Aragón ante la viuda atrapada entre la debilidad y el desvarío que algunos le habían descrito. Sin embargo, existía en ella algo contradictorio que no alcanzaba a descifrar, de modo que optó por la prudencia.

—Son mis nietos —respondió—. Nada permitiré que se haga contra ellos.

Juana escuchó imperturbable la rotunda declaración de su padre. Tan inexpresiva fue su reacción que Fernando infirió que no contaba con la confianza de su hija. La reina, en todo caso, prefirió cambiar de tema:

—Su Reverencia me ha comentado que tenéis intención de viajar a Burgos.

—Cierto. Don Juan Manuel se niega a entregar el alcázar.

—No me pidáis que os acompañe —susurró Juana—. Allí me arrebató Dios a mi amado. Jamás volveré a pisar esas calles.

Fernando, comprensivo, asintió. Juana se puso en pie.

—Y ahora perdonad: debo acudir junto a mi esposo.

La reina de Castilla hizo una respetuosa reverencia y abandonó la estancia. Al momento apareció en ella Cisneros y se unió en silencio a Su Majestad.

—Me obedecerá, pero no confía en mí —murmuró Fernando, a solas con el cardenal—. Teme

que prive a Carlos de su herencia.

Cisneros cabeceó gravemente y suspiró.

—La pasión habrá podido alterar su ánimo, pero nunca le ha ofuscado el entendimiento.

Nada más dijo Su Majestad. El clérigo pensó que Fernando y Felipe compartían el mismo problema: necesitaban la figura de Juana para gobernar, pero, al mismo tiempo, ella representaba un estorbo para ambos. Siendo propietaria de los reinos, el interés de aquella pobre desdichada por ejercer el poder parecía inversamente proporcional al de su padre y el de su esposo superpuestos.

Cisneros se había compadecido de Juana, viéndola atrapada en el combate que el yerno y el suegro librabán. Ahora, la presencia de Fernando en Castilla la desembarazaba de la presión a la que la corte la había sometido. Tenía la oportunidad de ser feliz por primera vez en muchos años, aunque se hallaba en las manos de su padre. Solo de él dependía ya el porvenir de la soberana. ¿Permitiría que Juana viviera libre y en paz, al margen de todo aquello que desdeñaba? De no ser así, ¿intervendría Cisneros a favor de la reina viuda? Por veraz que fuera la compasión que todavía albergaba hacia ella, el cardenal opinaba que Castilla se hallaba por encima de cualquier sentimiento. Todos, empezando por Juana, eran servidores de la Corona para mayor gloria del Señor, cada uno con su cometido. Así lo había querido Dios y Su Reverencia no interferiría en los designios divinos.

Al arribar a las costas de la Península, Fernando se había propuesto recalcar su respeto hacia quienes se habían mantenido al lado de Juana. Por ese motivo dejó a Germana en Valencia y se rodeó de castellanos fieles a la memoria de la reina Isabel. Con aquellos gestos subrayaba su intención de entrar en los reinos de su hija como uno más de sus leales vasallos, no como el rey de Aragón que ansiaba denodadamente engendrar un heredero al que legar sus estados.

Arropado por los adeptos a su causa —y a su capacidad para imponerse y gobernar—, a Fernando le urgía acabar con la resistencia de los partidarios de Felipe. Entre estos, el poderoso don Juan Manuel de Villena y de la Vega constituía un blanco prioritario. La ejemplaridad del castigo contra él debía ajustarse en consonancia con el alcance de su traición. Toda Castilla debía comprender que la Corona había recuperado el mando con renovada fortaleza. Quien se empeñara en enfrentarse a ella sabría a lo que se exponía.

Con ese objetivo en mente, el monarca decidió que todos se trasladaran a Santa María del Campo, una villa al sudoeste de Burgos. Hasta allí viajó el séquito del aragonés y también el de la reina, acompañados por la comitiva que escoltaba lo que algunos ya denominaban «la cuadriga de la muerte».

El féretro con los restos de Felipe fue depositado en la iglesia parroquial, como venía siendo

costumbre, para presidir las consabidas exequias. Sin embargo, pocos días después, el emplazamiento dio origen a un inoportuno conflicto. Como se trataba de un templo de notable prestancia, Fernando y Cisneros lo consideraron idóneo para albergar la ceremonia de imposición del capelo cardenalicio al arzobispo de Toledo. Los servidores reales decoraron la iglesia a tal fin con ricos tapices y ornamentos, acordes con la enorme importancia del ritual religioso y su intenso significado político. Pero la reina se percató de los preparativos y montó en cólera:

—¿Osáis celebrar fiestas y regocijos donde yo tengo encerrado a mi marido para llorarlo?

Tan airada fue la reconvención de Juana contra su padre que este prefirió retractarse y buscar otra iglesia más modesta donde la ceremonia tuviera lugar sin altercados. Los adornos se llevaron hasta la localidad cercana de Mahamud, en cuya parroquia Francisco Jiménez de Cisneros accedió con pleno derecho al cardenalato y Su Alteza recuperó el sosiego.

No quería Fernando que los arrebatos de su hija lo distrajeran de la misión que lo había llevado a Castilla. La Corona debía recuperar su autoridad, imponiendo el cumplimiento de las leyes del Reino y sometiendo a los levantiscos.

Pese a haber sido depuesto, el señor de Belmonte se había parapetado en la ciudadela del alcázar y resistía con su guarnición el asedio de las tropas enviadas por Fernando. El duque de Nájera le había brindado protección, al tiempo que exigía un salvoconducto y no pocas mercedes para empezar a negociar con el aragonés. El monarca hizo caso omiso al desplante de Manrique de Lara y dio carta blanca a Pedro Navarro, conde de Oliveto, para recuperar el alcázar burgalés por los medios que considerara oportunos.

Pedro Navarro amenazó a los leales a don Juan Manuel con destruir el castillo y exterminar a sus ocupantes si no lo desalojaban antes del alba. Los sitiados mantuvieron su enconamiento, pero se avinieron a rendir la plaza cuando el conde desplegó su maquinaria de guerra e hizo justicia a su fama como experto artillero. Más adelante también se recurrió al habilidoso Navarro para desbaratar la resistencia del propio duque de Nájera en Santo Domingo de la Calzada, de donde lo sacó a cañonazos.

El señor de Belmonte de Campos consiguió escapar a Flandes. El origen de su encumbramiento se tornó el escenario de su caída, pues allí fue encarcelado por traidor. Años después lo rehabilitaría Carlos de Habsburgo, hijo de su benefactor, a cambio de lo cual don Juan Manuel le rindió servicios tan distinguidos como a su padre.

Cuando Fernando tuvo noticia de la rendición del alcázar, decidió abandonar Santa María del Campo, pues urgía restablecer el orden en los reinos que su hija había rehusado gobernar. Como Juana seguía negándose a entrar en Burgos, la convenció para alojarse en un palacio que los obispos de la diócesis utilizaban como residencia veraniega. Esta se hallaba en Arcos de la Llana,

una villa situada tres leguas al sudoeste de la ciudad. Hasta allí viajó de noche la lenta comitiva de Juana, siguiendo su costumbre, mientras el padre se desplazaba de día hasta Burgos, donde habría de instalarse. La cercanía entre las moradas de ambos permitía las visitas de Fernando, tan preocupado por la seguridad de Juana como de supervisar los actos de su hija.

Al conocer que la reina Germana se había reunido en Burgos con su esposo, Juana expresó su interés por conocerla. Los reyes de Aragón se desplazaron hasta Arcos de la Llana, donde tuvo lugar el encuentro con la reina de Castilla.

Fernando había prevenido a su joven esposa acerca del singular carácter de Juana. Esta, sin embargo, se levantó del asiento nada más ver a su madrastra y le pidió la mano para besarla, tratándola en todo momento con el respeto que una hija debe a su madre. Germana, por su parte, quedó conmovida por la generosidad de aquella mujer cuya existencia atormentada solo conocía de oídas.

Juana parecía satisfecha de su estancia en Arcos, y no solo por vivir en un edificio más cómodo que los que había frecuentado en los últimos meses. Las salas y los aposentos se habían decorado con ricos tapices propiedad de la soberana. También se mejoró la iluminación y se dispuso un sistema de calefacción capaz de hacer frente al frío invierno burgalés que ya se avecinaba, dado que el inmueble no estaba pensado para ser habitado en esa época del año.

Pero nada de esto parecía importar a Juana. La auténtica ventaja que el palacio episcopal ofrecía para ella derivaba de encontrarse unido a la iglesia parroquial donde descansaba el féretro de Felipe. Por este motivo, podía asistir a las honras fúnebres sin verse obligada a pisar la calle.

Germana sintió pena por ella. La reina de Aragón infirió que su hijastra solo hallaba sosiego recluida en su duelo, pues parecía más unida al cuerpo muerto del esposo que a los vivos.

—Alteza, ¿permitiréis que os visite a menudo?

—Mi señora, no podría negarme, siendo vos la esposa de mi señor el rey, mi padre —contestó Juana—. Mas tened por seguro que me complacerá y me servirá de distracción.

Meses después, cuando la Corona —gobernada por Fernando— ya se había impuesto sobre los rebeldes de Castilla la Vieja, el rey de Aragón se vio en la necesidad de continuar la pacificación en tierras andaluzas. El conde de Urueña y el duque de Medina Sidonia habían concertado un doble casamiento entre sus descendientes cuando alcanzaran la edad apropiada. El matrimonio no contaba con la autorización real, pues Fernando pretendía casar al vástago del duque con su nieta Ana de Aragón, hija del arzobispo de Zaragoza. Con ello emparentaría con el poderoso clan de los Guzmanes, al tiempo que obstaculizaba la unión de estos con los Girones. Bastantes dominios acumulaban las dos familias por separado; por tanto, convenía a la Corona impedir la suma de

ambos. Para burlar al rey, los nobles casaron a los niños en secreto y huyeron. En las mismas fechas, el marqués de Priego también se había alzado contra la autoridad real encarcelando a un alcalde de corte dependiente de la Corona. Urgía, pues, que el regente metiera en cintura a quienes lo ninguneaban de aquel modo.

Fernando debía partir, pero no podía descuidar la seguridad de la reina de Castilla, temeroso de que alguna facción disidente aprovechara su ausencia para secuestrarla y utilizar su legitimidad contra él. Por un motivo similar, el rey de Aragón había decidido llevar consigo a su nieto, el infante Fernando, que solo contaba cinco años. Juana, sin embargo, no podía sumarse a la expedición. El cortejo fúnebre que la acompañaba a todas partes entorpecería la marcha de la comitiva real y los asuntos del sur no podían esperar. Puesto que la reina se negaba a dar sepultura a Felipe en otro sitio que no fuera Granada, el monarca decidió que debía separarse de ella poniéndola en lugar seguro y bajo custodia.

El aragonés hizo acudir a Juan de Ribera, capitán general de las fronteras de Navarra, al mando de un destacamento armado que se asentó en las cercanías de Arcos de la Llana con la misión de proteger a la reina. Entretanto, el soberano dio orden a los aposentadores de la Corona para que acondicionaran el palacio real de Tordesillas, situado a seis leguas de Valladolid, con el fin de convertirlo en la residencia de su hija. Hasta allí debía trasladarse la viuda con su séquito, al que se sumaría la reina Germana, Juana de Aragón y su esposo, el condestable de Castilla. Fernando no terminaba de fiarse de su yerno, de modo que le convenía mantenerlo lejos de Burgos, donde gozaba de poder y predicamento.

La incógnita, como solía suceder con Juana, estribaba en cómo reaccionaría ante la decisión de su padre. Pronto se vio que no fue de su agrado que el regente hiciera y deshiciera en su casa, imponiéndole el personal que había de ocuparse de sus asuntos. Por si fuera poco, que Fernando se llevara a su hijo a Andalucía la soliviantó de tal modo que dejó de comer y descuidó su aseo en extremo, tanto que no solo escandalizó a quienes se encontraban con ella, sino que temieron por su vida, como había ocurrido en Flandes tiempo atrás. Al igual que Felipe, el rey de Aragón necesitaba a Juana viva para seguir gobernando de manera legítima sus reinos, de modo que suspendió la mudanza a Tordesillas y regresó a Arcos de la Llana en cuanto hubo castigado a los insurrectos.

El 4 de febrero de 1509, Fernando habló largamente con su hija. Le expuso las razones que justificaban su traslado a las proximidades de Valladolid, donde viviría alejada de la corte, pero protegida de cualquier amenaza por las tropas reales. Por lo demás, no cabía imaginar Tordesillas como un castillo siniestro en lo alto de un risco y rodeado de páramos desiertos. Se trataba, por el contrario, de una agradable villa amurallada, situada en un valle de hermosa fertilidad que las salubres aguas del Duero regaban en abundancia. El monarca garantizó a su hija que los aposentadores habían convertido el palacio deshabitado en una cómoda residencia acorde a las

necesidades de una reina.

—Creedme, en Tordesillas encontraréis la morada que merece vuestra condición —razonó Fernando ante ella.

Juana sobreentendió que en la mencionada «condición» se reunían su viudez, sus arrebatos, su dignidad como reina propietaria y los peligros que esta acarreaba. Pero solo un asunto la preocupaba:

—¿Y mi esposo?

—Os acompañará, bien lo sabe Dios —aseguró el regente—, no os inquietéis.

Fernando le habló de la iglesia conventual de Santa Clara, donde habían previsto depositar el féretro con los restos de Felipe. Ello pareció apaciguar la zozobra de Juana. Fernando se aproximó a su hija y la cogió paternalmente por los hombros. Había tomado una decisión amarga y difícil. La estancia en Tordesillas significaba la reclusión de Juana, dictaminada por él y carente de límite temporal. La reina, a su vez, se sabía un estorbo para su padre —como lo había sido para su marido— y, como tal, se veía apartada.

—Lo hago por vuestro bien —vaticinó Fernando—, para que el día de mañana vuestros hijos tan queridos puedan ser tan buenos reyes como lo fueron sus abuelos.

Juana sostuvo la mirada del rey de Aragón. No había olvidado cómo había desoído sus ruegos; cómo había marchado a Italia, abandonándola en manos de Felipe y sus secuaces, sin entrevistarse siquiera con ella; cómo la había tratado de loca delante de las Cortes...

Con toda serenidad, la reina legítima de Castilla alzó levemente el mentón y asintió. Obedecería a su padre, ¿qué otra cosa esperaban de ella? Solo sumisión, salpicada de las excentricidades y desvaríos que tan mala fama le habían creado. Nada quería saber del poder, ni de la corte, pero sus hijos debían ser tan buenos reyes como sus abuelos. Qué triste paradoja. Reinar no había sido su cometido en este mundo, solo proveer a la Corona de futuros reyes. Había cumplido con creces, y a sus veintinueve años ya solo era un ilustre incordio, como el cuerpo insepulto de su esposo.

*Ya cerradas son las puertas  
de mi vida,  
y la llave es ya perdida.*

Una honda decepción embargó la voz y la mirada de Juana al aceptar, una vez más, los designios de su progenitor.

—Para ser un buen rey, señor mío, no es menester ser un mal padre.



## Los porqués de *La corona partida*

Los acontecimientos históricos, por importantes que sean sus consecuencias, no siempre son asequibles o interesantes para el lector o el espectador. A veces, tampoco para quien los convierte en una obra de ficción. No es el caso de los que relata *La corona partida*.

Tanto los hechos reales y documentados como los personajes que intervienen en ellos constituyen una base excelente para desarrollar un drama de pasiones personales e intrigas políticas. En otras palabras, esta vez la Historia proporciona los mimbres necesarios para contar una buena historia. Toda una tentación —y un reto— para quien debe afrontar la tarea de narrarlos y conmover con ellos al lector y al espectador.

El gran público desconoce los sucesos que se desarrollan en el período comprendido entre la muerte de Isabel I de Castilla, llamada la Católica, y el confinamiento en Tordesillas de Juana I de Castilla, llamada la Loca. Sin embargo, en dicho período tiene lugar una despiadada lucha por el poder entre Felipe el Hermoso y Fernando de Aragón, cuya víctima principal no es otra sino Juana, la heredera legítima al trono.

Además del interés puramente histórico o divulgativo, esta confrontación posee numerosos elementos dramáticos que la hacen atractiva al espectador, esté o no interesado por los acontecimientos del pasado, y, por supuesto, para quien escribe:

- El choque entre las ambiciones de Felipe y Fernando.
- Las maniobras que cada uno lleva a cabo para aniquilar a su rival.
- La posibilidad de que el sueño de los Reyes Católicos de reunir las coronas de Castilla y Aragón en una sola cabeza se desvanezca en esta pugna por el poder, o, en otras palabras, el riesgo de que la labor de toda una vida se vea echada a perder.
- La manipulación de Juana a cargo de su padre y de su esposo, relegando los lazos que los unen a ella.
- Las consecuencias emocionales para un personaje hipersensible y al borde del desequilibrio como la joven reina, que se ve ninguneada y/o abandonada por los contendientes.
- La lealtad y la responsabilidad que muestra la llamada «reina loca», pese a todo lo anterior.
- El progresivo aislamiento de Fernando en Castilla, su creciente sentimiento de ingratitud

hacia sus logros en un reino que se le torna ajeno, así como sus reacciones casi desesperadas ante el acoso de casi todos los que lo rodean.

- La terrible decisión de un padre que se ve abocado a confinar a su hija en un palacio, dado el riesgo que su compleja personalidad representa para la Corona.

Por otra parte, en la película *La corona partida* el personaje de Juana la Loca se abordó desde un punto de vista diferente al que se había visto con anterioridad en la gran pantalla. Como ya hiciéramos en la serie de televisión *Isabel*, no presentamos a una enajenada cuya enfermedad es fruto de los celos o de la locura de amor. Estamos, sencillamente, ante una víctima.

Víctima de su hipersensibilidad y de su pasión.

Víctima del acoso moral al que se ve sometida por aquel a quien ama apasionadamente.

Víctima de la veneración que siente por su padre, su última tabla de salvación, quien sin embargo la abandona.

Víctima de un destino —reinar— que no es de su interés, por grandes que sean sus dotes y su preparación.

Víctima de una extraña lucidez que la lleva a reafirmarse en su papel de reina —a veces de un modo extravagante—, a pesar de desdeñar el gobierno.

Víctima, en suma, de una leyenda que el interés político —y no solo sus actos extemporáneos— contribuyen a forjar.

Elementos, todos ellos, que conforman un perfil diferente del conocido personaje histórico, acercándolo al lector y al espectador desde la emoción y la empatía. Al menos esa fue la intención de todos los que participamos en el proyecto. Juzgue el lector y el espectador si lo logramos.

## Breves apuntes finales

En *Isabel y La corona partida*, el personaje de Gutierre Gómez de Fuensalida aúna las tareas de tres personalidades históricas distintas. En referencia a las penalidades que sufre en las mazmorras del palacio de Coudenberg (véase capítulo 5), cabe señalar que en realidad las padeció Lope de Conchillos, el enviado del rey Fernando a Flandes. Este converso aragonés nacido en Tarazona salió tan maltrecho de las torturas que en Cuba, tiempo después, lo llamaban «el jorobado Conchillos». Si recaló en Cuba y en La Española fue porque, a la muerte de Felipe, Fernando recompensó su lealtad con varias encomiendas en ultramar. Sin embargo, su gestión no destacó precisamente por la filantropía y los escrúpulos.

La carta que envió el rey Fernando a su yerno Felipe tras su pacto con Luis XII a espaldas del Habsburgo (véase capítulo 7), la hemos tomado del cronista Pedro Mártir de Anglería, quien la recoge en su epistolario. En este y en otros casos, hemos confiado en sus textos, pues fue testigo directo de muchos de los acontecimientos que aquí se narran.

En el capítulo 9 se menciona la población de Villafranca de Valcárcel, por donde pasa la comitiva del rey Fernando, que va al encuentro de su hija y su yerno, ya en la Península; esta localidad, situada en la provincia de León, actualmente recibe el nombre de Villafranca del Bierzo.

Respecto a la entrevista celebrada en Remesal (provincia de Zamora) que se relata en el capítulo 10, en realidad allí solo se acordó que el 27 de junio fueran cuatro enviados de Felipe a la localidad de Villafáfila, donde estaba instalado el rey Fernando, para discutir un pacto. En la ficción hemos sumado los dos encuentros.

Para recrear la entrevista entre los nobles y Juana en el castillo de Mucientes, de nuevo hemos seguido la descripción del cronista Mártir de Anglería. En realidad se entrevistaron con la reina el almirante de Castilla y el conde-duque de Benavente, y estuvieron diez horas hablando a lo largo de dos días.

Aldonza Ruiz de Ivorra y Alemany, noble catalana, fue amante del rey Fernando de Aragón y de esa relación nacieron dos hijos: Alonso y Juana. De esta última se sabe bien poca cosa: que nació en 1475 (hay dudas sobre la fecha de su muerte) y que fue la segunda esposa del condestable de Castilla, Bernardino Fernández de Velasco y Mendoza.

Bernard d'Orley, señor de La Follie, era gentilhomme de cámara del rey Felipe. En su castillo de Écaussinnes (Bélgica) se conserva la pintura que representa el encuentro entre Felipe el Hermoso y Fernando el Católico en Remesal. No hay que confundirlo con su primo, el pintor Bernard van Orley.

Los versos que aparecen al final del capítulo 12 («Las cosas que deseamos») pertenecen al cancionero del poeta castellano Juan del Encina (1469-1529).

Los detalles sobre el embalsamamiento de Felipe el Hermoso también se han tomado del testimonio de Pedro Mártir de Anglería. Lo mismo cabe decir de los detalles relativos al episodio del monasterio de Santa María de Escobar, donde hizo un alto la comitiva fúnebre con los restos mortales del Habsburgo, de la que el cronista fue integrante.

Respecto a la decisión de la reina Juana, consensuada con Francisco Jiménez de Cisneros, de sustituir todos los miembros del Consejo Real nombrados por su esposo Felipe por los mismos que lo fueron en vida de sus padres, los Reyes Católicos, así como el resto de las revocaciones, quedaron recogidas en la cédula firmada por ella misma el 18 de diciembre de 1506.

Tras el éxito de las novelas *Isabel* y *Carlos, Rey Emperador*, la serie se completa con *La corona partida*, situada cronológicamente entre ambas, que narra los hechos acontecidos tras la muerte de Isabel la Católica y las luchas de poder entre Fernando de Aragón y Felipe el Hermoso.



**26 de noviembre de 1504.** Isabel, soberana de Castilla, de León y de Granada, muere en Medina del Campo dejando viudo a su poderoso marido, Fernando de Aragón.

En su testamento, Isabel nombra heredera a su hija Juana, casada con el archiduque Felipe de Habsburgo, y a quienes muchos consideran loca a causa de la pasión enfermiza que siente por su esposo. Juana nunca ha deseado la corona y desdeña el poder. Sin embargo, consciente de su responsabilidad ante la Historia, hará todo cuanto esté en su mano para cumplir la última voluntad de la reina Católica.

Para ello tendrá que enfrentarse a dos hombres implacables: su esposo Felipe y su padre, el rey Fernando, quienes ansían gobernar Castilla sin contar con la legítima heredera. La joven reina Juana se verá atrapada en una red de intrigas y traiciones. Un juego peligroso en pos del poder que involucra a nobles, cardenales, reyes e incluso al propio emperador germánico, y que amenaza con convertir el legado de Isabel la Católica, su madre, en una corona partida.

**Martín Maurel** es el seudónimo literario de José Luis Martín Gracia (Zaragoza, 1963).

Licenciado en Filología Francesa, trabaja como guionista de ficción desde 1999 . Además del largometraje *La corona partida*, ha escrito casi doscientos episodios de series como *Carlos*, *Rey Emperador*, *Isabel*, *14 de abril*. *La República*, *Herederos*, *Los simuladores*, *Un paso adelante*, *Javier ya no vive solo*, *El grupo* y *Médico de familia*, entre otras. Es el autor de las novelas *Isabel, la conquista del poder* e *Isabel, el fin de un sueño*, publicadas por Plaza & Janés.

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2017, Martín Maurel

© 2017, Corporación RTVE S. A. y Diagonal TV S. L. U.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Fotografía de portada: Davide Nadalin a partir de una fotografía de © Javier de Agustín y TVE

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01963-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

La corona partida

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Los porqués de La corona partida

Breves apuntes finales

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos